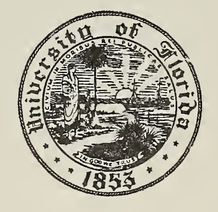

X
R920.07283
V176h

UNIVERSITY
OF FLORIDA
LIBRARIES





HONDUREÑOS ILUSTRES EN LA PLUMA DE PAULINO VALLADARES

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Florida, George A. Smathers Libraries

https://archive.org/details/hondureosilustre00vall

HONDUREÑOS ILUSTRES EN LA PLUMA DE PAULINO VALLADARES



TEGUCIGALPA, D. C., HONDURAS, C. A.

1972

R920.07283
V176h

LATIN
AMERICA



PROLOGO

Si el mejor camino para llegar al descubrimiento de la verdad es el conocimiento de los hombres, Paulino Valladares tuvo un inspirado acierto al idear y realizar esta galería de hondureños notables.

Entre los personajes de este álbum biográfico se encuentra una gran variedad de caracteres y talentos. Políticos, escritores, guerreros. Desde los próceres de la Independencia; desde los héroes de la gesta morazánica, hasta aquellos que adquirieron el derecho a ser rescatados del olvido por figurar en la nómina de los amigos dilectos del autor.

Gobernantes, catedráticos, oradores, poetas, jefes de facción: la mente inquisitiva de Valladares se interesó por captar el verdadero significado de aquellas personalidades que contribuyeron a marcar el rumbo de la historia patria o que trasmitieron su aliento peculiar a las manifestaciones culturales de la colectividad hondureña.

Es fácil advertir que el autor asigna a sus retratos psicológicos el valor de símbolos. Se sirve de ellos para analizar la evolución de las ideas, las instituciones y las costumbres. Estudia a sus biografiados como protagonistas de los contrastes dramáticos que ha experimentado Honduras, en su esfuerzo lento y doloroso por ascender a la categoría de un Estado moderno.

Sus trabajos de investigación en este laboratorio de almas, lo conducen finalmente a conclusiones y estados de ánimo en que se mezclan la esperanza y la decepción; el optimismo en cuanto a una progresiva perfectibilidad de las potencias intelectuales y morales del hondureño, y la cavilación angustiada cuando se enfrenta con el espectáculo desalentador de la fragilidad humana.

Estas páginas tienen el valor de un testimonio. Porque Paulino Valladares fue a un mismo tiempo memorialista y actor de un gran número de los acontecimientos que en ellas se relatan. Fue polemista político de primer rango; transitó con mirada alerta por los oscuros vericuetos de la jungla burocrática; se vió envuelto en los horrores de nuestras guerras intestinas. Estas pruebas de fuego acrisolaron en su espiritu una serie de convicciones que se articularían en lo futuro como la médula de su credo político-filosófico: repudio de la violencia como instrumento para resolver las controversias partidaristas; una fe arraigada en lo que él llamaba "evolución pacífica" como el mejor expediente para alcanzar las metas del progreso; una confianza ilimitada en el poder de la inteligencia —concebida como ILUSTRACION— para redimir al hombre de sus miserias y flaquezas; y una sutil prevención frente a esas utopías que con harta frecuencia dislocan el juicio de los hombres y los hacen olvidarse de las exigencias perentorias de su medio y de su tiempo.

Estas siluetas biográficas escritas por el gran diarista hondureño, han sido recopiladas de las colecciones de "El Cronista" y de otras publicaciones nacionales. Nunca se habían publicado en forma de libro. Vale decir, que hasta el momento eran practicamente desconocidas para las presentes generaciones. Circunstancia que añade al valor intrínseco de estas producciones literarias el mérito de su actualización.

Libro de amena lectura, por su estilo brillante y ágil; prolífico en temas de útil meditación para quienes se interesan de verdad por la suerte de Honduras, tal es la obra que ahora presentamos al público hondureño y a nuestros lectores del exterior, como parte del programa editorial que desarrolla la Presidencia de la República.

OFICINA DE RELACIONES PUBLICAS DE LA
PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

"Año Internacional del Libro"

BREVE EXPLICACION

Desde hace tiempo me fijé en la afición del escritor Paulino Valladares a los temas históricos del país, a los perfiles biográficos sobre todo, y la oportunidad de hallarme en el Archivo Nacional me ha permitido reunirlos en este libro.

Poco es lo mío en el presente caso, como ven los lectores, y casi no vale la pena que haga ninguna referencia de ello. Lo grande está en los retratos dibujados con maestría por el periodista Valladares.

Así se ve que en la faena de aquel grande hombre había algo transitorio en el comentario del suceso diario con la galanura que le era propia y algo permanente en los enjuiciamientos de los personajes grandes, medianos y pequeños que han desfilado en la película de la vida nacional.

Otros, posiblemente, recogerán en libro la dimensión política del notable periodista, como meta de su preocupación y anhelo personal, a la que se ha referido con acierto el escritor Medardo Mejía.

De mi parte prometo, si me alcanza la vida, dar a conocer en los mismos términos otros valores nacionales como Miguel Angel Navarro, Salatiel Rosales y José Antonio López Gutiérrez para que no se hundan en el olvido.

Estos conceptos resultan fuera de lugar, al considerar el trascendente esfuerzo cívico-cultural de la Oficina de Relaciones Públicas de la Presidencia al editar el presente libro.

JULIO RODRIGUEZ AYESTAS.

Tegucigalpa, D. C., 5 de junio de 1972.

DIONISIO HERRERA

1773-1850

En un mensaje leído en la asamblea del Estado de Honduras, en el que hacía un leal bosquejo de la verdadera situación del país, decía Dionisio Herrera en 1826: "Tal es en compendio el cuadro que el gobierno ha creído un deber presentar a la primera legislatura ordinaria. El es melancólico y funesto; pero es cierto en toda su perspectiva. ¿Y por qué Honduras ha de caminar con tanta lentitud, teniendo elementos para marchar a par de los primeros Estados?".

Tiempos de vacilaciones eran aquellos en que los hombres, más ingenuos y francos, presentaban por delante la realidad de las desventuras nacionales. La asamblea constituyente peregrinaba como fugitiva, de Cedros a Tegucigalpa y de Tegucigalpa a Comayagua, donde dictó la Carta de 1825. La independencia de España no costó una sola gota de sangre, pero la reacción conservadora era efectiva y las rivalidades que al momento surgieron presentaron obstáculos tenaces al desarrollo progresivo, dando margen a un siglo de riñas y estacionamiento.

En la memoria de referencia agregaba el señor Herrera: "La hacienda en un Estado independiente y soberano es el elemento más necesario, porque es el que da vida a los otros. La de Honduras, después de la dilapidación vergonzosa en que estuvo por muchos años, entregada a manos muy impuras, tuvo que hacer frente a los gastos que causó la división de las dos provincias que forman hoy el Estado. Cuatrocientos mil

pesos se gastaron, por lo menos, en saber si la provincia de Tegucigalpa debía estar sujeta a la Junta provincial de Comayagua, y al que entonces gobernaba en nombre del rey de España o *si tenía derecho para adoptar el acta de* 15 *de setiembre, proclamada en Guatemala.* A este desorden que no fue de los pueblos, como se ha querido decir, sino obra de intereses particulares, siguió la centralización de las rentas más productivas, la arbitrariedad y dilapidación de las que quedaron al Estado, la ley que decretaba nuevas erogaciones, los obstáculos que se oponían a los nuevos impuestos, la resistencia de los pueblos, la apatía de los funcionarios y el temor de la asamblea constituyente en arreglar ese ramo".

Simpático lirismo derrochó Lamartine narrando las proezas de los Girondinos, pero su libro no es la obra cierta de la revolución francesa. En cambio Hipólito Taine, en los Orígenes, arrancando su examen de la verdadera conciencia nacional, ahondando en la miseria popular, sorprendiendo la exacta psicología del feudalismo moribundo y juzgando con acierto los fenómenos de la producción y el mecanismo de la renta, malversada sin piedad por la nobleza, escribió la génesis cabal de la Francia revolucionaria. Y nosotros también hemos gastado mucha frase elocuente preconizando el fervor patriótico que despertó la idea de la liberación política y glorificando nuestro destino, pero la veraz palabra de varones tan sinceros como Dionisio Herrera y el estudio de la historia social, nos demostrarán tarde o temprano, la necesidad que tenemos de rectificar, orientando la aspiración común con criterio más sereno y positivista. Se gastaron más de cuatrocientos mil pesos para saber si Tegucigalpa tenía derecho o no para adoptar el acta de independencia. ¿Por qué y en qué? Mil problemas semejantes a este existen en los anales hondureños, cuya interpretación está reservada al investigador concienzudo que se proponga descubrir la verdad con los procedimientos que aconseja la exégesis moderna.

Me gusta la franqueza de Dionisio Herrera, mayor a la de cualquier otra de sus contemporáneos y superior a la de

los posteriores hombres públicos. Y bien, retrasados en nuestro avance, en relación con Centro América y con el mundo civilizado ¿no podemos repetir con igual motivo su interrogación angustiosa? ¿Por qué Honduras camina con tanta lentitud? ¿Es anacronismo hacer hoy esa pregunta lanzada a la faz de la nación por Dionisio Herrera hace ochenta y nueve años?

Dionisio Herrera sobresalió por sus méritos indiscutibles. Director de la provincia de Tegucigalpa primero, fue después Jefe del Estado. Ni sus virtudes, ni su talento, pudieron conjurar la contienda fratricida que desde aquel entonces abate la energía de la República. Un sacerdote encendió la tea revolucionaria, excomulgando al mandatario ilustre, quien después fue conducido preso a Guatemala. Con el bochinche fraterno nació la intervención indebida y extraña en Honduras, porque. organizada esta patria con una constitución propia, no podía entrometerse en sus negocios el poder central de Guatemala. ¿Ha variado nuestra posición internacional e interna desde los tiempos en que el vicario Irías vendía las alhajas de los templos para comprar fusiles y matar gentes?

Dionisio Herrera, apoyado por Francisco Morazán, fue de amigable componedor a Nicaragua. Triunfó su sistema de conciliación y los nicaragüenses lo elevaron a la primera magistratura, tal vez no por su inmensa popularidad, como se piensa, sino por sus condiciones de agente benévolo y justiciero. Espíritu superior y vidente, acogió la idea de la unión de los dos océanos, por el canal de Nicaragua. Después su renombre le valió la elección de Jefe de Estado en El Salvador.

Vió rota la federación y saqueadas sus propiedades. Sus libros, en francés e inglés, fueron quemados por el fanatismo, que consideraba herejía todo lo que revelara ciencia moderna. La Enciclopedia tenía en América por enemigos formidables al cura chato y al conservador obtuso, productos ambos de la ignorancia ambiente. Murió Dionisio Herrera dedicado a la

humilde tarea de maestro de escuela. Su misión, hasta el último día de su vida, fue la de revelar verdades. ¿Será el momento ya de que las aprovechemos?

(El Cronista, Nº 939, Noviembre de 1915).

JOSE CECILIO DEL VALLE

1780-1834

Esperad, decía Benjamín Franklin, a los americanos del norte que se impacientaban por independizarse de Inglaterra; pero cuando aquel gran hombre comprendió que el momento era llegado, aconsejó a sus paisanos que se mostraran fuertes, y en unión de Jefferson redactó el acta memorable del 4 de julio de 1776. Después triunfó en París como diplomático y supo sacarle a la exhausta Francia diez millones de francos para la causa de la patria. Eran los tiempos en que Voltaire bendecía al nieto de Franklin en nombre de Dios y de la libertad, y en que una dama parisiense, en un concurso de trescientas bellezas, daba un beso en la frente al domador del rayo, después de coronarlo.

Al revés don José Cecilio del Valle intervino en la causa seguida contra los precursores de la independencia, que iluminados por la oratoria que en Cádiz empezó a esparcir en lengua castellana los principios del espíritu moderno, y alentados por la constitución penisular de 1812 quisieron crear la nacionalidad autónoma. Pero el mismo Valle, cuando se convenció de que el movimiento separatista era incontenible, redactó el acta inmortal del 15 de septiembre de 1821. No firmó ese documento por que pertenecía al partido colonial que contaba con la discreta preparación del pueblo, a fin de capacitarlo para el ejercicio del gobierno propio. Valle, sin embargo, no pertenecía al partido servil que pidió la anexión a México, a la primera intimación del emperador Iturbide. Valle, el filósofo y el patriota, unido a los liberales, se opuso

a las pretensiones del marqués de Aycinena, representante de las iedas monárquicas. Centro América formó parte del imperio mexicano, y Valle fue a México como diputado, y allá fue prisionero y ministro; y sorprendiendo el mejor instante pidió la nulidad del acta de anexión, y la entidad centroamericana recobró nuevamente su libertad.

Valle formó parte del triunvirato de 1824, y como su presidente, dijo ante el congreso de 1825: "Los pueblos me han confiado sus destinos: yo seré todo para los pueblos. Una lágrima menos, una espiga más, un retoño de la planta que no se había cultivado, será el máximun de mi felicidad." Esos conceptos encierran todo un programa de gobierno permanente. Que de verdad se enjuguen las lágrimas de las contiendas infecundas; que la concordia no sea una palabra fementida, que hiere por befarda a veces, en vez de consolar; que en los campos broten las espigas, el cariño de la mano laboriosa que asegura la felicidad de la república; que la planta cultivada por el trabajo garantido sea el orgullo nacional y la fuerza consciente de los ciudadanos, y que la vida democrática sea una alegría por el bienestar positivo que proporciona a los hombres.

Valle fue electo presidente de Centro América, pero el congreso de 1825 declaró que no había mayoría de votos y eligió a don Manuel José Arce. Ese acto arbitrario encierra tal vez la clave del martirologio de los cinco Estados. Arce provocó aquella revolución que propiamente empezó a fines de 1826 y terminó con la entrada triunfal de Morazán a la capital de Guatemala en 1829. La espada había decidido, la política se convirtió en teatro sangriento, las rivalidades fueron hondas y los odios inplacables. Los vencidos en la cruzada morazánica tenían venganzas que satisfacer en los campos de batalla y la reacción que dió en tierra con el sistema federal y con sus héroes magníficos, apeló también al fusil, y desde entonces los centroamericanos se matan entre sí, sin amarguras ni penas, sino con regocijo punible.

Valle, como después el general Morazán, habría respetado la forma federativa, de la que fue defensor; habría sido el mandatario esclavo de la ley, y tal vez con su talento y moderación hubiera logrado afianzar la naciente república. Pero en la segunda elección fue derrotado, y cuando después la voluntad popular lo favoreció con sus votos su muerte defraudó las esperanzas de estas cinco porciones del nuevo mundo. Centro América quedó en plena noche, y quien sabe si asoma el alba cuando ya sea imposible la resurrección federal.

Toda labor sincera de los jóvenes hondureños debe empezar con el estudio de la vida de José Cecilio del Valle. El representa el punto de partida en la propaganda evolucionista. Antes de la independencia, cuando don Pedro Molina fundó el Editor Constitucional, de espíritu revolucionario, Valle escribía el Amigo de la Patria, vocero de la evolución. Descartemos lo que al tiempo corresponde y encontraremos en el pensamiento del sabio la visión clara del porvenir y el procedimiento eficaz que reclama la cultura para perdurar, perfeccionando al género humano. Valle daba a la evolución el sentido inmediato de aprendizaje paulatino para adquirir el derecho de ser libres y la conciencia de ser independientes. Pero su mente elevada iba lejos, porque abarcando el proceso general de los pueblos, en el curso de la historia, analizaba las partes y el conjunto con vasta generalización, hasta concebir sin conocer la idea de Bolívar, un plan de unión latinoamericana.

Resuelto el problema de la emancipación de España, que impuso en casi todos los territorios que ella conquistó la violencia revolucionaria, volvamos hoy, tras un viacrucis doloroso, a la evolución preconizada por el preclaro Valle. Morazán nos dejó como herencia el compromiso de trabajar por la unión de Centro América. Anterior a su testamento están la prédicas de Valle, que nos encaminan por el sendero del evolucionismo fructífero, lento, firme y provechoso. Por él

seguiremos erectos en nuestra voluntad, seguros por las experiencias adquiridas y vigorizados por un entusiasmo sereno y resistente.

(El Cronista, Nº 992, 1916).

FRANCISCO ANTONIO MARQUEZ

1786-1824

Don Rómulo E. Durón, paciente investigador en el archivo nacional, ha dado a la publicidad la biografía del presbítero Francisco Antonio Márquez, prestando con ese paciente estudio un servicio positivo a la historia de la república. Y ya que el nombre de aquel sacerdote entra en el catálogo de las personalidades distinguidas de Honduras, la discusión y el elogio relativos a la obra citada se imponen.

Si en este momento solo disparates escribo, valgan como disculpa la buena intención y el deseo de que la verdad resplandezca, porque faltando esta primera virtud de los griegos, la historia humana carece de méritos y de enseñanzas provechosas. Y la fábula se queda en la pura región de la poesía, ante la fiebre del análisis moderno.

Varias veces oí decir que el Presbítero Francisco Márquez, era de origen italiano. Jamás me inclinó la curiosidad hacia la investigación de esa leyenda, y menos cuando se recordaba que los Márquez que vinieron a este país fueron chapetones, por el patronímico. Sin embargo, la especie que corre acerca de que el general Morazán desciende de los Morazani de Córcega, y la circunstancia de registrarse en la nomenclatura de otras familias de procedencia europea apellidos italianos, me hacía pensar que aquella aserción podía estar fundamentada.

El estudio del señor Durón, en vez de aclarar ese punto, lo obscurece de manera casi absoluta, hasta el grado de qui-

tarle al lector el convencimiento de que el sacerdote biografiado sea Márquez de verdad, por causas afines o por estirpe.

Dice el señor Durón que en un día de septiembre de 1787, como a las siete de la noche, don Juan Manuel Márquez, saliendo de la casa de su hermano, el padre cura Juan Francisco, se tropezó en el zaguán con un hombre desconocido, quien le hizo entrega de la cesta. El citado don Juan Manuel regresó al interior de la vivienda y con la ayuda de la luz vió el contenido, que era un niño gracioso de doce meses, bautizado, según constancia que el bebé llevaba consigo. Doña Francisca Márquez, que se hallaba en casa del cura, le cobró súbita afición y cariño a Francisco Antonio, nombre que también acompañaba al expósito.

Estamos, pues, en plena novela. Moisés, o aquellos personajes reales de la edad media, hijos de don Favila, expuestos en cajas y dejados a merced de las corrientes, o del azar que es también correr caprichoso, y a párrafo seguido se establece que, para obtener la información de limpieza, cuando el joven Francisco Antonio cifraba en los quince años, Juan Antonio Ysasi, José Miguel Gómez, María de Quintanilla, Francisco Ariza y Juan Bautista de Rivera, declararon tener conocimiento del niño expósito, *por haberlo visto entrar en la casa de doña María Francisca Márquez.* Primero se afirmaba que entró en casa del cura Juan Francisco, de donde lo llevó a la suya doña María, en la que seguramente lo vieron los cinco testigos nominados. ¿Sería la misma noche?

Hay pues suficiente prueba para establecer el hecho de que Francisco Antonio no era Marquez. El apellido se lo regalaron por el acto de la adopción. ¿A qué familia pertenecía entonces? Este capítulo debió investigarlo el Dr. Durón, para que los hondureños supiéramos si la biografía trata de un Márquez auténtico o de un individuo a quien el destino condujo a extraño hogar, donde la caridad lo acogió y favoreció. Claro es que el mérito del hombre en nada mengua por las complicaciones de su nacimiento.

Analicemos más de cerca el caso. Sin exagerar podemos decir que Tegucigalpa cuenta en la actualidad diez y ocho mil habitantes. Y toda lógica enseña que en la que puede llamarse sociedad distinguida es de todo punto imposible que se conserve el secreto de un expósito durante un año. Ahora bien, en 1787 los habitantes de esta ciudad podían subir a la suma de cinco o seis mil almas. ¿Será racional pensar que en tales tiempos llegara a la casa de una familia rica y noble según el criterio de la época, un muchachote español de doce meses de edad, sin que se conociera su origen? ¿Sería hijo del cura don Juan Francisco, del caballero don Juan Manuel o de doña Francisca Márquez? ¿Sería de sangre italiana? Sobre esto desearía yo conocer la opinión del biógrafo estudioso y apreciable.

Por ahora he dicho a la ligera lo que la lectura de la primera página del folleto me sugiere. Y antes de que se me olvide, quiero aludir a una quisicosa. Conozco anécdotas del padre Márquez que revelan agudez y penetración de entendimiento; pero la que relata el señor Durón, para que se conozca el carácter del cura, no le hallo la punta. En aquel diálogo con el Arzobispo Ramón Casaus y Torres, parece que el presbítero Márquez se empeñara en hacer el Bertoldo. Por lo demás, el trabajo merece todas mis simpatías, que nada valen, en definitiva, para afianzar la reputación de que goza el señor Durón como publicista renombrado.

(El Cronista, Nº 926, Noviembre de 1915).

JUAN LINDO

1790-1857

Si se pretende biografiar los nombres ilustres del foro hondureño, la galería debe empezar con el retrato de Juan Lindo, prócer de nuestra historia, figura de gran relieve en la política nacional y creador de dos universidades, la de Tegucigalpa y la de San Salvador. Bajo el gobierno de la colonia, Juan Lindo obtuvo el título de abogado en la Real Audiencia de Guatemala, vino a Honduras como gobernador de esta provincia durante el efímero reinado del emperador Iturbide, y después, tras complicaciones varias, ejerció la presidencia en las repúblicas del Salvador y Honduras.

En otra ocasión he tenido que hablar del político, tal como lo juzga la historia. En los presentes momentos es preciso escribir acerca del hombre, de su mentalidad, de su carácter ejemplarizador y de su talla moral, no superada en los anales del patriotismo hondureño. Juan Nepomuceno Fernández Lindo gobernó el país en tiempos de turbulencia y en días de peligro para la seguridad de la república; pero espíritu amplio, inquieto, sagaz y enérgico, supo vencer a sus enemigos, salvar la integridad territorial y renunciar un tercer período, no obstante de que para ejercerlo lo aclamaba la mayoría de su pueblo.

No es la vida cotidiana y burocrática de los hombres la que provoca la admiración de sus semejantes, en las presentes y futuras generaciones, ni es la conquista de una serie de puestos políticos, en desdoro de la dignidad, lo que sirve de alta enseñanza moral para la juventud que quiera templar el

carácter en el estudio de la conducta de nuestros compatriotas eminentes. De las biografías, lo utilizable son los rasgos que revelan hombría de bien, alta inteligencia y valor sereno y fecundo.

Y pocas personalidades en Honduras presentan ejemplos tan elocuentes como Juan Lindo. En sus actos resplandece la inteligencia clarividente, la valentía firme y sin alarde y el desprendimiento patriótico más abnegado. Sin ser soldado se colocó frente a frente de Santos Guardiola, uno de los generales más prestigiados de la América Central; y hombre de letras crea la Academia Literaria, que fue como hacer un poco de luz en la densa niebla colonial.

Fue un batallador incansable en favor de la federación, y trabajó porque en los códigos políticos se consignara el deber que tiene el Estado de concurrir a la integración de la vieja patria. Caballero de honor y de mirada penetrante, abolió la pena de muerte, no sólo porque se lo imponía una convicción científica, sino porque creía que la sed de venganza es un factor primordial en nuestras guerras civiles. Por eso él hizo que solo se impusiera la pena capital al que la hiciera aplicar por cualquier motivo. Fomentó la escuela, dedicó especialísima atención a los caminos públicos, creó renta para los gastos del gobierno, lanzó papel del Estado a la circulación, papel que amortizó mediante un procedimiento sencillo y sabio. Cuando dejó el poder, Honduras no tenía deuda interna.

Juan Nepomuceno Fernández Lindo, no conoció la pereza. Temperamento impulsivo y acometedor, laboró constantemente en favor de la unión de las cinco secciones. El provocó la asamblea de centroamericanos que se reunió en Tegucigalpa, bajo la presidencia del General Cabañas. Y poseído de un elevado sentimiento de hispanoamericanismo, que hoy mismo parece extraño y quijotesco, decretó el auxilio de Honduras a México cuando este país se vió envuelto por una acometida conquistadora de los Estados Unidos. Episodio hermoso en la

historia, caso gallardísimo que coloca el nombre de su autor entre el de los paladines más ilustres del continente.

Fue un gobernante activo, nervioso y acometedor. No habiendo telégrafo en aquellos tiempos, apelaba al correo, al incensante mensajero que iba a Guatemala, Nicaragua, El Salvador y recorría los pueblos del territorio hondureño. No esperaba los sucesos, los provocaba y les salía al encuentro, preparado para sujetarlos, confiado en su habilidad y en la justicia de su causa. Así es que hacía estallar las asonadas de los caudillos militares, para dominarlas en seguida y cimentar la paz.

Los reaccionarios de Guatemala presentaron ocasión al cónsul de la Gran Bretaña, quien en nombre de su Gobierno tomó posesión de nuestra Isla del Tigre, como garantía prendaria por una deuda federal. Lindo sintió el ultraje en su alma, protestó y procedió a levantar fuerzas para echar al invasor desatentado. Sin embargo, comprendió que era preciso apelar a expedientes más eficaces, aunque más dilatados, y se puso en comunicación con el Ministro americano, Mr. Squier, de quien era amigo. Proyectó una cesión simulada de la isla por diez y ocho meses, a favor de Estados Unidos, y como esta nación tenía entonces interés especial en sostener la doctrina de Monroe, Squier aceptó el plan y notificó al cónsul Chatfield que desocupara la tierra retenida.

Aunque Chatfield hizo oposición, el Ministro americano se plantó en serio, declarando que la continuación de la isla en poder de las fuerzas británicas sería considerada por el gobierno de Washington como un casus belli. El cónsul detentador no esperó mayores reclamos y se hizo a la mar, dejando algunos pertrechos de guerra en poder de los hondureños. Así salvó Juan Lindo, por primera vez, el golfo de Fonseca, de la tentativa peligrosa del poder conquistador más temible de la tierra.

Fue Juan Lindo hombre de mundo, gran conocedor del corazón humano, y por lo mismo buen conductor de muche-

dumbres. Un su biógrafo dice que tenía por norma de gobierno los siguientes principios: 1º—Hacer de sus mayores enemigos sus mejores amigos, por medio del aprecio y del reconocimiento. 2º—Conceder, sin darse a rogar, todo lo permitido por la ley. 3º—No confiar a nadie los secretos de Estado. Lo que se podía saber, él mismo lo revelaba, antes de que se le dieran interpretaciones antojadizas. 4º—Confiar los puestos públicos a los más aptos y más dignos, procurando hacer de los jóvenes ciudadanos conocedores de los negocios públicos.

Juan Nepomuceno Fernández Lindo, llamado el zorro, por su incomparable perspicacia, demostró su gran penetración cuando renunció la presidencia que por tercera vez se le ofrecía. En viaje para Comayagua, supo en el pueblo de Langue el resultado de la elección, y entonces escribió el célebre manifiesto de 25 de noviembre de 1851, que debería de servir en las escuelas primarias como texto de lectura para los niños hondureños. En ese documento dice:

"Todos los hombres tenemos allá en el íntimo de nuestros corazones cierta esperanza de que mejorará nuestra situación, cuando el poder público pase a otras manos ¡Amigos! No hay que atacar aquella esperanza de todos, porque es la que promueve los trastornos contra el que, en el sistema que rige, permanece mucho tiempo en el mando, y ella es la que armándose del tiempo y auxiliada de los enemigos personales, por pocos que sean los del Gobierno, logra cambios peligrosos en la sociedad."

No hay en las Vidas Paralelas de Plutarco, ni en los pensadores modernos, desde Federico el Grande a Napoleón, observaciones más exactas, sencillas y profundas que las contenidas en ese pequeño párrafo de don Juan Lindo, el psicólogo más sutil que ha gobernado la república y para quien los abogados de esta patria tenemos una deuda de admiración y gratitud.

(El Cronista, mayo 12, 1917).

I I

Don Juan Lindo fue adversario tenaz del general Morazán y partidario firme de la anexión de Centro América al imperio mexicano. Su actuación de gobernante y de político se desarrolló en uno de los períodos más borrascosos de la historia patria. Los revolucionarios franceses consagraron en la declaratoria de los derechos del hombre la resistencia a la opresión. Don Juan Lindo, menos escrupuloso en cuestiones de derecho público declaró en 1848, que el alzamiento del general Santos Guardiola contra la asamblea del Estado, o mejor dicho, contra el triunvirato del vicepresidente Bustillo, Coronado Chávez y Francisco Ferrera, no era más que el ejercicio del derecho de petición. Así lo permitía el tiempo, y a la sombra de esa moral patriotera se derramó la sangre sin reparo.

Si el nombre del imperio que había creado Iturbide en México, pudo conquistar las simpatías de algunos espíritus apegados al régimen colonial, no es descabellado pensar que en lo general la voluntad centroamericana rechazaba la anexión que pretendía Su Majestad Agustín I, y que Gainza fue arrastrado a ella por la amenaza contenida en la nota de 19 de octubre de 1821.

En ese documento, después de disertar largamente el señor Iturbide acerca de la felicidad de los pueblos y de la conveniencia de que Centro América y México formen un conglomerado monárquico, añade: "Si a pesar de la evidencia y solidez que a mi juicio concurren en estas reflexiones, no bastaren al convencimiento de esas respetables autoridades, espero que se sirva V.E. comunicarme a la mayor brevedad sus ulteriores determinaciones para el arreglo de las mías; en el concepto de que desnudo de toda mira individual y poseído del más sincero respeto a la voluntad de los pueblos, jamás intentaré someterlos a la mía, aunque no es otra que la de su fecilidad y bienestar. Con este objeto ha marchado ya y debe en breve tocar en la frontera una división numerosa y

bien disciplinada, que llevando por divisa Religión, Independencia y Unión, evitará todas las ocasiones de emplear la violencia y solo reducirá su misión a proteger con las armas los proyectos saludables de los amantes de su patria".

Era ese un modo de señalar muy elocuente. Se parece al derecho de petición que invoca don Juan Lindo, ejercido por un jefe que comanda un ejército. Pero a Iturbide se le indigestó la dinastía, y su representante en Centro América, Filisola, se vió obligado a cumplir con un capítulo del acta del 15 de septiembre de 1821, y convocó el congreso, que se instaló en Guatemala el 24 de junio de 1823.

Lindo era un hombre sagaz, y como individuo inteligente, desposeído de fanatismos. Provocaba las guerras civiles, las conspiraciones y los juegos más arriesgados del bochinche; y sin embargo, cuando se dirigía al ayuntamiento de Tegucigalpa, en 1822, demostraba espíritu conciliador y comprensión clara de las necesidades públicas: "Volvamos al orden, decía, a la unión y a la fraterniad; pongamos en uso el arado, la azada y la barra e ilustremos por medio de las escuelas públicas a nuestros hijos".

La paz interna tiene que ser obra de la cultura general. La civilización origina la tolerancia y ésta la positiva consolidación del orden, garantizado por la ley y por el respeto consciente de los ciudadanos. Cualquier observador curioso notará, leyendo nuestros poetas, que desde el primero de la antología, que es el padre Reyes hasta el trovador cubano que cantó durante la administración del Dr. don Marco Aurelio Soto, todos, absolutamente todos, tienen acentos consagrados a la contienda intestina. Joaquín Palma creyó terminada la era sangrienta, pero los hechos lo desmintieron y nuevas voces rimadas han gemido al calor de la sangre que corre en nuestros campos.

Y lo mismo ocurre con los hombres de estado. En toda la literatura oficial y de propaganda se ha proclamado la

estabilidad pública como la única base de buen gobierno y fuente segura de prosperidad colectiva. A la propia religión acudía Iturbide cuando presintió el movimiento que daría en tierra con el plan de Iguala. "Convencido como estoy, decía en un decreto, de la necesidad de recurrir al cielo para que el Todopoderoso me preste sus auxilios, resuelvo que a todas las iglesias seculares y seglares del imperio, se hagan por tres días rogativas públicas, cesando en ellos todas las diversiones y obstáculos profanos". No escuchó el Señor su pedimento y los centroamericanos volvieron a la república. En este ambiente operó don Juan Lindo, y pocas personalidades han desarrollado una labor tan intensa y dilatada como la suya. Nació en 1790. Ya en 1822 fue electo diputado al congreso que debía reunirse en México, donde él se educó, y murió en 1856 habiendo dejado de ser presidente, por última vez, en 1852.

La carrera de Lindo fue azarosa. Como jefe de la provincia de Comayagua, se vió acusado por defraudador de las rentas nacionales y depuesto; dió un golpe de Estado, siendo jefe de El Salvador, engrillando a toda una legislatura; reformaba a su gusto la constitución de Honduras y, espíritu inquieto y urdidor, manejó a los hombres a su antojo. Se le ha llamado **El Zorro.** No fue tirano, ni cruel, pero hizo siempre con maña y gracia, su santa voluntad.

Eran aquellas épocas de más candor o de mayor indiferencia. Los conservadores condujeron preso a Guatemala al eximio Dionisio Herrera y el general Francisco Morazán hizo llevar prisionero a don Juan Lindo. Del cautiverio surgían los caballeros representativos más prestigiados y resueltos, al revés de lo que ha ocurrido después en algunas comarcas del nuevo mundo, en las que han ido los ciudadanos de la cárcel al sepulcro. Por dificultades con Inglaterra, los marinos británicos llegaron a nuestras costas, y Juan Lindo puso nuestra isla del Tigre, por diez y ocho meses, bajo la protección de los Estados Unidos. Hoy no se haría lo mismo, tanto porque han cambiado los conceptos de nacionalidad y de so-

beranía, como porque lo probable, presumible, posible y seguro, sería que el gobierno de Washington se quedara de protector indefinido, a causa de cualquier interpretación de la doctrina de Monroe.

Los mensajes de Juan Lindo están escritos en lenguaje claro y fácil. Sus meditaciones sobre un pueblo libre, un poco difusas, representan el más avanzado criterio de aquellos años en materia de derecho público. Esas ideas pueden ser dictadas hoy por cualquier muchacho aficionado a leer novelas. Sin embargo, la esencia íntima del pensamiento de Juan Lindo fue democrática, a pesar de sus ribetes de noble chapetón. Fue ilustre porque poseyó un talento amplio y nutrido. Creó las universidades del Salvador y Honduras. Derramó la luz posible en aquel medio, y con eso realizó obra magna e inimitable. Pero, pasado el reflejo fugitivo, hoy tenemos que empezar donde comenzó don Juan Lindo en 1822: "pongamos en uso el arado, la azada y la barra".

(El Cronista, Nº 945, Diciembre de 1915).

FRANCISCO MORAZAN

1792-1842

En las Memorias del General Francisco Morazán, se encuentra el mejor texto para comprender el sentido íntimo de la sangrienta campaña que empieza con el sitio de Comayagua, en abril de 1827. La serenidad justiciera que inspiró a su autor, su elevada cultura y su exacto conocimiento de los sucesos, hacen de esas declaraciones un excelente capítulo de la historia nacional. La federación estaba viciada en sus cimientos, y los abusos del presidente Arce dieron comienzo al derramamiento de sangre en los albores de estas democracias.

"Fué legal la resistencia que opusieron los gobiernos de los Estados al presidente de la república y necesaria la guerra que llevaron los pueblos a Guatemala". En esas pocas palabras condensa Morazán la filosofía de aquella revolución.

Manuel José Arce, tenía las simpatías de los liberales, porque había puesto su contingente en los trabajos por la independencia, y contaba con el beneplácito de algunos conservadores por haberse manifestado enemigo del sistema federal. Centralistas y federalistas....Desde aquella época, el desconocimiento de la lógica científica nos ha hecho caer en el error de que las palabras hacen las cosas. Quizás el mal no estaba en la forma de la organización, sino en la deficiencia de la educación republicana.

No se estableció un distrito federal. El presidente residía en Guatemala y allí el jefe del Estado Manuel José Arce, con la burla del sufragio, que favorecía a José Cecilio del Va-

lle, escaló la presidencia de la federación. Hizo prisionero al Jefe de Estado, Juan Barrundia, hecho que tuvo por corolario el asesinato del vice jefe Cirilo Flores; invadió a Honduras, nombró un jefe local en Tegucigalpa, hizo prisionero a Dionisio Herrera y violó la Ley fundamental con su intromisión en los negocios de los Estados, declarados libres e independientes en su gobierno y administración interior.

Para Morazán fue un deber y una obra de patriotismo levantarse contra el poder de la república, en reivindicación de los derechos de cada Estado. Obtuvo triunfos militares brillantes, llegó a Guatemala, y en el ejercicio de sus dos períodos presidenciales, en cumplimiento de la constitución política, respetó y sostuvo la forma federativa que había jurado hacer cumplir y obedecer. La reacción de Ferrera en Honduras y de los conservadores del Salvador y Guatemala, quería la reforma de la Carta fundamental. No se hablaba todavía en voz muy alta de fraccionamiento, y sin embargo, siendo jefe de Estado del Salvador el General Morazán, en 1840, entró en guerra con el Estado de Guatemala. Tomó aquella ciudad y salió después acosado por las hordas de Rafael Carrera. La entidad centroamericana desapareció a continuación, de derecho, y puede afirmarse que solo existió, efectiva y práctica, durante ejerció el poder, por ocho años el General Francisco Morazán.

Los vínculos unionistas fueron débiles, y se borrarán más a medida que el nacionalismo regional se acentúe, si no se establece una corriente basada en el convencimiento público y bien dirigida. En la época morazánica, apartado el peligro de una nueva anexión a México, no existía la posibilidad de la intervención extranjera. En 1822, el Estado del Salvador, con la mayor tranquilidad, buscó por algún tiempo el protectorado de los Estados Unidos. Pero la posición de Centro América ha cambiado en el continente, porque la civilización trae cada día mayores necesidades de defensa, y por lo mismo da motivo a la adquisición de nuevos territorios, como bases estra-

tégicas y comerciales. Si las cinco secciones no se funden en un solo bloque, corren el riesgo de convertirse en los Balkanes del nuevo mundo, no porque den margen a una gigantesca conflagración, sino porque causarán actos posesorios, desvirtuando su existencia autónoma. Los acontecimientos de este corto lapso del último siglo, demuestran constantemente que todos los pueblos vigorosos son absorbentes y que el impulso de predominio no respeta otra cosa que la fuerza de resistencia.

Se ha escrito y se ha creído que el General Morazán hacía preparativos en Costa Rica, para emprender una campaña unionista. En su testamento declaró solemnemente el héroe que los alistamientos militares que realizaba cuando sus enemigos se sublevaron, no tenían más objetivo que socorrer el departamento de Guanacaste, a la sazón amenazado. Y declara también que muere con el sentimiento de dejar anarquizados a estos pueblos, cuando él podía prestar algún contingente eficaz, pues había rectificado sus ideas en política, en la carrera de la revolución. Sus postreras confesiones deben llegar a la categoría de verdades históricas.

La oratoria y la poesía han rendido merecido tributo a la memoria de nuestra primera gloria nacional. La obra del verdadero historiador vendrá más tarde, dando relieve a la figura del grande hombre examinado y aclarando los sucesos obscuros o ignorados, y estableciendo la unidad sintética que requiere el desarrollo de los acontecimientos.

(El Cronista, Nº 951, Diciembre de 1915).

FRANCISCO FERRERA

1794-1851

No es cosa rara ni difícil hacer frases, pero expresar una ocurrencia o un juicio en forma sintética aguda y perdurable, es tarea solo reservada al talento. Juan Lindo, por una combinación política muy suya, depositó el poder del Estado en don Felipe Bustillo. Y Francisco Ferrera, aquel espíritu tenaz y complejo, decía de ese insípido vice jefe: "La mitad del tiempo duerme, y en la otra mitad no hace nada". Esas palabras resumen, cifran y completan la biografía de don Felipe Bustillo. La historia podrá detallarla, pero no condensarla con mayor exactitud y gracia.

Ramón Rosa, al terminar su estudio sobre la vida del general Ferrera, pide conmiseración y piedad para los extravíos del implacable enemigo de la federación y un aplauso para las virtudes del genio. Somos propensos a exagerar los conceptos, por el impulso de una admiración inmoderada o guiados por el odio irreflexivo. Genio? Ese vocablo, jamás definido concretamente, no cabe todavía en la nomenclatura del personal de la república. Sin contar las eruditas lucubraciones de don Juan Montalvo recordando lecturas viejas encontramos estos pensamiento auxiliares que concurren a explicar, de manera aproximada, la acepción de aquel término difícil: El talento es la inteligencia dotada de brillo, fuerza, extensión y profundidad. Eso dice Adolfo Thiers. Hacer lo que es fácil a la generalidad, es la inteligencia; hacer lo que es difícil a la inteligencia, es talento; hacer lo que es imposible al talento, eso es el genio. Esto escribe Federico Amil.

Francisco Ferrera era feo hasta para feo, como diría don Ricardo Palma. A su temperamento fogoso y cruel, hay que agregar el contingente que el alcohol aportaba en sus resoluciones. Hijo del pueblo, de cuna tan humilde que sus panegiristas no han podido descubrir el nombre de sus padres; sastre, músico y sacristán, sabe que la patria está amenazada y concurre voluntariamente a Yamaranguila a protestar contra aquella primera invasión fraguada por la arbitrariedad y la impolítica.

Jefe activo, sanguinario y sagaz, de ideas superiores a su tiempo, laborioso y sesudo, poseía alma ardiente y exquisitez de sentimientos. Federico el Grande, después de una derrota, a la luz del vivac, escribía versos hondos por el sentido y malos por la forma. Y Francisco Ferrera acudía a la métrica para buscar salida a los gemidos de su corazón, y daba serenatas, en clara noche, a la mujer amada. Y a la vez se ocupaba de las rentas, escribía editoriales nutridos en el *Redactor* sobre la necesidad de crear o suplir facultades de enseñanza, señalaba la verdadera ruta de nuestro ferrocarril interoceánico, conspiraba en favor de la idea separatista y fusilaba sin escrúpulos al caballero gentil y dignísimo, al discípulo del padre Francisco Márquez y amigo de Morazán, a Joaquín Rivera, mártir gallardo del ideal federativo.

Las rivalidades personales, tan funestas en los anales patrios, llevaron a Ferrera al campo de la reacción. Fue contumaz enemigo de la república centroamericana, la combatió sin descanso y vió coronados sus deseos. Más penetrante y más hábil, don Juan Lindo, aunque también adversó la propaganda morazánica, no quiso que Honduras prescindiera de la esperanza y del compromiso de volver a la unidad primera.

Pero Francisco Ferrera, si no tenía la flexibilidad sutil de don Juan Lindo, era hombre entero, comprensivo y resuelto. Fué reelecto presidente en 1847, pero convencido de que la opinión pública le era hostil y consciente de su responsabilidad y del significado de los cambios, en relación con el bie-

nestar nacional, renunció su alto cargo ante el c ongreso legislativo. En el pliego momorable presentado a la asamblea decía: "no es el mejor elemento para la consolidación de la paz sobreponer un partido lleno de rencores y de pasiones a sus adversarios.....Elegid, en fin, un alma grande y liberal, que ni le sorprenda y halague la súbita exaltación al solio, ni se irrite y se avergüense de volver a ocupar su primitivo puesto en la masa popular cuando la ley lo prescriba".

Ferrera recomendó la elección de don Juan Lindo. Este se dió cuenta de las dificultades con que tropezaría teniendo frente a frente a dos caudillos tan atrevidos como Ferrera y Santos Guardiola. Entonces depositó el poder en el inofensivo don Felipe, inspiró el pronunciamiento de Guardiola, quien provocó la emigración de Ferrera, y acto seguido reclamó la presidencia, apoyado por fuerzas salvadoreñas. Buena maniobra, jugada de hombre listo, pero ingrata para el país, porque originó la intervención de tropas extrañas y el extrañamiento de los varones sustantivos.

Francisco Ferrera fue hombre de méritos, un combativo formidable, una energía perseverante. Sirviendo una causa más generosa, con procedimientos humanitarios, habría sido, después de Morazán, la figura más interesante de la historia. Que las lágrimas que hizo derramar sirvan de lección a las generaciones que persiguen la evolución científica, para que se convenzan de que el árbol de la libertad no florece con el riego de la sangre que se vierte en las egoístas contiendas fraternales, cuando éstas no responden a un fin elevado de cultura y de reivindicación individual y colectiva.

(El Cronista, Nº 957, Diciembre de 1915).

JOAQUIN RIVERA

1795-1845

En 1842 caía Morazán en San José de Costa Rica. En 1845 era fusilado Joaquín Rivera en Comayagua. Entre los mártires de la unión Centroamericana que la literatura exalta en cada fecha memorable, casi nadie recuerda a Joaquín Rivera, el noble creyente, que de joven abrazó con entusiasmo lírico la idea de la independencia y de hombre supo respetar la libertad y sacrificarse por el ideal morazánico. Vinculado con una familia liberal, ha dejado en el hogar de ésta y en sus tradiciones un recuerdo de admiración y cariño. Fue discípulo de Francisco Márquez y esposo de doña Teresa Márquez.

Se ha dicho que Joaquín Rivera fue víctima de la política implacable de Francisco Ferrera. Este era ministro de la guerra del presidente Coronado Chávez cuando Rivera fue sentenciado a muerte. ¿Y Chávez era instrumento de Ferrera? Aquel lo niega y debemos respetar su testimonio. Chávez que de humilde carpintero se elevó a una posición respetable, por sus propios méritos mereció la confianza del caudillo conservador; pero cuando Ferrera le propuso la presidencia, en 1844, Chávez le declaró de modo terminante: "Tenga Ud. entendido, general, que si ha pensado en mí porque me crea capaz de condescendencias con Ud., está en un error".

La guerra de aquel año había sido desastrosa. Los pueblos que acudieron al llamamiento de Joaquín Rivera y los ciudadanos que simpatizaban con el movimiento revolucionario sufrieron persecuciones sin cuento. Ferrera supo defen-

der el país de la invasión extraña, pero aniquiló en Honduras los factores que podían contribuir al restablecimiento de la vieja patria. Tal vez no quiso cargar con la responsabilidad de los acontecimientos que se desarrollaban y buscó en Chávez un compartidor inteligente y leal. Sin embargo, éste fusiló a Joaquín Rivera con plena convicción, porque muchos años después, interrogado sobre el particular, declaró enfáticamente: "Cumplí mi deber. Si volviera a darse el caso, hoy mismo que estoy confesado y comulgado, volvería a fusilar a Rivera y mi conciencia quedaría tranquila".

Joaquín Rivera había leído e interpretado el acta de independencia de 1821. Posteriormente fue jefe de Estado de Honduras y procuró desarrollar su progreso hasta donde lo permitían los elementos de la época. Fomentó la instrucción, envió varios jóvenes a educarse a Guatemala e hizo venir un cuño de Europa. Habría dado libertad de imprenta si en aquel tiempo hubiera existido el periodismo, puesto que fue tolerante con algunos libelos que circulaban en su contra. Batalló en el período agudo de las rivalidades separatistas. Entonces la política conservadora buscaba la organización de los gobiernos locales, y los esfuerzos del partido liberal se encaminaban en el sentido de restablecer la federación efectiva. Pasados los años cambió el fin de las agrupaciones. Los liberales sin proscribir el ideal unionista, lucharon por implantar la reforma, exigieron la inviolabilidad de la vida humana, la enseñanza laica y el método positivo de investigación. Se derramó sangre para consignar los derechos del hombre, en toda su amplitud, en las leyes sustantivas; pero en la práctica tales conquistas, desde la libertad de sufragio hasta la seguridad individual, han sido ilusorias.

Al presente el sentido de las contiendas ha cambiado por completo. Se concentra en cada Estado la necesidad de vigorizar la voluntad colectiva, para el desarrollo integral y para la defensa. Separada una porción de Centro América, el destino común desaparece, y estas nacionalidades, más vacilantes cada

día, buscan por instinto en una evolución provechosa la clave de su existencia autónoma y de su progreso rápido. Un poco más de setenta años hace que Joaquín Rivera creía fácil el restablecimiento de la federación. Los obstáculos eran débiles entonces, porque se trataba solamente de cambiar uno o más gobernantes para que el acuerdo común restableciera la república primera y grande. Posteriormente ya no bastaba el cambio de los mandatarios porque mil causas se interponían, complicando los intereses separatistas y haciéndolos fuertes e invencibles. Hoy en presencia de la actitud asumida por Nicaragua en sus convenios con los EE. UU. desaparece para siempre la idea madre del patriotismo centroamericano.

Quedan los Estados de la América Central como entidades aisladas, buscando en sus propias energías la fuerza suficiente para un ascendimiento plausible. En Honduras tenemos un territorio despoblado que requiere cultivo por medio de una inmigración que se adapte y nacionalice. Las concesiones de terrenos a compañías extranjeras entrañan el peligro de que mañana los hondureños de Honduras se encuentren sin terrenos en Honduras. El punto de vista es otro. Si Joaquín Rivera murió persiguiendo la idea de Francisco Morazán, a los hombres actuales y a las generaciones del porvenir les toca la obligación de trabajar por Honduras, defendiéndola. Si quedamos solos, sepamos conservarnos cuerdamente.

(El Cronista, Nº 1.020, Marzo 6 de 1916).

JOSE TRINIDAD CABAÑAS

1805-1871

El último caballero del siglo XVI alcanzó todavía triunfos con la espada; Bayardo, sin darse cuenta de que la pólvora inutilizaba el coselete y el escudo, se vistió de punta en blanco y tuvo en su pro el honor de armar caballero al rey valiente y galanteador, Francisco I de Francia. Le dió el espaldarazo con la conciencia con que lo hubieran dado don Roldán o Balduino; y cuando en el cautiverio le propuso Enrique VIII en Inglaterra que hiciera armas en su servicio, aquel varón sin miedo y sin tacha dijo con toda su calma que en el cielo solo tenía a Dios por señor, y en la tierra al monarca de su patria. Pero Bayardo, por las circunstancias de tiempo, no se cuidaba de la causa que defendía, porque su fidelidad solo lo obligaba con su bandera y con su rey.

Cabañas, nuestro Bayardo, fue al contrario, el primer caballero de una causa, de una idea de amplia significación política en el concepto de las nacionalidades modernas. De haberlo permitido la época y las costumbres, nadie mejor que él habría dado el espaldarazo a Morazán. Muy joven fue presentado por su padre al patricio Dionisio de Herrera, en el sitio de Comayagua de 1827, para que ayudara en la defensa de la plaza, que equivalía a combatir por los fueros de la federación, por la patria y por la familia liberal. Jamás un hombre luchó con mayor fe y constancia, ningún centroamericano presenta una hoja de servicios más limpia y honorífica, y nadie en Honduras cuenta una cifra más alta en la escala del valor y de la firmeza republicana.

Caballero en todo Romántico, casi andante. Votos íntimos de su ardoroso corazón lo hicieron no cortarse las barbas después de la muerte del héroe máximo en San José de Costa Rica, en espera de quien sabe que resurrección concreta del gran ideal acariciado por su espíritu soñador y creyente: Unionista siempre, liberal siempre, abnegado siempre, ya combatiera al lado de Dionisio Herrera, de Gerardo Barrios o de Francisco Morazán. Vencedor o vencido, su alma diáfana jamás se empañó y su brazo esforzado jamás sintió el cansancio. En la Historia de estos cinco Estados el nombre de Cabañas inclinará la balanza en cualquier litigio en favor del pendón rojo. No hay una personalidad más nítida, ni la de Máximo Jerez; no hay valentía más gentil, ni la del propio Morazán; no hay desprendimiento más hermoso, ni el que tuvieron cuantos rechazaron las tentaciones del poder.

La biografía de José Trinidad Cabañas, debe escribirse en forma didáctica y artística para que sirva de libro de lectura en las escuelas públicas. Que un pedagogo de cultura verdadera condense los hechos de aquel paladín, en lenguaje sencillo y sugestivo, para que los niños aprendan lecciones de carácter, de moral, de religión y de civismo. El culto de los héroes empezaría dando resultados fecundos, porque, si el relato de la vida de un día de la Atenas de Pericles, es un curso suficiente de enseñanza integral, la biografía de Cabañas será un tratado completo de educación cívica y del noble uso que el hombre honrado hace de su voluntad y de su inteligencia.

No tenía Cabañas la vasta concepción de los problemas perdurables que cabía en la elevada mente de Francisco Morazán, ni la marrullllería de Juan Lindo, ni la doblez ondulante de Gerardo Barrios, ni las c andideces filosóficas de Máximo Jerez; pero poseía la clara visión de los sucesos, una ilustración regular en la relatividad del medio, sentido práctico de los negocios públicos y una buena fe sin igual para promover el progreso positivo. El, antes que nadie, firmó con Mr.

E. Geo Squier la primera contrata para la construcción del ferrocarril interoceánico. A través de mil vicisitudes, nuestro camino de hierro continúa en proyecto; y cuando se dé cima a esa obra, sea por el esfuerzo de los hondureños o por la actividad ajena, el patriotismo tendrá que recordar, como un homenaje, el nombre de Cabañas.

En un viaje que hizo a Nicaragua, después del fracaso de Masaguara, en 1855, con el objeto de pedir auxilio, a base de pactos existentes se dió cuenta de los verdaderos propósitos del filibustero William Walker, y lanzó sin tardanza la voz de alarma que evitó, por entonces, la conquista. Ante el peligro de aquella dominación extranjera, él olvidaba las rencillas entre unionistas y separatistas, entre coquimbos y conservadores, y se convertía en el defensor de la raza y del suelo centroamericano. Y murió pobre, con la conciencia tranquila, sin vanidades ni altiveces, sin orgullos ni soberbias.

Pero ya cuando sus despojos descansan en el corazón de la naturaleza; cuando la intransigencia de los partidos converge en un fallo unánime justiciero, la pequeña figura corporal de Cabañas, en sus destellos de espíritu, se alza majestuosa y magnífica, con fulgor inextinguible. Y la juventud que evoluciona en busca de los ideales que afanaron aquella existencia, tiene en Cabañas su mejor ejemplo y su compañero histórico más leal y pundonoroso.

(El Cronista,, N° 693, Diciembre 17 de 1915).

JOSE MARIA MEDINA

1826-1878

En la historia, como en la literatura, como en todo, hay aversiones y simpatías, motivadas por causas especiales de inteligencia, de temperamento y de cultura. Para unos Napoleón es el tipo ideal del genio, de la grandeza épica, del impulso audaz y de la vasta mente. Para otros será Julio César o Alejandro el Grande o Bolívar el ínclito. Y así como existen admiradores de Emilio Zola y de Anatole France, hay también quien se deleita con la producción de la baronesa de Wilson. Cuestiones de criterio o de gusto.

No es el general José María Medina un tipo que cautiva. Su presencia era gallarda y arrogante, reveladora de fuerza, como hijo de varón criollo y de una mujer descendiente de esclavos africanos. En el album familiar he visto un retrato de aquel caudillo, alto y sereno con su bastón de mando. Pero su talla moral no es sugestiva, pues aunque abanderado del grupo conservador, ni tuvo el talento de Juan Lindo, ni los arranques valientes y sesudos de Francisco Ferrera, ni en el ejercicio del poder fue tan respetuoso a la ley como Santos Guardiola. Poseedor de una medianísima enseñanza, empieza su carrera política con la traición de Omoa, en 1853, y a continuación se pone al servicio de Rafael Carrera para derrocar al general Cabañas.

Fue, sin duda, uno de esos jefes perseverantes en la conspiración, y como la época en que operaba no admitía los procedimientos normales, el asalto, la conjura y la asonada constituían escalas en el ascendimiento burocrático. Ejerció

influencia decisiva en su partido o entre sus parciales, porque, malicioso y prudente, depositaba la presidencia cada vez que le convenía, y la recobraba, como servidumbre propia, en el instante que le parecía oportuno y propicio. Dotado de un buen don de gentes, conocía a los hombres, a quienes beneficiaba, según sus cálculos del momento. Una caja de coñac que recibiera de obsequio en horas de mustias vacilaciones, era largamente retribuida con el empleo en una aduana o en otro ramo productor y confortante.

Implacable y duro a veces, sin finalidades de estadista, sembraba el terror en las comarcas. En 1865 declaró que sabía, quería y podía destruir la facción de Olancho, y fue entonces cuando llevó la pavura a los habitantes de aquel departamento. Muerto el perro se acabó la rabia, se dijo el mulato voluntarioso, y dió comienzo al exterminio, ahorcando sin examen ni piedad. Procedimiento anacrónico que pudo usarse en los tiempos de Breno, pero jamás en una república de América y en un siglo que imponía la responsabilidad comprobada como base del castigo. La anarquía que han originado las guerras civiles justifica quizás el cadalso político, pero nunca éste pudo ser inquisitorial ni debió abarcar a la muchedumbre irresponsable. Para esas hecatombes tendrá siempre la historia una palabra de maldición.

No puede apelarse todavía a la anécdota para juzgar los caracteres. Plutarco echó mano hasta de la fábula misma, porque escribió con la distancia de los siglos. Pero forma contraste la conducta observada por el general Medina con los rebeldes de Olancho y la que después siguió en presencia del bochinche de los curarenes. A más de una persona he oído decir que aquel gobernante cerraba un ojo en señal de regocijo cuando sabía que los indios atacaban esta ciudad de Tegucigalpa; y pretextando escasa fuerza y pocos recursos, nunca la socorrió con eficacia porque deseaba una irrupción de vándalos contra esta villa valerosa. Para apla-

car a los olanchanos cubrió las ramas de los árboles de cadáveres colgantes, y para contener a los curarenes les envió un cura armado de plenipotencia.

La primera contrata para la construcción del ferrocarril intereoceánico, celebrada por el gobierno del general Cabañas con Mr. Squier despertó el interés de los comprensivos y comprometía a los mandatarios posteriores a proseguir en el empeño de realizar la obra civilizadora. No fue, pues, el general Medina, el iniciador de tal empresa, ni tampoco, en justicia, se le puede echar la responsabilidad mayor por los desastres financieros que fraguó Lefevre y demás cómplices, que imposibilitaron entonces la construcción del camino de hierro y gravitan todavía con peso enorme sobre el país. La ignorancia ambiente tuvo su parte en esos sacrificios de la república, que no solo implicaban la ruina, sino el ridículo, pues la creación de la **Orden de Santa Rosa y de la civilización** de Honduras, fue un acto bufo en la moderna democracia, que cubre de befa o baldón el nombre del mandatario que la decretó.

El general Medina era expedito y poco escrupuloso en materias legales. Prohibida la relección por la carta fundamental de 1865, convocó una constituyente para la reforma respectiva, y ésta con solo las actas de los municipios lo declaró electo. Y después, en 1871, conociendo el descontento popular, acordó un plebiscito para que los ciudadanos dijeran si deseaban o no el continuismo. Esto se parece al cuento del rey de los animales, el cual, estando podrido, ordenó que cada individuo declarara en su presencia si olía mal o no. Quien se aventuraba a decir la verdad moría irremisiblemente.

La felonía de Medina en Omoa, las subsiguientes inconsecuencias de su sistema y su última ingratitud para con don Ponciano Leiva, hicieron comprender al Dr. don Marco Aurelio Soto el peligro que existía para la paz de la nación con un militar que dominaba en los departamentos de occidente y que operaba en el terreno de la constante rebelión armada. Real o supuesta la última intentona revolucionaria, de ella tomó pie

el Dr. Soto para acabar con el general Medina, quien fue fusilado en Santa Rosa de Copán en 1878. Esta personalidad nos deja la herencia de la deuda exterior y una grande enseñanza, pues su vida demuestra que los hombres sin ideales nada fundan en provecho de los pueblos.

(El Cronista, enero 19 de 1916).

CRESCENCIO GOMEZ

1833-1921

¿Hemos progresado en noventa y cuatro años de vida independiente? La respuesta tiene que ser afirmativa, aunque es preciso confesar que nuestro avance ha sido lento, penoso y escaso. Descubiertos los elementos de la civilización, los pueblos jóvenes deben conquistarlos de un salto, con la rapidez de los procedimientos modernos. Sin embargo, nosotros vamos a rastras, dando un gemido por cada paso, chorreando sangre en cada lustro y distrayendo energías en la conspiración ineficaz.

Pero nuestro pasado es desconocido, por culpa del ambiente y de la indolencia de los hombres capacitados que no han querido llevar a la historia patria un contingente precioso de observación y análisis personal. Ningún diario relata los sucesos políticos y sociales de las administraciones que empiezan en Dionisio Herrera y acaban en José María Medina. El Dr. Marco Aurelio Soto hizo que se fundara La Paz, hoja semanaria que ya anunciaba las palpitaciones de la república. Allí brilló Adolfo Zúniga, las crónicas que se publicaban nos dan una idea exacta de la época, nos muestran el movimiento económico, la vida ciudadana y la fecunda labor administrativa. Se escribían notas generales que dejan percibir la índole del tiempo. Hasta gacetillas en verso publicaba José Joaquín Palma, lo que revela que la existencia se deslizaba en una especie de inocente Arcadia.

Pues bien, durante el período de agitación provocado por el General José María Medina, figuró el Licenciado don Cres-

cencio Gómez en primera fila. En él depositó **Medinón** la presidencia del Estado en los meses de mayo y octubre de 1865, y en él también la depositó el Licenciado don Marcelino Mejía el 8 de junio de 1876.

¿Pero qué nos queda del General Medina? Se sabe que creó una comisión de jurisconsultos para la redacción de los códigos del país; que nombró la célebre y nefasta comisión financiera Herrán-Gutiérrez-Lefebre, para que negociara los empréstitos y la construcción del ferrocarril interoceánico; que decretó, para halagar a los tontos y a los especuladores, la orden de Santa Rosa y de la civilización de Honduras y que ahorcó en Olancho a medio mundo. Ahorcamiento estupendo aquél, que no sólo a su autor vilipendia, sino a todo un pueblo y toda una generación.

Pero de la íntima vida colectiva nada se sabe, de la psicología de la sociedad poco se ha publicado. Si acaso Jeremías Cisneros escribió algo que refleje las costumbres, las tendencias, las aspiraciones de la época, deben estar inéditas sus impresiones.

Nos quedamos con el famoso **dicen** ante las deficiencias de los anales patrios. Y dicen, para el caso, que Medinón era hombre de pelo en pecho. En los banquetes oficiales se emborrachaba con aguardiente de caña y vomitaba el hartazgo sobre los ministros ¿Es cierto eso? ¿Es falso? Nadie responde por el momento.

El Dr. Antonio R. Vallejo me refería que un presidente de Honduras, cuyo nombre callo por ahora, tenía llena de guaro, en un pequeño y sucio armario, una botella de esas en que viene enfrascada el Agua de Florida, tapada con un olote. Cuando llegaba a Comayagua un diplomático, abría la alacena, sacaba el bote y en un jarrito de lata obsequiaba un **jarrazo** al plenipotenciario y en el mismo vaso bebía el jefe del Estado. Entonces no había servicio telegráfico ni organización postal, y el mandatario se estaba en una estancia de la casa algunas horas de la mañana, y después de haber recibido unas cuantas

cartas con los expresos que enviaban de los departamentos, decía, estirándose muy satisfecho: "hoy he gobernado bastante".

Pues bien, tiempos atrasados y anárquicos le tocaron a don Crescencio Gómez. Sin embargo, él colaboró después con más amplitud de horizonte en la administración del general don Luis Bográn y fue, además, durante largos años, profesor en la Universidad Central.

Es don Crescencio Gómez un hombre de positivo talento. Empleando más energía y mayor acción habría llenado cuatro décadas con su influencia decisiva en la política de Honduras. Lo que deja escrito demuestra que pudo ser un publicista de renombre continental. Para el honorable anciano vayan nuestro respeto y simpatía.

(El Cronista, Julio 12 de 1915).

CELEO ARIAS

1835-1890

Nadie puede llamarse Céleo sin ser Arias, dijo en cierta ocasión un distinguido personaje de Honduras, ponderando de ese modo el mérito de don Céleo Arias, distinguido caudillo liberal y actor sobresaliente en la política de la república. Malos tiempos le tocaron, días azarosos, horas sin ventura para esta tierra, porque entonces el choque de las pasiones y de los intereses obligaba a los ciudadanos a correr a Guatemala y al Salvador en demanda de auxilio para venir a derramar sangre de hermanos en obsequio de la conveniencia ajena. El apoyo del mariscal González exaltó en el poder de Honduras a don Céleo Arias, y una nueva combinación militar entre aquél y don Rufino Barrios lo echaron de la presidencia, después de la capitulación, en Comayagua, de 1874.

Ese afán de buscar la base de la guerra en los países vecinos, ha contribuido a borrar los vínculos de unión y solidaridad entre los pueblos centroamericanos. De allí el fenómeno de que, cuando una voluntad firme, como la de Rufino Barrios, iza la bandera de la antigua nacionalidad, las rivalidades creadas por la política de intromisión surgen intransigentes y frustran todo plan de segura o posible eficacia. Por consiguiente los pensadores y propagandistas que pretenden recoger el legado moral de los próceres de la independencia, que los compele a reorganizar la federación rota por las imprevisiones lugareñas, deben encaminar sus trabajos en el sentido de estrechar relaciones pacíficas entre las cinco secciones, y para ello es preciso comenzar por la respectiva patria, con una labor resuelta en favor del adelanto evolutivo.

Don Céleo Arias era hombre de carácter firme, de ideas elevadas, perseverante en sus propósitos y radical por convicción y por herencia. Sin embargo, no pudo sustraerse a las luchas del ambiente, y la eterna contienda civil hizo fracasar sus ideales y proyectos. Durante la administración de don Marco Aurelio Soto permaneció inactivo, consagrado a sus trabajos agrícolas sin atingencias con la política, pues el ojo suspicaz y desconfiado de este mandatario ilustre no toleraba dudas ni sombras en la esfera del respeto y la obediencia. Y en 1887, cuando los liberales lo excitaron para que aceptara la candidatura, en oposición a los planes releccionistas de don Luis Bográn, escribió y dió a luz el programa de gobierno más avanzado que registra la historia del país.

¿Hubiera puesto en práctica don Céleo Arias los principios consignados en Mis Ideas? Estamos en el deber de tener por bueno a cada hombre, mientras él no nos pruebe lo contrario, dice una máxima de filosofía alemana. Y tratándose de caballeros de seriedad reconocida, la honradez intelectual nos obliga a creer que sus manifiestos y declaraciones no merecen clasificarse entre las promesas de la hipocresía vana. La vida de don Céleo Arias presta garantías suficientes para juzgarlo sincero y honorable en sus ideas sobre política y administración; y si las turbulencias revolucionarias lo hicieron apartarse alguna vez de la norma que la ley establece, su conciencia estaba firme y su alma bien templada para traducir a la práctica el liberalismo ilustrado que su espíritu había concebido en las disciplinas del estudio y la experiencia.

Y con todo, su pensamiento en algunos capítulos iba muy lejos, más allá de las conveniencias que la realidad aconseja. Quería el establecimiento de la más pura democracia, y como un derivado de la república bien organizada prometía el "establecimiento de un Diario costeado por el gobierno, órgano de la oposición legal que ilustre, discuta y objete las providencias, los actos y las extralimitaciones de los poderes públicos". Esto es, don Céleo Arias pedía una prensa de oposición costeada con los fondos del Estado. Otro gobernante

pretendió fundar un periódico destinado a censurar a sus empleados.

Esas son simpáticas exageraciones de imposible aplicación. La libertad de la prensa se conquista primero que la libertad del sufragio, en el proceso del avance republicano; pero nuestras democracias no han llegado todavía a ese estado de madurez, pues el poder público abriga la convicción de que el debate airado y sin cortapisas provoca la protesta armada. Del pugilato del periodismo surge el alzamiento, porque los aletazos de la pasión no se contienen ante la primordial necesidad de conservar el orden, fundamento esencial de la existencia del Estado y de la Nación y de la Patria. Esto sin tomar en cuenta, dada la psiquis social, la corrupción que originaría un diario opositor sufragado por el dinero del pueblo, por orden y aquiescencia del poder ejecutivo.

La prensa de oposición, cuando es leal, se convierte en control benéfico; pero contribuye a la gesta de la farsa y de la completa desorientación cuando su papel de adversario no se asienta en la buena fe para con los intereses del país, sino que pretende sobre todo desquiciar al gobierno en provecho de los negocios egoístas de un partido. Queremos simplemente, porque no cabe más por ahora, ni cabrá por varios años, un diarismo independiente, que diga con franqueza lo que piensa, que coopere en el desenvolvimiento de las fuerzas nacionales, que respete el orden político establecido mediante la reciprocidad y que funde escuela para un porvenir próximo. Queremos la evolución en la prensa, pues convencido de que las libertades y garantías no se conquistan de golpe, porque la naturaleza no da saltos, vamos en pos de los fueros del periodismo poco a poco, armados de calma, de paciencia, dispuestos a las mayores tolerancias y privaciones, para lograr que la hoja diaria se convierta en una necesidad y para establecer, con el tiempo, la verdadera diversidad armónica que debe existir entre el poder de la Prensa y el poder del Estado. Ambos se complementan en la tarea de la civilización.

Pero si la promesa citada de don Céleo Arias pertenece al género ideológico, su sola enunciación revela el alto concepto que aquel repúblico tenía de los derechos del hombre. Su memoria vivirá respetada y admirada por todas las generaciones que trabajan y piensan con franqueza y valor.

(El Cronista, Nº 968, Enero de 1916).

ADOLFO ZUNIGA

1835-1900

Muy pocos hombres en Honduras han dejado tras de sí una huella intelectual tan brillante como la del Dr. Adolfo Zúniga. A su considerable labor de diplomático, de jurisconsulto y de orador, es preciso agregar, colocándola en primer término, su fecunda tarea de periodista. Puede decirse que él rompió la densa niebla del silencio en la república, llevando a los ciudadanos, en las columnas de "La Paz", el ruido de la civilización y las vibraciones del espíritu moderno.

Don Adolfo Zúniga fue el hombre de las frases ocurrentes, intencionadas y espontáneas. Su talento era sintético y su sátira era franca, viril y ampulosa. Hábil para caracterizar en una palabra un personaje, una época, un episodio cualquiera. Rápido y nervioso para las réplicas agudas y oportunas. Cortesano elegante y seductor, aunque feo de rostro, supo conocer en cada momento las debilidades de los hombres.

Don Adolfo Zúniga representó gran papel en las administraciones de don Marco Aurelio Soto y del general don Luis Bográn. Cuando triunfó la revolución liberal en 1894, ya el distinguido publicista estaba viejo y decepcionado, pero conservaba todavía su lucidez intelectual. Observando el desenvolvimiento de cierta democracia confianzuda y llana que originó aquella guerra, exclamó don Adolfo con benévola sonrisa: "Vamos para Chiquirín", aludiendo al general Teodoro Valladares, jefe esforzado en el episodio sangriento de aquellos años.

Fue un entusiasta propagandista de la unión centroamericana. Amigo de Gerardo Barrios, de José Trinidad Cabañas y de Máximo Jerez, conoció en toda su intensidad el entusiasmo de aquellos altos varones, supo interpretarles y pudo condensar en su verbo sonoro el ideal de Francisco Morazán. Pero hombre de mundo y de vista penetrante, comprendió después que la restauración de la patria vieja es una obra magna cuya realización necesita del tiempo, como complemento en un término inseguro y siempre dilatado.

En 1898 llegó don Adolfo Zúniga a Managua. Iba como representante de Honduras al congreso reunido en aquella capital con el objeto de elaborar la constitución de la República Mayor de Centro América, obra de poesía política, rimada para matar con asonantes y pareados los eternos ocios tropicales. Y cuentan que don Adolfo se presentó al presidente general José Santos Zelaya, y con su prosopopeya acostumbrada le exigió franqueza y sinceridad. Porque el viejo Zúniga, campeón del unionismo y tal vez el último representante de una generación batalladora, tenía derecho a que los adalides jóvenes le hablaran sin reticencias ni distingos.

Zelaya correspondió al reclamo del caballero que se apersonaba en forma tan gallarda y con razones tan atendibles, y le declaró paladinamente que no creía en la República Mayor ni en sus progenitores. El conservatismo en Nicaragua tenía fuerza en la opinión. Zelaya necesitaba rodearse de prestigio y dar al poder que representaba la mayor energía moral. Por eso le interesaba que la asamblea se reuniera en Managua, a efecto de que un concurso semejante diera a su gobierno cierto esplendor de eficacia inmediata. El jefe del partido liberal nicaragüense juzgaba el problema desde el punto de vista de su conveniencia política.

Enterado Zúniga de la situación, agradeció el aviso y se retiró a su hotel, sin ocuparse para nada de los trabajos sesudos de los constituyentes. Primero había sido un combatiente activo, después se convirtió en un espectador pesi-

mista. Lección de ultratumba nos da Zúniga, pues antes que pensar en proyectos de gabinete, siempre artificiosos y egoístas, es preferible hacer patria efectiva. Evolucionemos sobre esta fórmula elemental: todo para Honduras y Honduras para los hondureños. Cimentada esa unidad seccional, ya podremos correr tras la federación.

(*El Cronista*, N° 851, Agosto de 1915).

RAFAEL ALVARADO MANZANO

1836-1923

Don Rafael Alvarado Manzano es uno de los pocos Doctores en Derecho que existen en Honduras, título que le fue conferido por el Consejo Supremo de Instrucción Pública, en homenaje a sus méritos como profesor y como letrado. Ha sido maestro de varias generaciones y se ha distinguido por su disciplina, por su sistema metódico y por su consagración al trabajo y al estudio. Poco amplio en el desarrollo de las teorías, llevaba al alumno atado al texto, con el sólido convencimiento de que el discípulo nunca sabría más que el libro y por lo mismo cualquier discrepancia de opinión era inútil, pueril e inconducente. Su estilo es conciso, claro y constreñido al desarrollo de un concepto definido. Sus comentarios al código civil revelan un criterio bien ilustrado que puede expresar fácilmente, en pocas frases, el sentido exacto de la letra y de la mente de la ley.

Ha sido secretario de gobierno y ha representado papel importante en la administración pública. Observador atento y reservado, conoce bien la psicología nacional y ve deslizarse los acontecimientos con la serenidad de quien hace sesenta años que contempla, en la hoja histórica, la repetición que hace Honduras de si misma. Ha visto caer a este gobernante y levantarse al de más allá, liberales unos, conservadores otros, siendo ineficaz la propaganda que a ligeros intervalos se hace en favor de la estabilidad pública. Y ojalá su ya larga vida durara lo bastante para que pudiera presenciar la obra que se propone realizar la juventud que evoluciona, no en el sentido de cambiar empleados como se cree generalmente, sino

con la intención de revolucionar desde lo más hondo el procedimiento administrativo sobre la base del respeto al orden legal, en su debido funcionamiento.

En su discurso de incorporación en la Academia que adobó risueñamente en esta capital don Antonio Ramírez Fernández Fontecha, leído en 1889, el Dr. Alvarado Manzano disertó sobre la religión, y no obstante, no es el hombre de rezos ni de misas dominicales. Considera esta idea fundamental como un atributo permanente de la personalidad humana, desligada de la Liturgia, la que varía sin cesar en el tiempo y en el espacio, según las influencias del medio, raza y momento. Dice un europeo: "una religión a la que se elimine el ritual, desaparece, porque las religiones para los hombres (con excepción de los raros metafísicos, moralistas y místicos), no pasa de un conjunto de Ritos, mediante los cuales cada pueblo procura establecer una comunicación con su Dios y obtener de él sus favores. Este y sólo éste, ha sido el fin de todos los cultos, desde el más primitivo, desde el culto de Indra, hasta el culto reciente del corazón de María. La Iglesia es el vaso de que Dios es el perfume.Iglesia rota, Dios volatilizado".

En el sentido anterior, el Dr. Alvarado Manzano, por su dedicación a la filosofía especulativa, pertenece a los metafísicos, que descartan la religión de sus ligaduras litúrgicas y la conciben abstractamente, como la unión íntima del espíritu con la voluntad creadora, que es Dios omnisciente, generador de las especies y los mundos. Y ya en esa esfera elevada, el creyente no es católico, ni se arrodilla ante Brahama o Budha, ni ante la multiplicidad de las divinidades del Nilo, sino que dirige su pensamiento a una causa única, clave del mecanismo universal. En Egipto riñeron dos tribus por un gavilán. Un distrito no creía en esa ave rapaz y el otro la adoraba entre sus deidades preferidas. Tal forma grotesca de practicar la religión tiene que desaparecer con el avance incesante de la cultura social.

La abogacía es el apoyo del débil contra el fuerte, decía acertadamente el Dr. Alvarado Manzano, en la inteligencia de que tan meritoria profesión se ejerce para impartir la estricta justicia. La ley es la línea recta, y deshacer entuertos, esto es, rectificar las malas acciones encauzándolas por la vía de la verdad y la razón, ha sido en todas las épocas la tarea de los caballeros. Y habrá que propender a que la carrera del Derecho se convierta en un noble ejercicio, modelado por la honradez y la seriedad. La forma nada importa. Me han referido que algunos profesores pretendieron imponer la toga al colegio de abogados, durante la presidencia del Gral. Bográn. En nuestra organización democrática y en nuestras llanas costumbres, tal propósito salía de tono, por exótico, ridículo, pretencioso y pedantesco. No triunfó afortunadamente, puesto que hoy no hallarían que hacer con tal indumentaria los funcionarios jurisconsultos en los juzgados de policía, tribunales seccionales y demás audiencias honorables.

Fue vencida la toga; pero surgió la Academia, que ahora resucita cultivada con amor y entusiasmo. Y como en tópicos de esta clase no se puede hablar en pro o en contra, sin la infalible corroboración del tiempo, suspendo mis juicios para dentro de treinta años contados de esta fecha, si es que la muerte no me sorprende antes. El Dr. Alvarado Manzano es académico; pero de seguro él se acuerda poco de esa accidental circunstancia, ya que su reputación como abogado es universalmente reconocida y alabada.

(El Cronista, Nº 903, Octubre de 1915).

GENERAL CALIXTO CARIAS

1838-1914

La guerra tiene sus espectáculos repugnantes, que espeluznan; pero también sus grandiosidades, como que es la que prepara las glorias más ambicionadas y los honores más altos.

En el campamento, a la luz del vivac, me he puesto a meditar en los hombres y en las cosas. No me han llamado la atención los militares jóvenes, bizarros y altivos, porque ellos llevan en sus sólidos pechos una muralla impenetrable para el miedo y la fatiga; pero me ha conmovido ver al Gral. Calixto Carías, viejo, infatigable, calmoso y heroico.

Cuando recuerdo su larga vida de luchas, su incansable constancia en el trabajo honrado y su pureza republicana; cuando pienso que en todas las épocas en que la suerte de la patria peligra, deja su labor pacífica y sin contar sus años se lanza a las penalidades del destierro y a los campos de batalla, y cuando considero que no sólo él se expone y sufre, sino que va rodeado de sus hijos, como un héroe de leyenda, a sucumbir por la libertad, entonces, emocionado, me digo: este viejo es de los míos; éste tiene el alma joven y fresca como una flor de la campiña: éste pertenece en espíritu a la juventud independiente de mi patria y puede servir de ejemplo para educar el carácter de las generaciones futuras.

Modesto, laborioso, sin ambiciones. Pasada la lucha y despejado el cielo del humo de la pólvora, deja el rifle, y sin pedir nada más que libertad para Honduras y garantías para los hombres, vuelve a sus faenas en su hogar pacífico y dichoso.

Allí, en el ambiente quieto y dulce de la familia, goza el veterano del cariño de los suyos, y debe considerarse feliz, hondamente feliz, pues sólo el deber cumplido y la valiente honradez causan placeres intensos en un soldado de honor.

Si nuestra pobre patria pudiera premiar debidamente el mérito de sus hombres de carácter, el General Carías se llevaría uno de los primeros premios. Pero si no obtiene otra recompensa, debe tener el convencimiento íntimo de que los hombres de corazón lo admiran y respetan.

. . .Yo lo saludo y me descubro ante él, y, como un tributo de justicia, empiezo con su nombre estas siluetas de los Jefes de la Restauración.

(La Prensa, Nº 28, Mayo 11 de 1907).

ALVARO CONTRERAS

1839-1882

No caben en un solo libro los nombres de los ciudadanos distinguidos que merecen en mi patria los honores de la publicidad. Se quedarán muchos para que criterios más ilustrados e imparciales los estudien y analicen; pero no quiero perder la oportunidad de hablar de Alvaro Contreras, quien representa el caso frecuente de rebeldía intelectual que busca en la guerra civil la solución de los problemas constitucionales. Enfermedad común de algunas repúblicas de América. Alvaro Contreras, hombre de talento, de viva imaginación, de alma combatiente y liberal conspicuo, colaboró con Céleo Arias y con el nítido Trinidad Cabañas en la obra de reparación centroamericana. El esgrimió la pluma para enaltecer a los mártires de la emancipación cubana y supo apreciar y sentir el postrer infortunio de Bolívar.

Escritor espontáneo y enérgico, se hizo admirar en las repúblicas de habla castellana; pero más que escritor fue en su época la más alta representación de la elocuencia en los pueblos del istmo. En estas cinco nacionalidades circulan dos discursos que nada tienen que envidiar a la oratoria antigua y moderna del viejo mundo. Habrá alocuciones más sesudas, de mayor trascendencia, de conceptos más elegantes y nutridos, pero no existen exabruptos más vibrantes, desbordes de verba más sonoros y sugestivos que los pronunciados por Alvaro Contreras en el acto de descubrirse la estatua que el patrotismo salvadoreño erigió a Francisco Morazán y los expresados por Juan de Dios Uribe ante los restos de Máximo Jerez.

Muertos ilustres, tuvieron dignos panegiristas. Para rememorar la cruzada morazánica se necesitaba la palabra brillante de Alvaro Contreras. "Señores: estamos en presencia de la personificación en bronce del primer héroe centroamericano. El cincel de este artista ha venido a inmortalizar la noble imagen del hombre extraordinario que por maravillosa manera supo improvisarse el señor de la victoria, el numen del patriotismo, el genio de la libertad, el inmortal favorito de la gloria... Juventud a quien el prócer encomendó la coronación de sus esfuerzos malogrados! Apercíbete a desarrollar con valentía los gérmenes de nuevas creaciones y de vida nueva que llevas en tu alma, porque la sombra de Morazán estará moviéndose inquieta hasta que un espíritu de los tuyos vuelva, como la paloma de Noé, llevándole el mensaje de la resurrección de su patria, mientras llega la procesión de los nuevos mártires que deben ir a confundirse con él en la inmortalidad".

Y el esclarecido colombiano improvisaba en la ciudad de León, en presencia de los despojos mortales de Jerez. "Señores: el partido liberal no espera en la resurrección de los muertos, sino que los resucita él mismo en la conciencia de los pueblos .... La sangre! En verdad, no se ha de escanciar este licor precioso como el vino en los festines; no bajará del cadalso a perturbar con su torrente los campos de la filosofía y de la piedad; el hermano no abrirá las venas del hermano. Es sagrada la sangre, pero como lo son todas las cosas de la naturaleza, por el tiempo en que no sea preciso tocarlas. La libertad está sobre todo, dentro de ella el honor de las naciones y de los partidos, y ya entonces la sangre es una contingencia, no verterla una debilidad, y estancarla en los momentos de la lucha un crimen, porque si no se pudre en los campos, se pudre en las conciencias y hace de los vivos asquerosos muertos que andan. ¡Qué corra, que corra por la salud del pueblo: ella da en cambio a los que caen su mortaja de púrpura y pone sobre la cabeza de los sobrevivientes el gorro colorado! Y luego, ¿a qué tenerla en las venas opu-

lenta, para que se la chupen los vampiros de la tradición, de la teocracia y de la fuerza? ¡Qué corra! ¡Qué corra!.

En ese ambiente de lucha discutían los espíritus comprensivos de estos países turbulentos, y su voz tenía resonancia en los corazones de los jóvenes demócratas, porque alentaban un ideal sincero de republicanismo positivo. Se creía en la eficacia de la sangre para fecundar el árbol de la libertad, y Alvaro Contreras declaraba que antes de que la vieja patria resurgiera, nuevas víctimas irían a confundirse con el vencedor de Gualcho en el seno de la inmortalidad. Han pasado los años y el progreso político no se percibe en la ondulante trayectoria recorrida. Fracasaron los esfuerzos libertarios anunciados por el estampido del cañón, y ya los hombres serenos buscan en la filosofía social nuevos procedimientos de perfeccionamiento y de avance.

De allí la necesidad de apelar a un método evolutivo que prometa el desarrollo integral de las naciones a base de la garantía efectiva de los derechos del ciudadano. En nuestra pálida y breve historia podemos conocer cuanta energía se ha gastado inútilmente. Repasando la lista de los combatientes y de los pensadores, podemos apreciar en conjunto la importancia de su obra, y aleccionados por la experiencia del pasado, iremos al porvenir con una preparación mejor, más confiados en nuestra propia constancia y enarbolando una bandera que simboliza una idea práctica de trabajo y de paz, desenvolviéndose en la órbita de la ley, de la verdad y de la justicia.

(El Cronista, Nº 898, Octubre de 1915).

JOSE MARIA MARTINEZ Y CABAÑAS

1841-1921

El dulce Nazareno dijo en cierta ocasión: "Dios existe en espíritu y en verdad". Esto es, la realidad de la existencia del Señor no sólo está en el espíritu del hombre como concepto subjetivo, sino en la naturaleza palpitante, en el astro que fulgura, en la flor que perfuma y en la ola humana que recorre los siglos, riendo y llorando en este valle de lágrimas y risas. Así, pues, una religión amplia, generosa, que satisfaga las exigencias de la mente y los anhelos del corazón, siempre ganará prosélitos y no se desprestigiará nunca, porque cuanto más avance la civilización tendrá la inteligencia mayores dilataciones y el alma mejor cantidad de goces inefables con el ensanche del criterio altruista.

La tolerancia es una condición precisa en toda propaganda política o religiosa. Revela elevación del pensamiento, grandeza de ánimo y honradez efectiva y sólida. El ciudadano tolerante demuestra, desde luego, valor, firmeza en sus convicciones, fuerza combatiente y confianza en el éxito final.

Y la tolerancia es una de las cualidades que adornan al señor Obispo de Honduras, Monseñor José María Martínez y Cabañas. Si las letras tienen sus representaciones en la República, si las tiene la política debe tenerlas también la religión de Cristo, ya que la universalidad de los hondureños son católicos. Y nada más grato para mí que declamar públicamente que el señor Martínez y Cabañas es un sacerdote ejemplar, un digno representante de la iglesia y un caballero culto, de juicio recto y bondadoso, conocedor de las debilidades de nuestros semejantes y fiel cumplidor de su elevada misión.

Nada de mogigaterías en el señor Martínez y Cabañas. Antes de dedicarse a la carrera sacerdotal, fue hombre de mundo, estudiante de aventuras, mozo de su tiempo, en la esfera de las diversiones decentes. Por eso su conversación está salpicada de franqueza, de humor festivo ante los problemas de la pasión; y por eso se hace simpático para todos, porque es llano, cordial y sincero. Para él no existe la hipocresía, ni la vanidad necia, ni el miedo monjil, ni la pedantesca presunción. El sabe que Dios está en lo alto y que se le puede adorar con las manos juntas o con la plegaria muda de la razón serena.

La religión necesita de sus preceptos y de un ritual determinado; pero la esencia religiosa no está en sus preceptos ni en este ritual. Está en la comunicación íntima de la conciencia con el Todopoderoso. De allí que no merecen el dicterio aquellos que no se someten a las fórmulas de importancia secundaria, porque todos somos hijos del Señor y nuestra conducta define los puntos de moral que calzamos, aunque no vayamos a misa ni usemos escapulario.

Dicen que el Obispo Vélez poseía una sólida instrucción y un gran talento. Hombre de barragana aquél, según las malas lenguas, filósofo atrevido, naturalista erudito y filólogo de mucho peso. Con todo, no creo que sea ese el tipo del verdadero sacerdote. En éste deben resplandecer las virtudes antes que los destellos intelectuales.

Y el viejo Sócrates decía que la primera de las virtudes es el amor a la verdad, y la segunda el amor a la justicia. Verdad y justicia, dos términos que compendian la bondad del Omnipotente y el ideal humano.

Varón justo es el señor Obispo Martínez y Cabañas y partidario del reinado de la verdad. Y esas virtudes, que abonaban a los paganos que las practicaban ante el concepto del sabio ateniense, exaltan al católico honesto, que consagra su vida a la práctica del bien y al cumplimiento de sus deberes.

(El Cronista, Nº 833, Julio de 1915).

PEDRO J. BUSTILLO

1843-1917

Sin duda alguna la abogacía va de capa caída. Los negocios de importancia se resuelven rápidamente mediante la conveniencia mutua o por la ley suprema de la recomendación oficial. El abogado no es hoy el sabio que arranca un principio desde las constituciones de Justiniano, le da vueltas a través de las Siete Partidas y lo aplica de acuerdo con los doctos comentaristas modernos. Aquellos alegatos de bien probado, de ochenta folios, con citas latinas, pasaron a la historia. Y se desconocen los discursos elocuentes, verdaderos torneos del foro, donde la voz del sentimiento conmueve corazones y el grito de la razón convence a los jueces impasibles.

Suprimido el sistema del jurado, la labor criminalista queda abierta al fácil expediente tinterillesco. Prosperan la coartada, a base del testimonio falso y el amparo amplísimo que proporciona dilatorias y maniobras de pura maña que se alejan más cada día de la jurisprudencia técnica. Y por encima de todo, la recomendación de los gobernantes. Un expresidente de cierta república centroamericana, para sacudirse a los solicitantes, optó por la simple táctica de recomendar bien a las dos partes. Allá el juez o tribunal tenían que hilar muy fino, colocándose en el verdadero centro de gravedad de la ley. Y al fin y al cabo con ese procedimiento triunfaba la equidad. Para gestionar no se necesita, pues, ser abogado ni adquirir conocimientos jurídicos. Bastan la posisión burocrática, un enjambre de influencias y la consiguiente gramática parda. Quizás esto entraña un progreso, porque desprestigiándose paulatinamente la profesión, ya las

nuevas generaciones buscarán el industrialismo como fuente de bienestar individual y de riqueza pública. La nación se habrá salvado.

Don Pedro J. Bustillo es un abogado que ha sabido cumplir con su deber. Instruido en su profesión, erudito en historia, en literatura, en ciencias sociales. Ha vivido consagrado al estudio, y cuando el país ha requerido sus servicios, en puestos y misiones honorables, no ha vacilado en prestar su contingente, siempre eficaz y siempre dirigido por la más estricta honradez. Don Pedro J. Bustillo es uno de los pocos que han hecho un culto de la profesión, dignificándola y defendiéndola de la ola de prostitución que la amenaza.

Hombre de clara inteligencia y de gran carácter, ha visto pasar la historia de la patria con la calma del filosófo y con la firmeza de un espíritu convencido. Conservador según nuestra clasificación a veces caprichosa, es liberal en ideas y amigo decidido del cumplimiento de la Carta. Don Pedro J. Bustillo es un caballero que no claudica. De voluntad resuelta y conocedor de nuestro medio ambiente, vive un tanto alejado de los asuntos políticos. Para él nuestras convulsiones están medidas por el mismo rasero, todas se parecen porque todas surgen de un fermento común. La consolidación de la paz verdadera, fundamentada en el imperio del derecho, vendrá cuando la mayoría de los ciudadanos funden patrimonio.

Es don Pedro J. Bustillo, un escritor serio, sereno y elegante; ha vivido lo suficiente para conocer los períodos más notorios de la historia de Honduras y posee sindéresis y alto criterio para ahondar en los sucesos y sus causas. Tiempo y ocasión tiene para tomar la pluma y legar a la juventud que se levanta una obra que enseñe deleitando.

(El Cronista, Nº 857, Agosto de 1915).

JEREMIAS CISNEROS

1845-1908

Siendo yo niño empecé a leer en los periódicos, allá por los años de 1894, unas composiciones en verso, largas, interminables, positivamente insípidas, flojas y malas, en el sentido artístico. Don Jeremías Cisneros las firmaba. Después, de 1907 a 1908, recibí buena colaboración en prosa de don Jeremías, para el diario LA PRENSA; pero en cierta ocasión me envió unas estrofas que cubrían más de veinte cuartillas y tuve la mala ocurrencia de no darle cabida en el periódico. No volvió a escribirme.

Y en verdad me parecía extraño que poseyendo el señor Cisneros inteligencia clara y vasta erudición literaria, y cultivando, además, una prosa firme, pulcra y a veces nerviosa, padeciera la ilusión de los versos en su parte más débil, que es la mediocridad. Hablando César Cantú de Benjamín Franklín, dice que en su mocedad tuvo hipos de poeta, los que luego abandonó; y apunta la idea de que es preferible ser poeta malo a ser poeta mediano. Me adhiero a esa opinión. Una trova del Bachiller Manuel era celebrada sin reparos, y en cambio nadie se fija en la enorme producción que diariamente lanzan al mercado las fábricas, con sus marcas respectivas Se les hace el bombo, pero es la propaganda del anuncio, es la recomendación con leyenda y todo de las medicinas de patente. Pildoritas de Reuter, y abajo una dama con la pierna elegante y desnuda; Pectoral de Anacahuita, y en el centro un boscaje que enamora.

Y no sé por qué los primeros versos que leí de don Jeremías Cisneros me hacían la misma impresión que los de don

Santos del Valle, que entonces se distribuían en folleto. Probablemente la ignorancia provocaba esa semejanza, a la que no he tratado de buscar explicación más tarde, ni en la edad de las aficiones literarias, ni ya hombre con canas en la cabeza.

Me acuerdo bien:

"Alza Honduras altiva la frente,

Tú venciste el año pasado"

....

Así exclamaba don Santos del Valle, seguramente en prosa épica, porque no puedo convencerme de que esas frases copiadas entren en la jurisdicción de la poesía.
Pródigo continuaba.

"Policarpo Bonilla de Corinto

Se dirige con rumbo a Guatemala."

....

También esa me parece una exposición verídica, pero no descubro todavía el hondo sentido estético ¡Ah, decía Hipólito Taine, hallar seis versos bellos!

Pues bien, don Jeremías Cisneros no fue poeta, pero escribió muchos, muchísimos versos. Prosista fuerte y con rasgos de polemista, en otro ambiente habría realizado una labor memorable. Hombre de estudio, vivió consagrado a los libros, pero no se rezagaba en una biblioteca apolillada, sino que nutría su inteligencia con la incesante producción intectual de Europa y América. Se suscribía a revistas importantes, consultaba catálogos y siempre buscaba lo más nuevo e interesante en el movimiento mundial de las ideas.

Tomó alguna participación en la política del país antes de 1876. Posteriormente militó en las filas del partido liberal, pero sin entrar en campaña activa. Su edad, su posición

y últimamente sus enfermedades lo mantuvieron en completa quietud, recluido en la ciudad de Gracias. Su producción inédita debe ser interesante.

En 1908 era comandante de armas y gobernador político de aquel departamento. La ola revolucionaria amenazaba la paz de la república y se pensó en sustituirlo para garantizar sólidamente la seguridad de la plaza; pero un exceso de consideración a sus achaques, a sus antecedentes y a su condición de personalidad ilustre obligó al jefe del ejecutivo a consultarle la conveniencia de aquel paso. Don Jeremías contestó erguido manifestando que se consideraba capaz y con actitud firme para defender su puesto. A las pocas noches, y a sombrerazos, le quitaron los cuarteles. Se agravaron sus dolencias y murió luego. No siempre los hombres de la idea maniobran con éxito en nuestras acechanzas armadas. Y la pretensión es antigua, pues ya un retórico griego intentó enseñar al gran Aníbal el arte de la guerra.

(El Cronista, Nº 880, Septiembre de 1915).

EL GENERAL DOMINGO VASQUEZ

1846-1909

Erraba yo en plena barbarie por las colinas de mi pueblo, cuando por vez primera oí el nombre de Domingo Vásquez. Era en 1893, año de convulsión y de matanza. Los departamentos del centro, sur y oriente se habían echado al campo, trabuco en mano, creando un nuevo episodio en la historia larga del bochinche.

La guerra afligía los hogares, y los hombres, ciegos por el furor bélico, dejaban los cadáveres por docenas en su cruzada homicida. Un hermano mío cayo en Guaimaca, roto el cráneo de un balazo, batiéndose por la que entonces se llamaba causa liberal; otro hermano quedó en El Salto, Olancho, con una pierna quebrada, y el patrimonio familiar fue subastado y destruido.

Entonces ví por primera vez que una patrulla de soldados estrechaba con toda celeridad, contra una pared, a un pobre hombre y le disparaba cinco tiros de remington; entonces ví dar ochocientos palos a un infelice indio, y entonces supe que en el furor de la contienda se incendian poblaciones y se ahorca sin misericordia a la gente indefensa.

La falange liberal huía en busca de una frontera salvadora. Conservo en la memoria algunas estrofas que se publicaban en esta capital, en las hojas periódicas que relataban los sucesos de la lucha.

"Policarpo Bonilla
No corre, sino que vuela,
Que si lo alcanza Villela
No contará con la vida".

Esas palabras medio rimadas tal vez no serán verso, pero en aquella época pudieron ser una verdad tremenda.

Terminó aquel estado de guerra, que propiamente tuvo su comienzo con las correrías del General Terencio Sierra en Coray, contra don Ponciano Leiva; vino el triunfo de la revolución liberal, logrado con el auxilio amplio y decisivo del gobierno nicaragüense, y la literatura que se gastó en Honduras era obligadamente acre contra el General Vásquez. Ocurría algo así como lo que aconteció a los espíritus de este continente después de conquistada la independencia: era preciso insultar a España, denigrarla, vilipendiarla y maldecirla. Por fortuna pasó la fiebre insana, y hoy los hijos de estas jóvenes repúblicas de América saludan con amor y entusiasmo a la vieja noble que parió un nuevo mundo.

Pues bien, estaba de moda eso de escribir contra el Gral. Domingo Vásquez; era de buen tono hablar de sus crueldades y atropellos, y como el discurso público se había convertido en factor de la vida nacional, cada tribuna era una atalaya desde donde volaban en el viento de la fama los nombres de los libertadores y se deturpaba al tirano aborrecido.

Natural era que con tales antecedentes y tal ambiente mi criterio juzgara de la peor manera al General Vásquez y mi pasión lo acusara sin vacilaciones ni distingos. Porque el apasionamiento político guarda relación directa con la ignorancia y la incapacidad mental.

Transcurrieron los años, y con observación más reposada y serena, he cambiado de ideas, rompiendo el prejuicio, y sin justificar las tropelías, quizás inevitables de las guerras, aprecié de modo distinto al caballero. En todas las obras decía Taine, en todos los acontecimientos hay que buscar al hombre, y es que en último término la historia no es más que un archivo de psicología. En Vásquez había un hombre de gran talento y de energía inagotable, con el inconveniente de ser algo vano y arrogante. En cambio, sabía gastar una franqueza que a veces espeluznaba.

Por mis relaciones con el Dr. Fernando Vásquez, conocí personalmente y traté al Gral. en el último año de su vida. De baja estatura y de cuerpo debil al parecer, tenía toda la potencia sugestiva en la cabeza, donde un frontal amplísimo y elevado estaba denunciando el destello de la inteligencia clarísima. Varón culto, limpio y amanerado, sabía ironizar como pocos. Vásquez hería con solo el gesto, y cuando lanzaba la sátira iba accmpaña de una sonrisa en la que retozaba el sarcasmo implacable. Oí de su boca frases alusivas a personotas de este país que me dejaron frío de miedo.

Un poco vano he dicho, y es verdad. Por sobra de arrogancia mal entendida retó al ex-presidente Zelaya en momentos indebidos y con la oposición de sus amigos. Aquel desafío le costó su caída, después de una contienda de odio y sangre que aniquiló las energías de la patria. Se ha dicho que si Vásquez se sostiene en el poder, el progreso de Honduras se habría acelerado. Yo creo lo mismo. Poseía dotes de buen administrador, tenía experiencia recogida en sus viajes y le sobraba fuerza volitiva.

Sin ser literato, escribía con gracia, limpidez y raro sentimiento estético. Sus cartas de Grecia y de Egipto son memorables por sus toques de arte. De Vásquez nada queda, salvo su nombre, como decía Napoleón al referirse a la herencia de su hijo único.

(El Cronista, Nº 793, Junio de 1915).

En Honduras se ha agitado tanto la política en los últimos años, que tiene abiertas hondas divisiones de bandería en la sociedad; divisiones que han desviado más nuestros inseguros derroteros, manteniéndonos como sobre movediza arena, sin base para tomar una posición firme y expuestos a todos los riesgos de las ciegas pasiones, que arruinan las sociedades y enturbian y debilitan la esperanza de mejores días.

Sin darnos cuenta hemos avanzado mucho en la vía tortuosa y fatídica que llevamos y ya peligran la vida y la propiedad, el honor y la justicia, la verdad y la fe, el hogar y todos los caros intereses sociales. La conciencia honrada tiembla ante este desquiciamiento general, porque no es posible atreverse a contener en su mal camino a las colectividades, cuando los que debieran ayudar a mantener el equilibrio, aunque aparentan algún respeto a esos mismos caros intereses, son los que más los violan y hasta profanan.

En este caos vivió los últimos seis meses y en él murió el gran personaje que motiva estas líneas, quien más preocupado que todos los hondureños por este enjambre de pasiones mezquinas, que nos incapacitan para todo noble proceder a cada amigo que se le acercaba le hacía patente, con el índice de su experiencia, las desventuras y los abismos que hemos abierto para hundirnos.

Sin duda el pueblo lo oyó y por su sano instinto se encariñó más con él; y cuando lo vió en el lecho de la muerte se quedó allí para conducirlo al cementerio, como sobre sus hombros.

A su espada, a su pluma, a sus energías morales, vivas y transparentes, que lo acorazaban, el General Vásquez, reunía las cualidades de un pulcro gentleman, como debe tener pocos la misma Inglaterra. Había afinado su estética y sus modales con una larga vida de viajero. Educado, de modo que nunca se le oyó una frase indecorosa; benéfico y tanto que daba a manos llenas sus caudales, aún en su escasez; conciliador, no atizaba discordias, ni se valía de la mentira para ganarse voluntades; sociable, lo era en grado máximo, siempre, en toda ocasión, con todos, dentro y fuera del país: admirablemente, era su fuerte; por eso se abrió paso con amplitud y en todas direcciones.

El General Vásquez era hombre más para la humanidad que para la política. Su crítica y sus sonrisas desdeñosas las

empleaba indistintamente para con todos los bandos políticos y personas de todas las clases sociales.

Narrar la vida del General Vásquez es empresa romana, tarea de biógrafos de aliento y de autoridad, obra que es necesario escribir para honrar la patria, dando a conocer, principalmente al extranjero, a los hombres de altura cívica y moral que nos engrandecen en la historia y en quienes podemos cifrar nuestra fe para lo porvenir.

(La Prensa, Nº 888, 13 de diciembre de 1908).

MARCO AURELIO SOTO

1846-1908

El Dr. don Marco Aurelio Soto marca en Honduras una época nueva. Atrás, la colonia y la edad media. El fija el punto de partida de la verdadera organización de la república, ensayando el reinado de la cultura moderna. Soto en Honduras ha sido un caso único, por la obra que realizó y por sus méritos intrínsecos. Era instruido y culto, fino en su persona y superfino en los destellos de su talento esclarecido.

Soto no dió libertad de imprenta, me dijo un su adversario. Hay que tomar en consideración para estos cargos las circunstancias de tiempo. No había imprentas particulares, y Soto fue precisamente quien estableció la costumbre de leer hojas periódicas impresas. Antes, a toda hoja se le decía Gaceta, pero La Paz señaló horizontes nuevos y claros.

Soto fusiló al general Medina y a otros cuantos. La vida humana es sagrada, y si no se justifica la conducta de aquel gobernante, se explica perfectamente. Honduras se agitaba en plena anarquía y se hacía preciso una acción severa para el triunfo del orden. Otros gobernantes han fusilado sin que iguales causas los obligaran, y caudillos diferentes, cometiendo mayor crimen, han contribuido al derramamiento de sangre inocente en las guerras fraternas.

Soto cometió el delito de peculado. Sin pruebas estos cargos son temerarios y arriesgados. Organizó, o mejor dicho creó la renta nacional y se aprovechó de su situación para llevar dinero a Estados Unidos y a Europa. Responsabilidad

grave esa, de la que se puede disculpar estableciendo algunos paralelismos y tomando en consideración lo fecundo de su labor administrativa y política.

El Dr. Soto era un cerebral. Toda la actividad de aquel hombre estaba en la cabeza, grande, con un frontal inmenso, donde la inteligencia fulguraba. Era un estadista y un artista. Su prosa, principalmente la de los últimos años, era fluida, tersa y límpida, y sus observaciones y proyectos sobre la administración pública revelaban largo estudio y conocimientos muy sólidos.

Hay personas de talento que son, a la vez cándidas. En el Dr. Soto no había candidez, porque era agudo, penetrante, poseía don de gentes y tenía larga vista para ahondar en el corazón de sus semejantes. Sin embargo, en su campaña última, cuando vino a la patria en 1902, fue víctima de mil patrañas. ¿Habría degenerado a causa de la edad? No. Estaba en plena lozanía mental, pero desconocía casi por completo el nuevo ambiente.

Se encontró frente a frente de la complicada marrullería del general Terencio Sierra y tuvo que operar contra elementos vigorosos, amasados en las conspiraciones y en las contiendas civiles, que por lo mismo estaban en contacto inmediato con la opinión popular, mucho más despierta en 1902 que 1876. Se ha dicho que la literatura revolucionaria que empezó en 1889 produjo ese relativo despertar del espíritu nacional. Cuestión de criterio. La revelación de la lucha democrática tiene precisamente su génesis en la escuela que fundó el Dr. Soto. En aquella época empezó el despertar republicano de la juventud..

Que hubo antes personalidades eminentes, con un juicio perfecto acerca de los derechos del hombre y con un claro concepto de la agitación política por medio de la tribuna, del libro y de la prensa? Es cierto, pero eran individualidades. El nucleo, la colectividad viril y entusiasta, se fundó en los

colegios de don Marco Aurelio Soto. La reforma de la instrucción pública, el código de Ramón Rosa, allí está la clave.

El Dr. Soto fue rudamente combatido y merecidamente elogiado. Hoy no pueden azotarlo las pasiones, porque ante el silencio de su tumba desaparece la figura combatiente que provoca rivalidades. Puede decirse que ya lo consagró la historia y que su nombre, como caballero y como jefe de Estado, ocupa quizás el primer puesto en la fila de hondureños prominentes desde 1876 hasta nuestros tiempos.

(El Cronista, Nº 839, Agosto de 1915).

RAMON ROSA

1848-1893

No conocí a Ramón Rosa. A todos los demás a quienes se refieren estos esbozos los he visto y tratado. Y es difícil encontrar un rasgo que caracterice a un personaje, cuando de él sólo se tienen referencias. Además, políticamente no puede separarse la obra de Ramón Rosa de la tarea de Marco Aurelio Soto. Ambos ayudaron a Rufino Barrios en Guatemala, cuando aquel caudillo empezó su labor reformista; ambos llegaron a Honduras a emprender aquí igual campaña y fueron solidarios en todo lo bueno y malo que realizaron.

Ramón Rosa trajo alientos vigorosos, nuevas ideas de organización y un concepto literario y filosófico avanzado, en relación con el grado cultural de la república. El esqueleto de su discurso de apertura de la universidad central se encuentra en cualquier libro, Victoriano Lastarria para el caso; sin embargo Rosa lo revistió de un ropaje elegante, y sobre todo, supo traducir su espíritu en el código de instrucción pública.

Hombre de estudio, pudo también ser hombre de acción en los trabajos de gabinete. Más impulsivo que el Dr. Soto, imprimió a sus actos cierto sello de arbitrariedad. Su imaginación de artista es forzada e imitadora, pero su concepción como pensador es más espontánea y sincera. Con mayor empaque literario que Adolfo Zúniga, nunca tuvo ni los chispazos ni los arranques de éste.

Cuando las poesías de José Joaquín Palma vieron la luz pública, los lectores recibieron el prólogo de Ramón Rosa

como una obra maestra que servía de portada espléndida al jardín artístico del trovador cubano. Hoy tal vez cambia el juicio de los desapasionados. Hay en ese prefacio un amaneramiento que no existe en la bella y exquisita carta de José Martí, ni en la elegante epístola de Domingo Zambrana, ni en las fáciles palabras de Adolfo Zúniga. Fuera de la oportuna invocación al futuro de esta América joven, lo demás es retórica del mercado.

Ramón Rosa es una de las primeras figuras de la patria, en la política y en las letras. Pensando que podía heredar el poder que dejara el Dr. Soto, o queriendo heredarlo, escribió algo sobre la organización de un partido progresista. Exponía buenas fórmulas de avance, el obligado programa de respeto a la libertad y a la ley y bases generales de sociología y administración.

Sin embargo, no me es dable aludir a la firmeza de las convicciones de Ramón Rosa. Mi amigo el Dr. Manuel Coronel Matus me refería que en cierta ocasión se encontraban en la cantina de un hotel varios centroamericanos, en la ciudad de Guatemala, en los tiempos del general Lisandro Barillas. Rosa se hallaba allí disertando con su voz autorizada y con su reconocida elocuencia sobre las cuestiones de los cinco estados y acerca del triunfo de la democracia. Uno de los concurrentes lo llamó al orden y le exigió respuesta categórica sobre ciertas tropelías de la administración del Dr. Soto.

No contestó el interpelado, pero se resintió, tomó un coche y terminó el día con una borrachera culminante. Rosa era alcohólico, y los que sufren este vicio corruptor pierden primero la voluntad que la inteligencia. El abúlico rara vez posee las convicciones arraigadas y capaces de los estímulos fuertes.

En 1892 todavía Rosa sorprendió agradablemente a los hondureños con su brillante discurso en celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Aquella exube-

rancia de frases no se había marchitado. Y cuando decía que el empeño de las alhajas de Isabel la Católica empeñan la gratitud del nuevo mundo, los hondureños aplaudían entusiasmados. La oratoria era entonces respetada y enaltecida. Hoy se han retirado al descanso los tribunos y solo se empeñan las influencias oficiales.

(El Cronista, Nº 863, Agosto de 1915).

TERENCIO SIERRA

1849-1907

Ante la tumba del General Terencio Sierra no hubo duelo nacional. Un frío silencio cubrió el sepulcro del guerrillero atrevido y diligente. Murió en mala hora, cuando los corazones palpitaban al compás del odio que despierta la contienda civil.

Sierra se alzó en armas contra don Ponciano Leiva, y representó importante papel en la guerra que asoló la república desde 1892 hasta 1894. Los acontecimientos, más que sus prestigios, lo elevaron a la primera magistratura del Estado; disparates propios lo hicieron salir con la amenaza del cañón y combinaciones exteriores lo llevaron al sepulcro. Sierra murió de ira, por la burla que le hicieron en Amapala, en 1907, los Generales José Santos Zelaya y Fernando Figueroa.

Con los varones sobresalientes de Honduras acontece lo que naturalmente tiene que suceder, dado el pugilato personal en que vivimos. A veces se exaltan sus méritos sin tasa ni medida en el elogio, y en ocasiones se deturpan sin compasión, negándoles toda buena cualidad. Y Sierra ha pasado por esas argollas, que son el tamiz de nuestra crítica histórica.

La mayoría de los hondureños imparciales confiesa que el general Sierra hizo buen gobierno, hasta donde es posible hacerlo con las delimitaciones de la libertad; cultivó relaciones cordiales con los gobernantes vecinos y la paz que supo sostener fue provechosa para el desarrollo general de la nación. Sin ser un estadista esclarecido, tenía buena inteligencia, un

agudo sentido práctico y gran actividad nerviosa. La carretera del sur representa su mejor obra.

El general Sierra no era un hombre ignorante. Por su parte él se hacía pasar hasta por ingeniero, y se lo toleraban porque era caballero de bragas anchas y capaz de irse machete en mano contra cualquier incrédulo insolente. Pero en realidad de verdad poseía nociones sólidas sobre los principios generales de la ciencia. Malicioso y desconfiado como todo guerrillero que ha vivido a salto de mata, raras veces miraba de frente, sino que, doblando cuello y cabeza, tenía ojeadas de soslayo que afligían.

Puede decirse que Sierra subió al poder como un representativo de los liberales revolucionarios que vencieron al General Domingo Vásquez en 1894. Sin embargo, en su administración fue tolerante, en cuanto a personal. No excluyó a los elementos contrarios y así desenvolvió una política satisfactoria y progresiva.

¿Qué plan cruzó por la cabeza cuadrada del General Sierra en 1902? Investigando aquí y allá, no se obtiene un dato positivo. Conjeturas, opiniones de sus allegados y nada más. El hecho es que provocó una campaña eleccionaria, sin presión oficial al principio, con imposición gubernativa después, y siempre sin el propósito de entregar el poder a ninguno de los candidatos que se presentaron en la lucha. Triunfó el Gral. Manuel Bonilla, se tramó una de tantas farsas congresales para declarar la elección en favor de otro y vino para la patria un nuevo derramamiento de sangre. Queda este hecho para fundar mañana un juicio decisivo: el General Sierra salió de esta capital al frente de mil ochocientos hombres, con la seguridad de vencer al General Bonilla, contando con la neutralidad del Salvador, Guatemala y Nicaragua. A su partida quedaba el Dr. Juan Angel Arias, no como presidente, sino como jefe del consejo de ministros. En Sabanagrande supo Sierra la verdadera actitud centroamericana y se consideró perdido. Indicó al instante al Dr. Arias la conveniencia

de que el Congreso declarara la elección en su favor. Es decir, mientras Sierra confió en su triunfo, no creyó oportuno que la presidencia recayera en otro ciudadano. Si esa versión no es cierta, no tengo yo empeño en defenderla.

Pero es positivo que jugó con los tres candidatos en 1902, Bonilla, Soto y Arias. Cuando don Marco Aurelio, olvidando la marrullería guanaca, vino candidato y confiado de París, con la ilusión de que los pueblos y el gobierno le entregarían el poder, don Terencio cerraba el ojo y reía como Mefistófeles. En momentos que el Dr. Soto atravesaba el puente de Mallol, con gran acompañamiento, el Gral. Sierra atisbaba por una ventana de ese que hemos dado en llamar palacio. Un ministro y amigo le dijo:

—Mucho prestigio tiene don Marco y es seguro que vuelva a la presidencia.

—No, señor, dijo don Terencio, acompañando la negación con el dedo índice. Recuerde Ud. que don Marco fusiló a Medina, y podría hacer lo mismo con nosotros.

En tanto, el Dr. Soto se bañaba con el rocío de la esperanza y cuatro próceres clásicos formaban la Unión patriótica, creyendo que con unos editoriales inmensos y difusos de La Paz y con un archivo de documentos redivivo, podría el sotismo obener el laurel de la victoria. No contaban con la huéspeda, esto es, con la suspicacia de Sierra, quien jamás habría permitido que la elección favoreciera al Dr. Soto, ni lo hubiera entregado la jefatura del país.

En la última hora, como acontece invariablemente, todos abandonaron al General Sierra. Llegó a Nicaragua, derrotado y mustio, relatando combates fantásticos en los que, según él, había triunfado técnicamente. Tomó parte en la guerra de 1907, en Namasigüe, contra las fuerzas salvadoreñas. Y aquí otra cuestión: ¿tenía el ex-presidente Zelaya, desde un principio, el proyecto de auxiliar definitivamente

a Sierra, o tal idea surgió de las dificultades presentadas en las conferencias de Amapala?

Sierra fue tipógrafo y hombre escrupuloso en materia de prensa. Corregía las pruebas del periódico oficial y enmendaba y borraba sin descanso. Era descontentadizo hasta el fastidio. Hablando sobre ésto me dijo una vez el colombiano Gustavo Ortega:

—"Sabes lo que hizo Sierra con el Manifiesto de Coray? Pues me llevó a aquel pueblo para que lo escribiera. Lo formulé, imitando hasta donde me era posible el temperamento de su autor, y al terminarlo se lo presenté. Sierra lo tomó por su cuenta, y en su prurito de enmendar la plana, la ocurrencia que tuvo fue volverlo al revés, es decir, él puso al fin lo que yo había escrito al principio".

Y con motivo de esas enmendaturas ví la última vez al Gral. Sierra en Managua. Manuel Ugarte hijo, había escrito una proclama revolucionaria y Sierra exigió que se la mostraran. Entraba yo al Hotel Lupone en momentos que Ugarte discutía con don Terencio. Requerida mi opinión la dí en favor de Ugarte, por supuesto, y con un poco de osadía. Exploraciones periodísticas de esos meses me habían conquistado la mala voluntad de Sierra. Y por eso él, al oírme, dió la vuelta con marcado desprecio para mi pueril insolencia. Y sin broma, yo le tenía miedo a don Terencio.

(El Cronista, Nº 804, Tegucigalpa, junio 21 de 1915).

LUIS BOGRAN

1849-1895

El general don Luis Bográn, en ejercicio de la presidencia, obsequió una pluma de oro a un publicista para que con ella escribiera siempre la verdad. Y la verdad no aparece todavía en la controversia de la política nacional, porque la energía de los ciudadanos se ha ejercitado en la guerra civil, cuyas violencias destierran la imparcialidad y ahogan todo juicio impersonal sincero. Yo soy un centinela perdido en la guerra por la libertad, decía Henrique Heine, refiriéndose a sus esfuerzos ilusorios por unir el pasado con el porvenir en las turbulencias de la agitada Francia. La verdad en algunas repúblicas de América, Honduras para el caso, es un centinela extraviado en las contiendas de la democracia descocada.

Fue Bográn un hombre inteligente, con regular instrucción, con alguna amplitud en sus ideas de progreso, adquiridas en sus viajes. Tolerante hasta el peligro en materia de concesiones. Las otorgaba sin tasa, ni medida, ni previsión, fundándose en que era preciso abrir las puertas sin reservas a la actividad del extranjero para que se desenvolviera en corto término la riqueza del país. No conoció el libro de Jones Jeffrey Roche, ni sospechó entonces la existencia del eslabón histórico y psicológico que une en la cadena del tiempo al especulador de hoy con el filibustero de ayer. De esa labor poco quedó, pues los que en aquella época llegaban creyendo arribar a Jauja, carecían de experiencia y fracasaron en sus empeños de fundar empresas perdurables y pujantes.

Después de la huída del Dr. Soto para San Francisco de California, subió al poder el general Bográn, a raíz de la muerte de don Enrique Gutiérrez y de combinaciones subsiguientes, previa la aquiescencia del general Rufino Barrios. La hegemonía de Guatemala en Honduras, comenzada de manera resuelta y franca en 1876, continuó durante los primeros años de la administración de don Luis Bográn. Se comprometió a secundar la campaña unionista proyectada por el caudillo guatemalteco, y cuando éste cayó en los campos de Chalchuapa, Bográn tuvo que someterse a las condiciones que le impusieron los vencedores. ¿Hemos tenido verdadera autonomía después de la caída de José María Medina? Yo creo que no. Unas veces nos empuja Nicaragua, otras Guatemala, y aún El Salvador ha extendido su mano intervencionista. Por consiguiente es exigir demasiado, cuando se acusa a Bográn de sus complacencias o debilidades en el tratado de Namasigüe. De aquella fecha hasta el presente, nuevos convenios se han suscrito, los más graves traspasando la jurisdicción internacional centroamericana, en acción pasiva.

No fue Bográn un hombre cruel. Se propinaron sendos palos por orden suya, pero apreciando esos hechos a base de comparación, no es él quien pueda salir perdiendo en el paralelismo. Testigo ocultar me ha referido que lloró toda la noche, víspera del fusilamiento del general Emilio Delgado. En su mano estaba el indulto y no lo firmó, por esa maldita razón de Estado que guía los actos de los gobernantes desde antaño, empezando en el consejo griego de los Anfictiones que deliberaba en el apacible otoño, en los tiempos de Apolo y Delfos.

Bográn concedió relativa libertad de imprenta. En un instante en que la malacrianza personal profanaba la dignidad de la palabra, procedió con arbitrariedad, y en las demás circunstancias se valía de la socorrida ley de estado de sitio. Pero llegado el caso, él mismo tomaba la pluma y debatía

con sensatez y gentileza, dando un ejemplo que debió ser imitado siempre para que la prensa conquistara poco a poco fueros y preeminencias.

La cultura y la seguridad en el afianzamiento del orden, garantizaba el libre vuelo del pensamiento, y mientras aquellos dos factores de la civilización no operen eficazmente, nuestra ley de imprenta será una mentira vana, quizás no por culpa de este o aquel gobernante, sino por motivos de ambiente, de residuos históricos y de apasionamientos momentáneos. En la breve dictadura de Domingo Vásquez se fundó el diarismo; durante el período provisional de don Policarpo Bonilla se ordenó virtualmente la muerte de un semanario que se editaba en La Prensa Popular, cambiando al director don Juan R. Colindres por don José María Valladares; Terencio Sierra amordazó al periodista Juan Ramón Molina; Manuel Bonilla suprimió de golpe el **Diario de Honduras;** Miguel R. Dávila mató de un tajo **La Regeneración,** y una nota gubernativa prohibió la publicación del **Diario de Occidente,** de Gracias en 1914.

Resultado contraproducente da en la enseñanza el cultivo del optimismo. Los británicos sesudos, en la gigantesca contienda, predican diariamente sus deficiencias y ponen de manifiesto la superioridad del enemigo. Ese sabio procedimiento obedece al carácter práctico de la raza, la que nunca se hace ilusiones, sino que mide y justiprecia las dificultades de los trabajos que acomete, para cobrar a toda hora nuevos y vigorosos estímulos que la lleven al triunfo definitivo. Tal es el método que debe guiar a los jefes de la política en nuestro país. Apreciemos con benévolo y sereno criterio los errores comunes, para que las lecciones de la historia nos conduzcan a la conquista de la libertad efectiva. Nuestra república se encuentra como ciertos problemas científicos: no es todavía una verdad verificada.

En la lista de nuestros hombres sobresalientes el general Bográn figura con méritos indiscutibles. Se le juzgó en

su tiempo como un diplomático sagaz, tuvo talla de caudillo, organizó partido, se hizo de amigos consecuentes y cautivó por sus modales y su liberalidad a los extranjeros que lo trataron. Jamás cerró su bolsa ante ningún pedimento, y sólo la violencia revolucionaria lo obligó a morir en el destierro.

(El Cronista, Nº 909, Octubre de 1915).

SANTOS SOTO

1850-1932

No es únicamente la acción política la que fundamenta el aprecio nacional, ni tampoco la sola labor literaria define de modo exclusivo las reputaciones. La consideración pública se adquiere, según el Vizconde de Cormenin, por una alta probidad, como la de Dupont de L' Eure; por un carácter político nunca desmentido, como la del general Lafayette; por una fortuna inmensa obtenida a fuerza de largos trabajos, como la de Casimiro Perier; por un patronato muy antiguo y por una generosidad regia, como la de Laffite, y hasta por la gracia de las maneras y la distinguida afabilidad del lenguaje, como la del señor Talleyrand.

Ahora bien, juzgado según la relatividad del medio, don Santos Soto es una personalidad en Honduras, por la cuantía de su capital, por su laboriosidad meritísima y por el respetable contingente que aporta al movimiento económico de la República. En la plataforma burocrática sólo ha sido diputado oficial y pasajeramente ministro de hacienda y crédito público.

Cuando en una ciudad como New York se sabe que hay millonarios a lo Harriman, Morgan, Carnegie y Rockefeller, gozando del respeto y consideración populares, al momento encuentra el menos observador la razón de ese aprecio. Las clases pobres soportan con gusto la presencia de esas fortunas fabulosas concentradas en manos de un solo individuo, porque saben que ese ciudadano derrocha el dinero en obras de beneficencia. Un asilo que cuesta millones, un hospital,

una inmensa biblioteca, un museo, y en fin todo lo que tiende al perfeccionamiento de la especie o al alivio de sus desgracias, es objeto de la atención de los hombres opulentos.

Entre nosotros esa caridad colectiva no existe, no puede sistemarse todavía, por muchas y variadas causales. Ni el Estado mismo es capaz de organizar un jardín zoológico, para el caso, y mucho menos lo podría establecer el capital de los particulares. La caridad queda en la esfera privada y singular, y se hace de tapadillo y con los menesterosos vergonzantes. Y en esos casos, la mano de don Santos Soto no ha sido esquiva, por más que lo nieguen aquellos que se han visto frente a él en la natural lucha del negocio.

Don Santos Soto no tiene filiaciones políticas, ni es un batallador en nuestras contiendas partidaristas; pero se mezcla en los negocios de Estado para garantizar su capital; y en eso obra de la manera más cuerda y sensata, porque aquí donde la contribución forzosa se suele emplear en las épocas de agitación, cualquiera pierde en un momento lo ganado en largos años de trabajo. El mismo señor Soto fue víctima de esos atropellos en 1894, cuando el Gral. Domingo Vásquez le exigió dinero, con la efectiva cárcel y la amenaza de palos.

A este propósito, más tarde relataré con detalles un incidente ocurrido en los primeros meses de 1911. Mi amigo don Eulogio Cuadra me visitó con el objeto de exponerme el temor que tenía el señor Soto de que el gobierno exigiera dinero por la fuerza a los capitalistas. Expliqué a Cuadra que tal miedo era infundado, pues estando el personal del ejecutivo para entregar el poder, por medio de arreglos pacíficos, no había objeto de apelar a medidas extremas en una situación que estaba ya resuelta.

Pero don Eulogio volvía con una insistencia inusitada, y al fin y al cabo pude comprender que el temor de don Santos Soto se fundaba en que, siendo yo un fascineroso, algo así como un salteador desatentado, induciría al presidente Dávila a que nos lanzáramos al robo impune, en plena población. Yo

no guardé silencio entonces con el señor Cuadra, pero hoy sí lo guardo. Mi solar nativo y patrimonio familiar responden por el momento.

Don Santos Soto fue un hombre pobre, que viajaba de Santa Lucía a esta capital en agencias humildísimas; pero perseverante, inteligente y activo, ha hecho una de las mayores fortunas del país. Ese es un mérito, un gran mérito. Me dicen que últimamente se dedica a la agricultura. Por allí debió empezar, dejando la engañosa industria minera.

(El Cronista, Nº 809.—1915).

JOSE MARIA GONZALEZ

1851-1903

Ahora que veo este retrato del maestro González, me sorprende la desemejanza que tiene con el jurisconsulto que conoció, apreció y amó aquella generación impetuosa de 1899. Era de regular estatura, de complexión robusta, gran papada y cabeza voluminosa con cabellera cortada al rape. Sus ojos negros llameantes, adquirían dulzura cuando su palabra sarcástica dejaba escapar frases agudas de incomparable cinismo.

Me han dicho que el maestro nació en Ojojona, el 21 de noviembre de 1851, que su pobreza lo trajo a servir en una casa medianamente rica de esta capital; que enmedio de los trajines de su labor diaria, leía, estudiaba y aprendía. El vigor de su talento triunfó, y la escuela preparó el camino a la voluntad que buscaba el complemento de la cultura intelectual. Obtuvo el título de abogado, se casó, creó familia y vivió su vida, la vida burocrática de la metrópoli, siempre pobre, sin resonancia en las turbulencias políticas ni provechos singulares en la administración del Estado.

Y es que la esfera propia de González estaba en la cátedra. Era un tribuno de la enseñanza, el mejor orador que ha tenido la universidad de Honduras. La precisión de su lenguaje y la pureza exquisita de su estilo, jamás riñeron con su elocuencia, que se dilataba, se hacía sugestiva y atrayente cuando hablaba de los problemas fundamentales que ha planteado la filosofía humana. Por aquella fecha un número considerable de estudiantes iba a la Facultad armado de un positivismo fragmentario, aprendido en epítomes importados de Guatemala.

Nos chocaba por lo mismo, en los primeros días la elevación de concepto en que González trataba las cuestiones a

base de autores metafísicos, como Strauss, Arhens, Hegel, Kant. Nosotros creíamos que Augusto Compte era la punta de la pirámide en el vetusto andamiaje de la filosofía.

Hubo allá por 1915 un profesor de colegio que amasaba partículas de la doctrina comptista con las cursilerías heterodoxas de cierta prensa clerófoba y formaba un lío intraducible. Para los que se despertaban al calor de tales enseñanzas, negar la existencia de Dios y sostener esa negativa a punta de sofisma, era cosa más fácil que bailar un trompo.

Después maestros más enterados nos salían con el evangelio de que el sistema positivista ni afirma ni niega la existencia de Dios; y como el método va de lo simple a lo complejo, de los fenómenos particulares a los generales, de lo concreto a lo abstracto, puede ser que en esa peregrinación inquisitiva nos tropecemos con el Señor, en forma de causa primera, o en figura de ley universal reguladora de los arcanos que rigen los vastos mundos.

El maestro González enderezó en parte, el criterio de tales comptófilos y la especulación filosófica, en las páginas de la historia, apareció como una función conspícua del espíritu del hombre, inquieto siempre, constantemente vario y perpetuamente insatisfecho. A través de la niebla del tiempo y valiéndome de una síntesis ajena, pude adivinar el nuevo punto de vista que se nos presentaba: "Las ciencias, en sus análisis secundarios,, reducen una multitud de hechos especiales a Tipos y Leyes particulares, por donde se explican las modalidades del universo; y las filosofías reducen aquellos Tipos y Leyes a una fórmula general, por donde se explica la esencia misma del universo eterno".

No era el maestro González un batallador en la política ni en las lides curialescas. Modesto en sus pretensiones, fue hombre de temperamento independiente, amigo sincero de la libertad y fiel intérprete de la ley. Creía en la igualdad republicana y defendía los principios democráticos con simpatía mental, con esa pasión de los cerebros especulativos que derivan el fuero del hombre de la esencia de la naturaleza misma.

No era ortodoxo, ni con mucho, pues los atrevimientos de su concepción ideológica lo conducían, a ratos, a un panteísmo apacible. La creación se define en sus elementos componentes, y en éstos las reglas universales o particulares se complementan en el seno de un orden perfectamente natural. Pero era un creyente racionalista, una inteligencia ejercitada en las disquisiciones más sutiles, que respetaba el tiempo viejo, en lo que éste ha tenido de laborioso y digno, aunque su afición y su carácter lo llevaban por las vías nuevas, por esas que sigue con sincero entusiasmo la juventud de todas las épocas.

No era un predicador de patriotismo que busca en el halago popular el molde en que se forjan las frágiles figurillas de la política pedigüeña.

Y sin embargo, amaba a su país y presentía los peligros y las exigencias del futuro.

Creyó seriamente que se podía reconstruir la rota nacionalidad de 1821; y por eso, con buena fe y de modo espontáneo, se ofreció para explicar, gratis, la constitución decretada en Managua, en 1898 para la República Mayor. Su talento, propio para las abstracciones, lo alejaba de los cálculos de la realidad cotidiana, y nunca supo ser cortesano ni adulador de multitudes. Vivió el soliloquio de su mente, trasmitido a las almas incorruptas de aquellos discípulos que supieron llorarlo y sabrán recordarlo con especial admiración. Y a medida que los años corren y lo mediocre se impone, la personalidad del maestro crece, noble y diáfana, se eleva en proporciones magníficas y aparece, a nuestra imaginación como la figura más alta en el apostolado de la enseñanza universitaria.

González no pertenecía al grupo del magister dixit ni a la falange de los profesores pasivos, que hacen recitar, de memoria, a un alumno aburrido, las aburridas páginas de un libro. El provocaba al discípulo, lo obligaba a pensar, a discurrir, a defenderse. Y esto sin el propósito de convertirlo en ergotizador escolástico, sino con el fin de ejercitar su poder razonador. Después de una gimnasia intensa, a través de los

diferentes aspectos de un problema, el estudiante comprendía con precisión y claridad su fondo y natural desenvolvimiento. Así enseñaba principios inolvidables, formó criterios sólidos y despertó la conciencia de la libertad del pensamiento. El no imponía textos, ni seguía uno por uno los artículos de un código, porque sus disertaciones fecundas y firmes, revolvían los fundamentos generales de la juriprudencia, ya se tratara de las legislaciones políticas o de las doctrinas que las sustentan.

En González privó siempre la buena fe. Jamás dio un consejo a sus amigos que no fuera inspirado por una sinceridad noble, ni disimuló sus opiniones por miedo o por egoísmo. Ajeno a las pasiones de la política ambiente, juzgaba los sucesos con franca imparcialidad, y de sus labios nunca brotó una mentira que sembrara dudas en las almas juveniles. Sin haber hecho cursos de pedagogía, pocos como él han sabido inspirar respeto y confianza y a la vez transmitir conocimientos. Murió en 1903, a los 52 años de edad. Hizo algunos estudios bajo la dirección de Máximo Jerez y obtuvo el título de Abogado en 1880.

Lo sorprendió la muerte en plena posesión de su energía espiritual, dejando una familia desolada y un vacío inmenso en la intelectualidad de la patria.

Abandonó el maestro la vieja universidad y el soplo del desaliento penetró en sus aulas.

Poco a poco la Escuela de derecho decayó, degeneró, hasta que un viento fuerte le puso término inseguro. Pero restablecidas sus funciones, la Sociedad de Abogados procura cubrirla de prestigios, y en este concepto su deber le impone la obligación de recordar los nombres de los que le han dado lustre y fama, colocando en primera fila el de José María González. Más que una remembranza de periódico, merece un busto perdurable aquel maestro benévolo, que cultivó su inteligencia con destellos de luz y oprimió su corazón con las penas más acerbas.

PEDRO H. BONILLA
1853-1916

Si hubiera un hombre que, uniendo a su laboriosidad alguna inteligencia y un poco de lealtad de corazón, se propusiera hacer un estudio de los liberales de Honduras que más han cooperado en favor de la guerra restauradora, empezaría, justamnte, con el nombre del Dr. don Pedro H. Bonilla.

Nadie más que él ha puesto todo su esfuerzo, y un esfuerzo inteligente y bien dirigido, durante tres años, en favor de la Revolución. Pocos como él han sufrido tan hondamente, en los días de angustias, la muerte de las esperanzas, de esas esperanzas que para los revolucionarios resumen el objeto de la suprema aspiración. Pequeño de cuerpo, modesto, con más experiencia que el mismo Merlín, y decidido siempre, pone toda su actividad y energía al servicio de su causa. Es un luchador infatigable, y por su audaz acometividad y su grandeza de alma parece un joven de veinte años.

Es proverbial su carácter reservado, y debido a su natural propensión a ocultar sus proyectos y propósitos, se le censura su conducta hasta por sus mismos amigos. Pero todo es aparente, porque en el seno de la amistad, cuando él tiene confianza y comprende que hay buena fe e hidalguía, entonces es franco, y más que todo, leal, con una lealtad que raya en culto religioso.

Amigo de sus amigos. Es un hermoso ejemplar de los pocos que quedan de esa clase de hombres de amplio corazón,

que saben que a las luchas por la patria debe proceder la confraternidad de los hombres.

Hombre práctico y soñador. En el fondo hay en él un tesoro de romanticimo no extinguido por los choques diarios con las realidades brutales.

Creo que me ha contado que en sus juveniles años escribió algunos versos, los que, si no son perfectos en lo que a la factura literaria concierne, son de seguro ricos en sentimientos, abundantes en legítimo lirismo.

Tiene la rara habilidad de ocultarse. Si fuera rebuscador de bombo, sería uno de los ciudadanos más prestigiados de Honduras, porque su labor política es dilatada, tiene muchos años, y es fecunda.

Es activo por temperamento. En el destierro mismo, cuando no estaba sobre el papel cifrando correspondencia o traduciendo claves, se ponía a estudiar, pero no a leer por distracción cualquier novela recreativa, sino a repasar, hasta aprendérselo, un método de inglés.

Pasada la revolución, vencidas las dificultades, que más que obstáculos han sido muros infranqueables, vuelve él a su vida de ciudadano pacífico.

No lo halaguéis con empleos públicos ni con honores de similor. El vuelve a su terruño, a su querida Marcala, y allí sentirá transcurrir el tiempo, lentamente, con ese ritmo no oído que prepara las eternidades; verá los celajes blancos, tenues, como gasas finísimas; contemplará los pámpanos que brotan en aquella fría tierra al soplo del frío invierno. y olvidará por un momento a los hombres, sus pasiones insanas, sus torpezas, sus crueldades y sus ambiciones devoradoras, que hacen de esta pobre humanidad un campo de lucha sin término ni fin.

(La Prensa, Nº 107, Agosto de 1907).

GENERAL DIONISIO GUTIERREZ

1853-1935

En el año de 1892, allá lejos, como quien dice, leía yo, a la edad de diez años, el viejo y celebrado libro de caballería Los Doce Pares de Francia.

En mi imaginación infantil daba por ciertas las proezas de aquellos héroes, y me interesaban vivamente los mandobles entre Fierabrás y Olíveros, y sentía hondo placer cuando veía a Ricaurte de Normandía penetrar por entre una nube de turcos y salir sano y salvo, después de haber burlado la vigilancia de los guardas de la puente de Mantible.

En aquel año, memorable para los hombres libres de Honduras, conocí de paso por mi aldea, al General Gutiérrez, que salía expatriado por deseos del General Domingo Vásquez y por orden de don Ponciano Leiva.

En cuanto me dijeron quien de aquellos expulsados ilustres era el General Gutiérrez, se me vino a la mente el nombre de don Roldán: bajo de cuerpo, de anchas espaldas, tostado el rostro por las fatigas de las andanzas caballerescas, de complexión fuerte y maciza, y de un pecho sólido, más sólido que un roble.

Y durante mucho tiempo, a través de las peripecias de la campaña, que empezó en Las Anonas, en 1892 y terminó en 1894, siempre que sonaba el nombre de Gutiérrez, lo asociaba, impremeditadamente, al par sin par que dió timbre y lustre a la caballería heroica de Francia, en los buenos tiempos del Emperador Carlo Magno,

Pasados los años, tornado el niño en hombre, y echado al mundo de la fantasía toda la caballeresca leyenda, como se echan los cuentos de hadas que nos mecen en ensueños dorados en la infancia, he visto en el General Gutiérrez siem-

pre al mismo don Roldán, pero un Roldán, de otros tiempos, no menos fervoroso ni heroico que el primero; porque si aquel esgrimía su espada por un Rey y se batía con esfuerzo místico por recobrar las reliquias del que murió en la cruz, en una tarde gris, en una colina de la Jerusalem de las profecías judaicas, el General Gutiérrez ora siempre con unción religiosa ante el altar de Nuestra Señora La Libertad, y cuando se llega el momento, saca su espada, sube nuestras escarpadas montañas, y seguido de los suyos, emprende una cruzada sacra por reconquistar las reliquias de la religión moderna, que son los derechos del ciudadano libre.

Infatigable, con una energía de bronce, lucha siempre, sin descanso, y en sus esfuerzos renuncia toda ambición personal. No tiene idea de la riqueza ni del poder. Cree solamente en los principios de la democracia y en los derechos del pueblo. Para él la voluntad nacional es la ley suprema de las Repúblicas. Es un romántico incorregible.

En plena campaña no le pidáis disciplina militar, ni rigorismo en el servicio. El no entiende de eso. Busca al enemigo, lo halla y lo vence siempre; pero con gran heroísmo, porque en toda ocasión que lucha lo hace poseído de la justicia de su causa.

En la campaña no me lo he imaginado como un militar moderno, como Kleber, altanero, y cuidadoso de la fórmula disciplinaria, sino como un profeta antiguo que, rodeado de su pueblo, va para el país de la libertad, como iba Moisés con los suyos a la tierra de promisión, o como conducía Mahoma a sus tribus, a través de áridos desiertos, a la Meca sagrada de la peregrinación de los árabes.

Cuando han pasado los combates, el General Gutiérrez vuelve a su casa, al lado de sus hijos. Tranquilo, frente a su mesa de estudio, lee libros, estudia códigos, ejerce su profesión de abogado, y sólo levanta su altiva cabeza, como la de un león sorprendido, cuando escucha otra vez las plegarias de la libertad.

(La Prensa, Nº 35, Mayo de 1907).

CARLOS ALBERTO UCLES

1854-1942

Quien conoce de cerca al Dr. don Carlos Alberto Uclés, forzosamente lo estima, quiere y aprecia. En él queda, quizás por última vez en Honduras, la benevolencia innata, la limpidez de corazón. Un nicaragüense de talento me decía cierta vez:

—Ha observado Ud. que cuando uno sabe la desgracia de otro, siente un íntimo regocijo allá en lo profundo del lado izquierdo, cierta cosita grata que lo alegra sin saber por qué?

Pues bien, aquí en Honduras es universal el goce saboreado cuando un prójimo cae bajo las ruedas del infortunio político. ¿Sabes lo que le pasa a fulano? Pues está en la cárcel.

—De veras, pero en la pura cárcel, bien asegurado?

Sí, hombre. Yo lo siento. Pobre. Pero en fin, se lo merece, por pícaro o por bruto.

Y esos diálogos condensan los comentarios que rodean a la víctima, y se repiten interminablemente con curiosas inquisiciones sobre los detalles más nimios. Y en todos los semblantes se observa la misma complacencia cruel, el mismo gesto de satisfacción por la desgracia ajena.

Pues en ese sentido el Dr. Uclés es una excepción en su patria. Es un caballero sin odios, sin envidias, sin venganzas que ejercer en el camino de su vida. Hombre de

letras y de inteligencia apta para la más curiosas abstracciones, no ha cultivado el rencor como una rosa encarnada y necesaria en el jardín de sus pasiones, donde florecen solamente lirios blancos.

El Dr. Uclés, más que jurisconsulto, es un literato pulcro y exquisito. Escribe y ha publicado versos que mejor debieron dormir eternamente en el panteón de la nada, pero su prosa es viva, flexible, original, chispeante y fina.

Hay ciertos fenómenos que obedecen al empaque psicológico que cada individuo trae consigo al venir al mundo, o a la dirección educativa que recibe en la primera edad. El Dr. Uclés posee buen talento, clara percepción de las ideas en su conjunto ideológico, y sin embargo en la traducción a la real realidad ve siempre las cosas a través de un prisma de ilusión. Y en él ya es éste un procedimiento incorregible. Un ejemplo.

En febrero de 1907 merodeábamos varios amigos en plena guerra civil. Las fuerzas que debían tomar San Marcos de Colón ocuparon primeramente las alturas de **Tamboyás.** Allí, en pláticas amables, gozabámos del aire libre, barajando con buen humor las acechanzas del hambre. Y don Constantino Fiallos al ver los accidentes y asperezas del terreno se reía grandemente evocando recuerdos de mejores tiempos.

—Qué les parece a ustedes, nos decía. En una ocasión llegó por estas tierras Alberto Uclés, en negocios de ganado, y con su acostumbrada galantería le dedicó a una gentil dama una producción literaria en la que hablaba de las **llanuras del Tamboyás.**

Y caramba, las llanuras del Tamboyás me sabían lo mismo que aquellos versos de un bardo que describía las gracias de una paloma que se posaba, en alta mar, sobre la chimenea de un vapor que corría veinte nudos por hora. Esa ave voladora y peregrina debía estar blindada para no asarse. El divorcio con las enseñanzas de la naturaleza palpitante

es a veces ignorancia, prurito de artificio o ilusión sincera que los hechos sean tales como en nuestra mente los concebimos, a base de idealidad. Y el Dr. Uclés es instruido y no es jactancioso ni vano. Su idealismo tal vez solamente literario, lo aleja tal cual momento del frío pero entonante soplo del natural.

El Dr. Uclés nunca ha tomado participación decidida en la política de facciones. Es liberal, porque su filosofía sana y elevada así se los aconseja, y porque su ilustración le enseña que el culto de la libertad es el único digno de los hombres de la idea, aunque esa religión sufra y fracase temporalmente en la ondulante trayectoria de los siglos. Es un liberal clásico y romántico. En la época de la Revolución hubiera militado con los girondinos. Sin ser héroe habría llegado al cadalso, que era entonces el único pedestal digno.

(El Cronista, N° 875, Septiembre de 1915).

POLICARPO BONILLA

1858-1926

Cuando hay violencia en las pasiones y exageración en los criterios para juzgar a un hombre, es porque tal sujeto tiene un valor positivo. La ola del mar se rompe con furia, en la roca abrupta y firme, y lanza a lo lejos sus espumas blancas. Y la onda del océano llega quedo y sutil a la playa arenosa y suavemente inclinada, sin ruido, y sin cólera y sin estallido. Las medianías mansas jamás provocarán un plumazo airado.

Don Policarpo Bonilla abarca más de dos décadas de lucha. Fuente batallador, pugilista político tenaz y sin miedo. Escritor abundante, pero enrevesado. Sin noción del ritmo y de las gracias del estilo, todo lo sacrifica al propósito de decir las cosas tal como él las comprende, sin fijarse en que la prosa más inteligible es la más diáfana. Ha provocado odios implacables, pero también fue el caudillo adorado que fanatizó a sus partidarios en las luchas eleccionarias y en los encuentros campales. Hombre de acción, ha tenido sus errores y tiene sus defectos, pero también posee cualidades distinguidas. Es muy fácil combatirlo y muy sencillo defenderlo y exaltarlo. Lo difícil es acertar un juicio acerca de su verdadera significación. Y para eso no ha llegado todavía el tiempo, porque sólo el rigor y la imparcialidad de la historia podrán fallar definitivamente.

Muerto don Céleo Arias, don Policarpo recogió las doctrinas de aquel pensador y emprendió la lucha que originó la organización del partido liberal. Cumplió con su deber, según

la opinión de los liberales y las ideas flotantes de la época. Y bien, el analista impersonal formula estas interrogaciones: ¿De 1894 a la fecha, hay más libertad, más garantía individual que de 1894 a 1876? ¿La soberanía e independencia de Honduras, están más afianzadas en el período de 1915 a 1894, que lo estuvieron de esta última fecha hasta 1876?

Si esas preguntas se contestan negativamente, entonces hay que confesar con dolor y espanto que la sangre derramada ha sido estéril y que el pueblo fue al sacrificio sin recompensa alguna, porque éste sólo puede inmolar su vida para fecundar la libertad humana. Lección elocuente para las generaciones que se levantan, las que deben ir a buscar la clave del progreso integral de la república en el procedimiento de la evolución pacífica. Y ésta no es un sofisma, como decía Juan de Dios Uribe, porque hoy la geografía y la locura de los partidos nos tiene atados al peligro de las intervenciones inminentes. Revolucionar es sucumbir; evolucionar es quizás salvar la independencia y resolver el avance nacional.

El partido liberal existe, pero fraccionado y disperso "De sus caudillos, los unos murieron y los otros se fatigaron de la obra; de sus pensadores, los unos ya no existen y los otros difunden en todas partes el miedo sustantivo". Vendrá de modo fatal una nueva reorganización, con programa diferente, con nombre distinto y con ideales más en consonancia con las aspiraciones del momento y las necesidades del país. Menos bambolla política y más energía administrativa, pero ante todo y sobre todo, efectivo respeto a los derechos del ciudadano.

No es esta la hora de irse a fondo en el estudio del gobierno presidido por don Policarpo Bonilla. Es él un hombre de actualidad en las agitaciones del país y su actuación no ha terminado. En las disensiones lamentables de los partidos surge y prospera admirablemente el exclusivismo, y roto el ligamento de la tolerancia, las agrupaciones se des-

quician para siempre. Juntarlas y compenetrarlas es tarea fatigante y de resultados negativos.

Pero como las sociedades no pueden vegetar en la inercia, de su actividad dinámica brotará la nueva fórmula. Y en la falange que evoluciona prestará su cooperación el Dr. Bonilla, porque en ella, que no reconoce jefatura, caben todos los que están en capacidad de aportar un pensamiento fructífero, un esfuerzo noble, una experiencia provechosa y una orientación práctica y benéfica.

(El Cronista, Nº 845, Agosto de 1915).

ALBERTO MEMBREÑO

1859-1921

Conocí al Dr. Alberto Membreño a fines de 1895, en el colegio **El Espíritu del Siglo.** Divagaba entonces en la inocente edad de los trece años, y en mi pobre imaginación los hombres y las cosas tomaban proporciones sorprendentes.

Maximiliano Sagastume, buen maestro de castellano, pidió que se nombrara miembro del jurado examinador al Dr. Membreño, como el más competente en la materia de los letrados hondureños. Los sustentantes, agradecidos y nerviosos, cobraban estímulo y repasaban el libro y los apuntos con ansiedad febril.

Pasaron los años, y encontré más tarde al Dr. Membreño en la Universidad, explicando lecciones de código civil. Todavía se estudiaba en ese centro de cultura y luz; todavía José María González, con su verba espontánea hacía comprensible la enrevesada metafísica alemana.

No era el Dr. Membreño en la cátedra un expositor ampuloso y elocuente; pero nadie como él para hacer fácil lo difícil, en dos palabras, con explicación sencilla, con argumentos claros, encontrados al alcance de la mano, sin los rebuscamientos dolorosos del ignorante.

Transcurre el tiempo, y en las ondulaciones de nuestra política mediocre, fuí a las filas opuestas del sotismo en 1902; pero siempre tuve para el Doctor Membreño la consideración más cumplida, y aún en el momento de la controversia, cuando se esgrime la pluma defensora, dije de él en

el diario La Prensa, en noviembre de 1908: "el que estas líneas escribe tiene la obligación, por deber impuesto a sí mismo, de respetar al señor Dr. Alberto Membreño, en todo lo que en asuntos personales pueda suscitarse, ahora y siempre". En esa obligación existe algo más que el agradecimiento y la amistad para con el maestro distinguido.

Es el Dr. Membreño un espíritu nutrido. A sus viajes hay que agregar su inagotable afición por la lectura. Es un bibliófilo. José Dolores Gámez fue a España, cuando se discutía la cuestión de límites entre Nicaragua y Honduras. A su regreso en la ciudad de Granada, le pregunté:

—¿Y el Dr. Membreño?

—Comprando libros, como siempre, me contestó, en son de elogio, no obstante de ser abogado de la causa contraria.

Los que leemos literatura de propaganda o novelas insulsas, no apreciamos el desgaste cerebral que requieren ciertos estudios serios, de paciencia, constancia y rigorismo lógico. Los **Hondureñismos** de Membreño y su nomenclatura de los nombres geográficos, valen en cualquier país del mundo como obras serias de filosofía. Quizás el mismo Dr. Membreño tenga que hacer las enmendaturas que toda obra humana requiere, por la forzosa rectificación de la experiencia, pero el fundamento de la sabia labor queda inconmovible.

Un abogado amigo mío se quejaba en Nicaragua. "Aquí, decía, como es costumbre en estas democracias vacilantes, se legisla a cada momento, y nadie se ha ocupado de escribir un cuerpo de doctrina procesal, que señale orientaciones generales para el jurisconsulto. En cambio, ustedes tienen la **Práctica Forense** de Membreño, que yo conservo, lo que demuestra que entre ustedes hay dedicación y severidad en los estudios jurídicos." Y lo que son las cosas de este mundo: yo, abogado de Tegucigalpa, no conocí en Honduras la **Práctica Forense.** Fuí a leerla a un país vecino, con el interés

con que se ve siempre de lejos todo lo que a la patria se refiere.

Se cree a veces que la calidad y el número de puestos públicos que ha ocupado un hombre definen su valor intrínseco. Y esa regla falla muchas veces. El Dr. Membreño ha sido magistrado, ministro, diplomático y ha tomado parte activa en la política del país; pero prescindiendo de su categoría oficial, tiene méritos positivos, esenciales, por su inteligencia, por su cultura y por su labor científica dilatada y provechosa para la república.

En esta época de afianzamiento pacifista, el contingente del Dr. Membreño ha sido y seguirá siendo fructífero para la nación, y de seguro él, caballero civil y comprensivo, encaminará su esfuerzo en el sentido de que la paz sea inalterable y fecunda.

(El Cronista, Nº 792, 1915).

JUAN ANGEL ARIAS

1859-1927

Yo tengo un amigo en esta metrópoli que casi siempre me da una impresión segura, en lo que se relaciona con mis pequeños intereses. Cuando afable me estrecha la mano y agasaja, me sonrío, porque de seguro no ha oído nada en contra de este infelice diario que dirijo. Y cuando casi me niega el saludo, dilata los carrillos y con la mirada me reprocha y amenaza, también me sonrío, pues adivino que alguna guasa amenazante circula en menoscabo de esta hojita liviana. Por mi parte cada vez le manifiesto obediencia y conformidad, demostrándole que me considero dichoso con su benévola protección.

El mundo social es algo viejo, y si se toma en cuenta la cronología de la India, difícil nos sería contar los años que van corridos desde que Brahama encarnó la inteligencia íntima que flota en el espíritu del universo vasto. Y desde que hay bimanos sobre el planeta, se observa en los imperios absolutos, en las monarquías constitucionales, en las repúblicas fingidas y en las verdaderas, que constantemente el hombre reverencia al núcleo que representa el poder público, por miedo y por negocio, y a la vez rechaza el contacto con los sin ventura que no valen un dígito en la nomenclatura oficial.

Y como así es el hombre desde su origen, así hay que aceptarlo, sin rebuscar argumentos de mejora en la moral artificiosa que escriben los pedagogos de pacotilla. Esto no va en abono de la negación del progreso, sino que viene simplemente a confirmar la gran verdad de que Caín mató a

Abel, porque éste, al depositar su ofrenda pastoril a los pies de Jehová, mereció mayor agradecimiento que su hermano. Y Jehová era entonces el poder. Después lo ha compartido con los descendientes de Adán, quienes lo ejercen con vario criterio y periódicamente con medida igual.

Lo anterior se le ocurre a cualquiera que se ocupa de escribir acerca de las personalidades que han tomado participación en los asuntos públicos y que dejan tras de sí una huella de simpatía y de odio. Siempre hay un porcentaje de lectores que adivina en el autor un designio recóndito dirigido a remover sentimientos adormecidos en obsequio de un fin concreto. Tal pudiera acontecer con el Dr. Juan Angel Arias, quien ha operado en la política de Honduras durante los últimos veinticinco años, organizando una fracción del partido liberal, adicta, numerosa, disciplinada y compacta,

El Dr. Arias no ha tenido lo que puede llamarse fortuna, en su actuación pública. Hijo de un hombre prestigiado, que condensó los principios del credo liberal, quedó, aunque muy joven, en condiciones de recoger la herencia de aquél para organizar un partido perdurable. Pero entonces no le dio importancia a ese legado moral, porque en aquella época, como en las anteriores y en las que han seguido, la combinación momentánea y el azar de los sucesos han creado las situaciones políticas, dejando a un lado todo plan que cuente con la opinión popular espontáneamente expresada.

El Dr. Arias es un caballero culto, de claro talento, de amplia concepción y radical de pura sangre. Sin que su profesión ni su constancia lo inclinen a las labores literarias, escribe con gallardía y con algún énfasis. Posee juicio seguro y afirmativo sobre los asuntos de Estado, y sus conceptos acerca de las cuestiones de administración revelan un temperamento innovador y atrevido. El que sabe trabajar y maneja con buen éxito sus propios intereses, presta garantía de buen administrador de los ajenos. Pero muchas veces ocurre que los acontecimientos llevan a la gestión de los

negocios nacionales, en cualquier ramo, a individuos que desconocen toda labor, excepto la de leguleyos, y que viven en bancarrota personal interminable desde que nacieron.

El Dr. Arias se alejó hace poco tiempo, de manera definitiva, de la política de su país. Vive consagrado al trabajo, cultivando la tierra y los recuerdos. Es un hombre franco, de carácter ameno y de una confianza en sus semejantes muy rara en su edad y en su inteligencia. Le falta la gramática parda que tanta eficacia tiene, según las últimas teorías.

(El Cronista, Nº 892, Octubre de 1915).

E. CONSTANTINO FIALLOS

1861-1910

Yo no escribo biografías si no pálidas siluetas para recordar a los ciudadanos que en mi concepto han valido y valen en Honduras. Y en esta humilde y ligera labor basta un rasgo, un gesto, para caracterizar un personaje. Y también no hay que olvidar que las naciones, como dice Eca de Quiroz, no sólo valen por sus conquistas industriales, sino por sus grandes hombres, y si nosotros carecemos de grandes hombres, debemos al menos juzgar a los que de un modo u otro han sobresalido por sus méritos propios. En este sentido tal vez no es infecunda mi tarea.

El ingeniero don E. Constantino Fiallos tenía un buen talento cultivado y gran candorosidad de espíritu. Caballero cultísimo, trabajador infatigable, hombre de ciencia y de acción, le faltó un medio más amplio para desarrollar su energía inteligente. A este propósito me decía que en su último viaje a los Estados Unidos se había encontrado con varios de sus compañeros de colegio. Grandes profesionales aquéllos, directores de compañías, constructores de esos enormes edificios de New York que asombran al viajero. 'En cambio yo, observaba risueño don Constantino, me he quedado en Honduras sin hacer nada, mezclándome en las trapisondas civiles y perdiendo mi tiempo lastimosamente. En Tegucigalpa, fuera de ese edificio de la Tipografía Nacional, no hay otra obra que yo haya dirigido''.

Como ingeniero civil era superior a cuantos se conocían en esta república. Hablaba un inglés literario y correcto, es-

cribía un castellano limpio, pulcro y ameño, y poseía un bagaje intelectual nutrido. Cuando platicaba de geología, de paleontología o de cualquiera otra ciencia relacionada con su profesión, lo hacía con una facilidad atrayente y con envidiable sencillez. Y su alma delicada no veía en los secretos de la naturaleza solamente el hecho escueto y útil, sino el admirable conjunto que una alta razón y una elevada poesía descubren en los fenómenos del universo. Para él un conglomerado de granito era un poema forjado por los siglos, y un cuarzo era a veces una flor.

Me enganché en una de nuestras revueltas fratricidas, porque ellas han creado situación en nuestro ambiente. Ojalá que ese pasado no resucite. Pues bien, en la partida trashumante merodeaba también don Constantino, y en el vivac hablábamos de todo, menos de aquel episodio bárbaro que representábamos. Fiallos no era militar ni lo pretendía y eso me hacía reflexionar a veces. Al ver en el campamento a aquel hombre de cuerpo débil, de sentimientos altruistas, civilizado y apto para todas las lides de la idea, sentía ánimos para justificar la guerra. Es Honduras que pasa a través del tiempo, pensaba; va la patria por el atajo, con sus figuras selectas y grotescas, mientras Clío sonreía.

Tenía don Constantino, como hombre público, dos pasiones: la agricultura y la instrucción pública. No era un ministro a secas, que firma papeles según la inspiración de su jefe; era un iniciador, un innovador que fracasaba con frecuencia por la mediocridad de los elementos. Un ministerio que no disponga de dinero y de personal idóneo para desarrollar sus planes o proyectos, sencillamente causa risa. Cuando regresó de Washington en 1908, venía ilusionado con la eficacia de las conferencias. Pedía que se suprimieran todas las guarniciones, porque la contienda fraterna había pasado a la historia, según su criterio. Ese botón demuestra una de sus varias candorosidades.

Habló en aquella capital con el secretario del departamento de agricultura y trajo nobles y hermosos proyectos.

Creó el ministerio respectivo, cuya eficacia tendrá que ser decisiva en lo porvenir, cuando el pueblo, desenvolviendo la industria con empuje resuelto, haga de su territorio la principal fuente de riqueza pública y privada. El día en que los trenes crucen las montañas y los ríos se conviertan en canales de transporte, Ceres tendrá en mi país un templo magnífico. Para don Constantino Fiallos, entonces, una estatua.

¿Qué dejó don Constantino? Poco, salvo una gran enseñanza: creyó siempre en el futuro esplendoroso de la república y en la emancipación del hombre por la influencia cultural. Y fue un luchador caballeroso.

(El Cronista, Nº 815, Julio de 1915).

Después de larga y penosa enfermedad, murió hoy, a las 3 de la mañana, el Dr. don E. Constantino Fiallos, en esta capital.

Deja el escenario de la vida todavía joven cuando la República aún esperaba mucho de su cultivada inteligencia; deja una viuda joven y bella a quien entregó su noble corazón; deja en la familia un duelo hondo y sentido, y en el concurso de la amistad seria y franca, un vacío que no se podrá llenar muy fácilmente.

El Dr. Fiallos fue uno de esos hombres raros, de los que muy de tarde en tarde se presentan en el mundo. Con clarísima inteligencia se dedicó, en los Estados Unidos de América, al estudio de la Ingeniería Civil, carrera que coronó con éxito brillante. Vino a su patria, donde pagando tributo al medio ambiente, se vió envuelto en nuestras luchas políticas. Ocupó elevados puestos públicos, distinguiéndose siempre por su firmeza de pensamiento y su laboriosidad infatigable. Fue representante de Honduras en la Primera Conferencia Panamericana que se reunió en Washington, fue Ministro en distintas Administraciones, y uno de

los Delegados de este país a las Conferencias celebradas en la capital americana, en 1907, que han marcado en el papel de la historia, un paso de avance en la vida de la América Central.

Hombre bondadoso de corazón y amante de toda buena idea. La política le hizo daño. Tenía demasiada buena fe para poder luchar enmedio de este laberinto de emboscadas. Su espíritu fino y culto encontraba a cada paso decepciones crueles, que lentamente le iban amargando la existencia.

Poseía exquisita educación, y sobre todo, un carácter decidido y constante. No conoció el miedo; hasta en la hora de su muerte, sin ser pagano, se presentó ante ese pavoroso problema con la serenidad y confianza de un filósofo antiguo. El morir infunde terror a los mediocres; para los pechos fuertes y las inteligencias sanas, es un hecho consecuencial necesario y justo. Ver con calma y bondad que se acerca la última hora de la vida, es heroico y santo.

Ha muerto un hombre de méritos. Sobre su tumba se derramarán flores, y su nombre salvará las distancias del tiempo amparado por sus obras. Nosotros, con el sentimiento de un cariño leal, escribimos estas solas frases: Consolador recuerdo, enseñanza para las generaciones que vienen atrás, las que deben aprender a trabajar, a ser firmes, a ser cultas y buenas.

(La Prensa, Nº 996, abril de 1910).

SOTERO BARAHONA

1862-1907

En 1907, pocos meses después de terminada la revolución de aquel año, familiares del General Sotero Barahona, visitaron su tumba en la aldea de Galeras. Con tal motivo, un empleado corresponsal dió la noticia a los periódicos de Nicaragua, expresando más o menos este concepto: "el General Barahona fue el único conservador hondureño de positivos méritos en los últimos tiempos".

A los varios días recibí bajo cubierta y en forma anónima el suelto del periódico que contenía el telegrama, pero suprimida con lápiz la palabra **conservador,** de manera que el párrafo se leía así: "el General Barahona fue el único homdureño de positivos méritos en los últimos tiempos". Sin duda algún verde nicaragüense, resentido por las consecuencias de la guerra de aquella época, me creyó autor de la información y quiso lanzar a mi patria un reproche ingenioso y contundente.

No se concibe la existencia de un país autónomo sin la agitación de los partidos políticos, y en Honduras, a través de la historia, han disputado siempre. Pero el mismo transcurso de los años ha venido desvirtuando los fundamentos primitivos, hasta el grado de establecer grupos inclasificables y crear personalidades epicenas.

¿Por qué puede decirse que el general Barahona era conservador? Tomando como concreción del programa liberal el folleto MIS IDEAS, de don Céleo Arias, que se tradujeron en principios constitucionales en 1894, no queda ya discre-

pancia en materia de libertades y garantías, sino estímulo de esfuerzo para realizar labor de progreso administrativo. El partido liberal consignó sus ideas en la carta fundamental, pero de entonces acá, con valor y franqueza hay que decirlo, ninguno de los gobernantes ha respetado en su verdadero sentido las declaraciones de aquel código.

Sin embargo, cabe declarar que hemos adelantado algo porque ya no hay causas fundamentales que nos dividan. Sólo resta que ambos partidos cumplan con la ley y que la nueva corriente de ideas y las aspiraciones de la juventud lozana que evoluciona, marquen puntos de administración como reglas de lucha ciudadana.

Para hacer patente este pensamiento es oportuno un ejemplo inmediato. Cuando triunfó en Nicaragua la revolución de 1893, removió hondamente el régimen político. Los liberales establecieron las leyes de reforma, libertad de cultos, laicización de la enseñanza, igualdad democrática absoluta, el jurado como fundamento del juicio criminal, secularización de cementerios y otras muchas avanzadas. Y cuando en 1911 vencieron los conservadores, reaccionaron de la manera más sustantiva y violenta. Restablecieron la enseñanza religiosa, cambiaron el sistema unicamarista, consagraron la república al corazón de Jesús, admitieron el tutelaje extranjero armado, y en fin, verificaron un completo cuarto de conversión. Quiere decir que allá las tradicionales agrupaciones combaten todavía por ideas madres que afectan el fondo de los estatutos de la nación.

En Honduras no ocurre lo mismo. Sin caer en la exageración se puede afirmar que en materia de principios todos son liberales, y sólo falta establecer nuevos puntos de vista para que los partidos se definan y se apresten al combate de la civilización en el seno de la paz. De allí que unos proclaman la evolución como plataforma de progeso: que se cumpla con el derecho y que se lancen al debate público programas concretos de trabajo práctico: trás las vaciedades líricas, la fraseolo-

gía convencional de los manifiestos necios, plagados del conceptismo metafísico y fementido y que resplandezca el propósito sano y viril de sacar al país del marasmo en que vegeta.

Y tarea semejante sólo pueden coronarla los hombres comprensivos, los que unen a un bagaje intelectual robusto y experimentado la energía recta y amplia de los estadistas de verdad. El general Barahona poseía talento claro y rectilíneo. Leí gran parte de su correspondencia privada y encontré un temperamento conciso, firme, fuerte en el impulso de pensar, de querer y de sentir. Barahona tenía voluntad afirmativa y tal vez hubiera sido el abanderado de esta generación que va surgiendo, apta y sin miedo a la fatiga y al trabajo.

Por última vez ví al general Sotero Barahona ya muerto bajo un árbol, a la orilla de la sepultura que abrieron para encerrar su cuerpo. Los furores de la contienda civil nos llevan a la encrucijada, al cerro abrupto, en mutua asechanza para degollarnos, y en esas emboscadas caen de cuando en vez vidas preciosas que dejan un vacío en el corazón de la patria. Pero día vendrá en que la razón impere, y entonces los hondureños nos acogeremos al emblema que simbolice actividad cultural, dejando en el antro del olvido y del desprecio la rutina infeliz, el odio infecundo y el convencionalismo personal nocivo.

(El Cronista, N° 827, julio de 1915)

VALENTIN DURON

1870-1907

Para los amigos buenos, para los hermanos en ideas, para los que han sido solidarios en la obra común de trabajo y de anhelos de perfeccionamiento, no quisiéramos escribir con el lenguaje oficial de los duelos. Quizá para este caso es más propia la frase que cita Guillermo Valencia: "El arte supremo es el silencio supremo". El dolor intenso debe ser mudo, con la solemnidad del silencio.

Valentín Durón fue mi maestro primero, mi compañero y correligionario después; pero siempre fue el joven de sano corazón y de ideas amplias, como un extenso horizonte, que abarcaba en un sentido elevado el concepto general de las cosas.

De clara inteligencia, con una instrucción nada común, supo prestar importantes servicios al país como representante del pueblo en varias Asambleas: a la sociedad, en el ejercicio de su humanitaria profesión; a la familia, con sus cuidados de buen esposo, hijo magnífico y excelente padre: a la juventud, con sus lecciones sinceras, y a las letras patrias con su constante y entusiasta consagración.

En esta confusión filosófica y literaria de la edad moderna, tuvo siempre un criterio honrado y profundamente humano. Jamás vaciló su razón ante el rumbo que debía seguir su espíritu, en la apreciación general de la vida contemporánea.

Hace algunos años, cuando yo despertaba a la adolescencia, conversaba con él, y le exponía mis dudas, que eran

muchas, acerca de las injusticias humanas, de los prejuicios creados por las filosofías y las religiones, y concluía por manifestarle que no me explicaba la necesidad de vivir, ni de conservar la familia, y menos de soportar voluntariamente la dura carga de la existencia,cuando ésta no nos presentaba más que amarguras y fuertes golpes, que nos hacían vacilar en cada paso de avance.

"Hay que convencerse, me dijo, de que la vida es un gran bien, de que es una cosa buena, a la que hay que librar de los peligros".

Hoy ese gran bien, esa cosa buena ha desaparecido para siempre, y de Valentín no queda más que un organismo ultrajado por la enfermedad, que seguirá la trasformación indefinida de la materia, y que merced a la labor contínua y creadora del tiempo, irá mañana a ungir la alameda convertido en flor aromática, o será útil, transformado en fruto, a los demás seres animados de la creación. "Del cadáver brotan los gusanos y en el estercolero nacen flores".

Valentín murió joven. Eso es un error de la naturaleza y contra-tiempo en el movimiento civilizador de las razas. La muerte, que llegue en su época oportuna, que dé el pasaporte a los que ya cumplieron su misión en este mundo—; pero que respete a las energías nuevas, que tienen la alta misión de coadyuvar en las luchas del progreso revolucionario de la humanidad. La evolución no es suficiente para determinar el adelanto de las sociedades; se necesita la revolución osada, y de esa sólo son capaces los ánimos viriles y jóvenes que no tienen cuentas con el pasado, sino que, confiados, ven cara a cara el porvenir.

Un sabio médico dijo con mucha razón, y cito sus palabras porque Valentín fue un médico de talento: "La ciencia nos enseña que la muerte, terror de los individuos, constituye la alegría de la especie. Ella descarta lo caduco por inflexible y entroniza lo nuevo por adaptable. A las cabezas

orientadas hacia el pasado substituyen las orientadas hacia el porvenir. Gracias a ella, la labor de la civilización es perpetuamente confiada a manos jóvenes y vigorosas y cerebros viriles y entusiastas".

Valentín fue un cerebro viril y entusiasta. Donde había una manifestación generosa, un impulso de progreso, un deseo de mejoramiento individual y colectivo, allí estaba él, desprovisto de todo egoísmo, dispuesto a prestar su decidida cooperación.

A pesar de su talento cultivado, fue modesto siempre. En su trato íntimo fue un muchacho generoso y de gran corazón. Parecía un estudiante, con su alegría franca y su genio complaciente.

Que otros lo juzguen como médico, poeta y escritor; yo me refiero simplemente al amigo a quien quise de verdad, al hombre de legítimas esperanzas que traidoramente fue sorprendido, al medio día de su vida, en la mitad de un camino sembrado por las rosas del cariño y del amor, por la muerte, siempre artera e implacable.

Para su familia toda, mi más franca expresión de duelo; para él, mis más leales recuerdos a través de la tumba, donde ya no hay ni luz, ni cielo, ni esperanza, sino el silencio monótono y la lenta transformación de la materia, que es quizás la verdaderamente inmortal en su labor infinita de cambio de estados y de formas.

RODRIGO DE NARVAES

(La Prensa, N° 121, 29 de agosto de 1907).

JESUS M. ALVARADO

1873-1967

El bizantinismo en política, que ha hecho daño a los pueblos pretendiendo purificar la corrupción de los gobiernos, ha invadido en América la esfera del periodismo, ensayando a veces una explotación inicua. Se especula sin descanso ni conmiseración con la vanidad humana, y en la confusión de los caracteres y de los juicios que los califican, se pierde con frecuencia la pauta que señala el mérito positivo. De la palabra fácil y barata de cierta prensa inconsistente resulta en ocasiones exaltado el vicio y postergada la virtud, y sin duda por eso los espíritus selectos desdeñan el diarismo mistificador y venal.

Pero esa circunstancia exige precisamente, en estas sociedades en formación, la tarea útil de recordar a la juventud que se prepara para las contiendas de mañana, los nombres de aquellos ciudadanos que representan valores efectivos, en carácter, en honradez e inteligencia. Jesús M. Alvarado es uno de esos jóvenes independientes, con labor reconocida y enaltecedora, llamado a ejemplarizar en su país, porque su conducta está modelada en el civismo, su talento en las lecciones republicanas que proclaman el progreso radical, y su energía en la máxima que predica la lucha constante y honorable.

Jesús M. Alvarado no atraviesa la edad florida de los versos, de las teorías vacuas y de las cartas líricas. Es un hombre. Ha sido representante del pueblo en nuestra asamblea legislativa y magistrado del tribunal supremo de jus-

ticia. Profesional competente, analista sagaz y desapasionado, fuerte de cerebro y de cuerpo, no razona envuelto en la ilusión pasajera, sino que juzga los acontecimientos con criterio sólido, a base de las realidades confortantes. Sin las alucinaciones de la fantasía, ni los reclamos dolorosos de un ideal imposible, va por la vida, sereno y calmoso, convencido de que la fatiga no invade las almas libres.

En mis confusos recuerdos de ayer, vive imborrable el día en que, tras discusión acalorada provocadora de un golpe de Estado, se puso en pie un miembro del congreso para fundamentar su voto. Fueron cuatro palabras terminantes, decisivas, pronunciadas con la cabeza y el corazón, hijas del convencimiento que protesta sin vacilaciones ni miedos. Aquel representante del pueblo, cuyo nombre ignoraba yo entonces, era Jesús M. Alvarado. He conocido después su temperamento, sus ideas, la lógica de sus actos, su entusiasmo, a veces tardío, pero siempre firme y rectilíneo. No es un indiferente ni un rezagado. Desde las alturas de su departamento, en esa Esperanza del frío y del melocotonero, él medita, compara y estudia, viendo deslizarse los hechos por las páginas insubstanciales de la historia nacional. Y como es comprensivo y viril, alienta todo lo que significa adelanto, paz y bienestar para la república.

Se lanzan a menudo frases despectivas contra el viejismo, sin diferenciar lo que el tiempo da y quita a la naturaleza humana. El joven inútil será siempre un viejo vacío y cacoquimio; pero así como el cachorro forzosamente se convierte en león, el mozo apto y capacitado mostrará en todo momento, en sus actos, el sello de esfuerzo creador, hasta que las leyes de la física y de la química determinen su agotamiento total. Y Alvarado es hombre de nutrida inteligencia y de voluntad afirmativa, que promete un concurso provechoso y eficaz a la juventud liberal que evoluciona.

La cultura que triunfa es la que con más esmero se dedica al cultivo del hombre, en su desarrollo integral. Educa-

ción científica que modele el pensamiento, enseñanza moral que aquilate el carácter, desarrollo físico que capacite para los azares de la contienda diaria. Formar pueblos sin hombres es una quimera, porque las masas ignorantes no se encauzan fácilmente por las vías de la civilización, ni la voluntad prostituida es guía seguro en el camino de la verdad, que es luz y bien.

Por eso el programa de los varones nuevos que aspiren a fortalecer la dignidad de la patria, debe consignar en su primer capítulo la necesidad de ampliar la enseñanza, en aquellos conceptos que afianzan el civismo que origina la ciudadanía altiva. La nación necesita vigor en las conciencias, que provocará el desarrollo general al amparo de la libertad respetuosa y respetada. Y caballeros como Jesús M. Alvarado, que son independientes porque son trabajadores, y viven satisfechos por la fe que tienen en su energía y por la limpidez de sus procedimientos, servirán de apoyo y de estímulo a la falange que se aproxima al porvenir.

(El Cronista, Nº 1045, 1916).

JUAN RAMON MOLINA

1875-1908

Siempre creímos, con perdón de los demás, que Juan Ramón Molina, es el único poeta que ha producido Honduras. Los otros, muy pocos, son cantores más o menos inspirados, que no traspasan el verdadero país del Arte.

La admiración y cariño que tuvimos por el poeta fue constante y firme, y él correspondió a nuestras simpatías con una amistad franca y cordial. En 1905 nos escribió a la vecina República de Nicaragua, enviándonos su precioso poema **Una Muerta**, y pidiendo nuestra opinión acerca de aquella joya de arte. Le contestamos en una carta abierta que se publicó en **La Estrella**, de Granada.

Como nuestras ideas acerca de la personalidad del poeta no han variado, reproducimos hoy aquella carta, tanto porque no se conoce en este país como porque existe la rara coincidencia de haberse sabido ayer, día de difuntos, la muerte de Molina, tercer aniversario de la publicación, con éxito inmenso, de Una Muerta.

Señor don Juan Ramón Molina.

Tegucigalpa.

Mi estimado amigo:

Recibí la carta de Ud. fechada en esa ciudad el cinco de noviembre próximo anterior y junto con ella una plana del Diario de Honduras, en la que aparece publicado el poema de Ud. que se intitula **Una Muerta.**

Su carta me ha hecho recordar con tristeza los buenos tiempos en que la armonía de una estrofa bella o la sugestión honda que produce la lectura de un buen libro, hacen la felicidad relativa que se disfruta al despuntar la adolescencia. La literatura es el pasatiempo más estéril que puede proporcionarse la juventud de estos países, porque no deja para el porvenir sino un recuerdo, semejante al que conservamos de haber jugado a los soldados de plomo o de haber formado ampollas multicolores de jabón, bellas como el iris pero fugitivas, caprichosas y efímeras como si fuesen revelaciones infantiles de la fragilidad desconsoladora de las cosas humanas.

Tal vez espera Ud. una crítica de su poema; pero la crítica anda de tal manera, se presenta en formas tan variadas, son tantos los criterios— como infinitos los hombres— que no queda más camino al que analiza obras ajenas que el de manifestar sus impresiones personales. Y esas impresiones son simples mensajeras de un estado de ánimo normal, pero nunca el juicio certero de las obras a través de las cuales juzgamos a los hombres.

No espere Ud., pues, una crítica, porque de este mi criterio ya vacío por culpa de los ejercicios prosaicos que imponen las materialidades indecorosas de la existencia, no puede salir nada aceptable literariamente. Pero conversaré con Ud. por medio de esta carta, a través de esa distancia en que se interpone un horizonte azulado, acerca de su poema. Y conversaré cariñosamente, con la sencillez con que siempre he tratado a Ud. y con el respeto que me inspiran su inteligencia y su vigorosa imaginación de poeta.

He notado, señor Molina, que a la mayoría de los verseros les encocora que no se les llame notabilidades a cada triquiñuela retórica que hacen. Y la culpa la tienen, en parte, los ociosos que, por burla o pasatiempo, les aplauden cualquier triquitraque prosódico, contribuyendo con esos bombos nocivos a que la víctima se crea poeta de verdad. Creencia perju-

cial hasta el grado de convertilos en neuróticos ficticios, y a la larga en verdaderos, en fuerza de la sugestión. Con Ud. es otra cosa, porque no es Ud. un poeta discutible. Pero Ud. presenta un fenómeno— si es que Ud. mismo no es un fenómeno en las esterilidades literarias de mi patria— consistente en el giro religioso, casi místico, que van tomando sus últimas composiciones.

En sus primeros versos tenía Ud. algo de soberbio, poseía una virilidad pujante, y con más gusto hubiera Ud. pintado un gesto iracundo de Satán que un bostezo de mansedumbre angelical de Jehová. Ud. se ha cristianizado poéticamente. En sus admirables sonetos, en **Vino Tinto**, por ejemplo, parece Ud. un buen pagano que pudo sentarse a la mesa con Critóbulo y Alcibiades a escuchar al viejo Sócrates y salir de allí en seguida de depositar besos ardientes, revueltos con ditirambos, en las bocas sensuales de las blancas atenienses. En **Después que muera**, es Ud. el materialista serio, elevado, que no ve en la muerte más que las transformaciones químicas de los organismos vivientes, y por un esfuerzo de fantasía se convierte Ud. en mariposa para ir a sorprender el sueño de la amada, resurgiendo después, una noche de doliente plenilunio, en el cementerio, convertido en un esqueleto trágico que hace muecas con su repugnante calavera. No hay allí una sola palabra que revele a Dios.

En su vibrante poema **El Aguila** es Ud. majestuoso, cual corresponde al ave de la gloria que guía a los combates sangrientos. La noble falcónida, ensorberbecida de su pujanza, fuerte en su cauda formidable y vanidosa de su terrible pico, se rebela como Luzbel contra la omnipotencia celeste, y cuando exclama "no puede ni Dios mismo" un estridente rayo la hace rodar en veinte mil pedazos a los abismos que ella desafió aleteando osadamente con sus alas tremantes, en sus correrías audaces por el espacio infinito, y de donde recogió un día, al rodar una piedra, el estrépito violento que sube retumbando desde el fondo. En ese poema, que ha mucho

tiempo aprendí de memoria y que me consuela cuando lo repito en mis arrehuchos de hastío, se menciona a Dios; pero al Dios irritable, vengador y lleno de ira divina, parecido al antiguo Jupiter que hacía retemblar el Olimpo con sus estruendosas cóleras. No hay en las obras citadas invocaciones llenas de humildad cristiana, sino enérgicas alusiones a la Sabiduría generadora de los mundos.

Perdone Ud. si desbarro al citar sus composiciones, perdón que imploro en gracia de que escribo basado solamente en el recuerdo que de ellas conservo, porque no poseo aquí un sólo libro en el que estén coleccionadas sus poesías. Y el simple recuerdo suele ser traidor a veces.

Leí de Ud. unas **letanías** en "El Tiempo" de esa ciudad y después **Una Muerta.** ¿Qué transformación se ha operado en su psicología, o qué mutaciones ha sufrido su macizo cerebro? Tal vez el ambiente en que Ud. se agita, las desesperanzas sin fin que caen sobre su espíritu, causándole ese espanto por la vida, y ese horror por la natura de que Ud. habla, lo han hecho volver sus ojos hacia arriba, buscando con triste afán una ráfaga de celeste brisa que refresque las quemaduras ardientes de su alma, convertida en depósito de arañas, escorpiones y venenosas víboras.

Me río yo, sin embargo, de su misticismo, señor Molina, mientras de su pluma inspirada en unción santa salgan gemas como ésta:

Y como el del arcángel
De las anunciaciones
Era su pie de jaspe.

Y le diré francamente que es una verdad de a folio aquello de que los grandes dolores son la fuente natural y más fecunda del Arte: le diré que como amigo de Ud. sentiría sus amargas congojas, sí, las sentiría mucho; pero como

admirador de la belleza deseo que Ud. sufra siempre, si de las torturas de su espíritu nacen poemas como **Una Muerta**. En eso verá Ud. el egoísmo implacable de las pasiones intensas, y sabe Ud. muy bien que las intelectuales son más intensas aún que las del corazón. ¿Quién tiene la culpa de esas crueldades de la estética? Simplemente la naturaleza humana impresionable, desgraciada, y a veces canallesca. Con eso le revelo a Ud. mi opinión sobre su poema. Si se tratara de escoger para mi uso particular, —dado el caso de que los poemas se usaran— entre El Aguila y Una Muerta, me quedaría con el primero; pero sé que el segundo tiene más belleza sentida, más sinceridad literaria, menos artificio, porque es una queja doliente y sugestiva que Ud. de verdad exhala. En ese poema se repliega su espíritu, tan amplio que abarca todas las altas latitudes del pensamiento, se reconcentra en sí mismo, y con la mirada fija en el cielo y la esperanza puesta en Dios, espera, suplicante, el momento en que irá a confundirse, junto con la amada muerta, en la divina esencia del Espíritu Santo.

La religiosidad poética de Ud. ¿será conveniente para la salvación de su alma y para el Arte? ¿Perderá Ud. su espontaneidad, su vigor, su estro pujante de otros tiempos, convirtiéndose en una especie de Santa Teresa de Jesús con pantalones, que muere porque no muere?

Por mi parte, sea Ud. cuákero o mahometano; inspírese en la contemplación de las pagodas indostánicas; báñese en las fuentes donde lo hacían las ninfas de la antigüedad clásica; beba con Jesucristo la amarga hiel que brota de los hígados o haga pacto con Satanás como el Doctor Fausto. Eso no importa. Pero creyente o rebelde, cristiano o hereje, pagano o monoteista, idólatra o ateo, sea Ud. poeta siempre; lleve consigo mientras viva esa arpa que Ud. recogió en las impalpabilidades de la nada al venir al mundo, y atraviese este planeta, dejando tras de Ud. ondas sonoras y jirones de belleza confundidos con los pedazos de su corazón, que

herido de dolor y saturado de un tedio supremo va sangrando gota a gota... (roto original).

Gozo recordando a las personas como Ud.,que son mis compañeros en soñar, disparatar, sufrir y reír perpetuamente; pero ya el cajista se alarma porque van muchas cuartillas escritas.

Escriba Ud. más poemas, no para acrecentar su fama, sino para proporcionar, a los que le admiramos, ratos de verdadero regocijo espiritual.

Soy su amigo afectísimo,

(Paulino Valladares)

Granada, diciembre de 1905.

(La Prensa, Nº 483, noviembre de 1908).

ROSENDO CONTRERAS

1876-1915

En diferentes épocas han desaparecido jóvenes de aliento, cuya actuación pudo ser útil para la república. Francisco Lobo Herrera, Policarpo Irías, Valentín Turcios Reina, Francisco Argueta Vargas, Félix A. Tejeda, Francisco Cálix, César y Valentín Durón y varios más. Cálix fue el diarista espontáneo, fácil, inteligente y resuelto. Y por desgracia, el alcohol cuenta víctimas ilustres en esta patria y sigue convirtiéndose en amenaza peligrosa, sin que hasta el presente se haya combatido con buen éxito, pues los consejos teóricos de la prensa no pueden traducirse todavía en prescripciones eficaces, con la positiva cooperación de la sociedad y del Estado.

En los últimos tiempos el Ingeniero Rosendo Contreras representaba una de las nuevas personalidades más completas de Honduras. Inteligente como estudiante,con una capacidad profesional de primer orden, sobrio, trabajador, vigoroso y entusiasta, caminaba firme, bien preparado para la lucha, confiando en su fuerza, sin miedo ni vacilaciones. Laborioso y metódico, sabía lo que vale el dinero honradamente adquirido para garantizar la independencia de los hombres; y resuelto y audaz, sabía también que la vida es una contingencia, cuyo valor moral sólo puede apreciarse por el exponente del noble esfuerzo realizado.

Pocas veces se reúnen en un temperamento cualidades opuestas. Echegaray, matemático y dramaturgo, no es caso frecuente. Contreras escribía como literato y la mayor parte

de su tiempo lo empleaba en resolver fórmulas algebraicas. Y sobre todo, nunca creyó que los acontecimientos deben sacar a los individuos de la pasividad punible, sino que éstos están comprometidos a buscar su propio teatro de acción, agitándose en la esfera del bien en provecho del particular y de la colectividad. Desechaba las vanidades precisamente porque tenía conciencia de sus méritos, y si jamás se preocupó del bombo, tampoco tuvo una sola inclinación ante nadie, porque le sobraba valor, poseía talento nutrido y sabía bastarse a sí mismo. Con su muerte perdió el país un factor importante y la juventud uno de los mejores combatientes.

Contreras tuvo concepto político amplio en el sentido de reorganización administrativa. En lo general, pensamos que la guerra del fusil o la combinación eleccionaria sirven para que los unos obtengan trabajo en las oficinas del gobierno y gocen de sus bondades, mientras los otros suspiran cesantes en un ayuno infinito, cuando no se ven atacados en su seguridad personal, ese criterio no es privativo de Honduras, sino de todos los pueblos donde las instituciones oscilan entre los azares de la contienda intestina, o de la anarquía o del despotismo. De allí que el punto de partida para que el principio democrático se defina y afiance, es la estabilidad del orden, mediante el respeto mutuo de gobernantes y gobernados, a cuyo amparo se desarrollarán las integrales energías patrias, convirtiéndose la libertad en una evidencia satisfactoria.

Así razonaba Contreras. Creía que la civilización se conquista paralelamente con el ejercicio de los derechos humanos, y abrigaba ciega confianza en el advenimiento definitivo de la paz. Sus ideas, el ardor con que las expresaba y la fe con que las sostenía, congregaron a un grupo de amigos que se identificaron con su pensamiento. La nueva plataforma que predica el reinado de la estabilidad y el ensanche del progreso no es sangrienta, ni egoísta, ni personalista, ni absurda. Creyendo Contreras que esa agrupación podría

convertirse más tarde en una falanje seria, decente y caballerosa, le dió el nombre de **partido evolucionista,** aprobado por unanimidad.

Esa herencia nos dejó Rosendo Contreras. La aceptamos solemnemente, y siguiendo el sentido íntimo de su inspiración, laboraremos con paciencia, con lealtad, con honradez y cordura.

(El Cronista, N° 921, noviembre de 1915).

VICENTE MEJIA COLINDRES

1876-1966

Se conoce, más o menos, la labor de los viejos, de los que han operado en la política del país, de los que han sobresalido por su energía intelectual, por sus virtudes, por su contingente en la obra común de la patria. De unos queda el producto de la inteligencia, de otros el resultado del trabajo, sin que, por desgracia, la cooperación total, en noventa y cinco años de vida independiente, haya desarrollado las fuerzas del país a un nivel igual al de la mayoría de las repúblicas de América. No tenemos ferrocarril, pero poseemos una carretera, dicen los hombres de Estado. Ese criterio resume, condensa y establece nuestra distancia con respecto al meridiano de la civilización. Y los jóvenes ¿qué harán?

Cuando en nuestras rivalidades viciadas e infecundas se habla de alguna nueva representación de la juventud, salta la murmuración con su saliva envenenada y salpica a la víctima con saña mortal. Y así como para anonadar a un prójimo abúlico, basta decir que es enemigo del gobierno, para herir a un ciudadano que empieza a distinguirse por sus méritos se echa mano de la palabra **candidato.** Pero ante el vigoroso tesón de los que se proponen evolucionar, ya no hacen ruido ni espantan esos tópicos, porque resueltos y confiados en la rectitud y legalidad de su divisa, no pierden su tiempo en revolver apasionamientos estériles. Escribe un joven, habla con razón independiente de los negocios públicos, expresa ideas de provecho general, trabaja y piensa. Entonces el politiquerismo lugareño sonríe con malicia, viendo

un aspirante a la presidencia en toda alma ardiente que ejercita su actividad creadora. Así somos, y ojalá podamos dejar en la vera del camino todo este residuo moral de campanario, que descarta el provecho del colectivismo cordial y nos deshonra, aisla y empequeñece.

El Dr. Vicente Mejía Colindres es un representativo de la falanje entusiasta que sueña y confía en el porvenir de la nación. No es un muchacho. Es un hombre con ejecutorias que lo abonan. Ha sido ministro, representante del pueblo en los congresos, jefe político de un departamento. Eso tal vez quiere decir algo para el burocratismo de reglamento y de clasificaciones; pero en el concepto de que hoy se aprecia a los hombres, Mejía Colindres vale por sus cualidades intrínsecas, por su buena organización mental, por su honradez, por su carácter firme y libre y por su corazón sincero y resuelto.

No espera como espectador abogado el desenvolvimiento de los sucesos, que van tejiendo, en el volar del tiempo, la trama de la historia, sino que medita, analiza, juzga con sereno juicio las causas de los hechos y su engranaje íntimo. No se cree un factor desligado de las energías de la república sino que, como miembro consciente de la familia hondureña, es de los que consideran un deber ineludible el aporte del contingente individual en la tarea común de ascendimiento.

Su temperamento nervioso se revela en su prosa. En estilo cortado, con imágenes líricas, suele desarrollar sus ideas, en procesión rápida intermitente y con soltura y sindérisis magníficas. Con dedicación pudo ser un escritor atildado y brillante; pero él no coge la pluma sino cuando el desborde del sentimiento agita su numen, limpio de las impurezas de la vanidad y el egoísmo.

Sobre el pasado caben las opiniones definitivas, pero el presente y el porvenir no admiten fallos terminantes. El Dr. Mejía Colindres, por su actuación y antecedentes, es una esperanza lisonjera para este núcleo de individualidades lo-

zanas, que rechazan las jefaturas del caudillaje y caminan en busca de las organizaciones fundamentales que establecen bases de propaganda y que operan prescidiendo de los personalismos. Se congregará, con lenta y segura reglamentación, la juventud seria, la que teme a las responsabilidades; y si en un lapso de veinte o treinta años, nada útil y aceptable realiza en pro de esta sección centroamericana, dará franco paso a los que vengan atrás, con mejores orientaciones y preparación más completa y segura. Por el momento se nos considera ocupados en hilvanar las frases de Perogrullo. Esperemos.

(El Cronista, Nº 915, noviembre de 1915).

TIBURCIO CARIAS

1876-1969

El filósofo alemán Hegel decía que en este bajo mundo sólo estaban destinadas a dominar las razas batalladoras de oriente, y los griegos, romanos y teutones. Terminado el poderío de las tres primeras, los pueblos verían levantarse pujante el poder de los germanos, cuyo destino civilizador se cumpliría en el tiempo y en el espacio a través de las mayores vicisitudes y obstáculos. Si tal pensamiento pudo ser extravagante juzgado desde el punto de vista de las nacionalidades modernas, y sobre todo en presencia de los trabajos del socialismo internacional que proclama la paz a base del respeto mutuo, hoy que las naciones cultas y ricas se disputan el predominio con la fuerza de los cañones, el espíritu se entristece, porque no encuentra en la eficacia del derecho la garantía suficiente que exige la existencia de los países débiles.

Presentada así la tesis, las pequeñas democracias de América no hallarán seguridad de vida, si se confiesa que el instinto conquistador prevalece en todos los pueblos vigorosos, y no tendrán porvenir sino aquellos grupos que saben compactarse con la oportunidad debida para hacer frente a los peligros futuros. Las ideas madres que flotan en una época determinada, desaparecen, se gastan, se diluyen en el correr de los años, a medida que nuevos problemas y mejores conveniencias estimulan el esfuerzo de los individuos. En un tiempo el ideal de la independencia se presentó ante las aspiraciones de los hondureños como la meta de la felicidad colectiva; después la lucha se entabló, corajuda y violenta,

por restablecer la unidad rota por el localismo extraviado; a continuación los partidos disputaron por obtener a balazos el triunfo de un principio, y hoy, cuando todavía fermenta el pasado, con su secuela de rutina y odio, nos sorprende el riesgo de la intervención extranjera. La entidad republicana puede desaparecer, y entonces nuestra misión histórica sería nula, nula siempre, antes de la conquista, durante la dominación española, en el fementido período de libertad y en un devenir anónimo, en el que no tendremos otra importancia que la valía territorial.

Se impone, pues, la concentración de los hombres aptos y de significación para que, congregados, mediten sobre las contingencias posibles. Si etnológicamente no estamos clasificados en los cuerpos dominadores, si no somos ni seremos gran potencia, es justo que laboremos por desarrollar en toda su intensidad el valor intrínseco de la república, y esa tarea meritoria corresponderá, en parte, a la nueva falange. A esta pertenece el general Tiburcio Carías, quien en su actuación política, ha logrado acrecentar su carácter y prestigio.

Tiburcio Carías ha obedecido a la ley fatal del ambiente De joven fue a la guerra civil, seducido por la propaganda democrática; de hombre también ha disparado en la contienda fraterna, pero a toda hora y en cualquier circunstancia ha revelado un temperamento sobrio y un criterio cabal de la justicia. Acata en su racional sentido la libertad y la ley y también sabe estimarse a sí mismo, escuchando con respeto la voz de su conciencia. Es poco general y mucho ciudadano, porque, con franqueza hay que decirlo, nuestro militarismo, que a veces espeluzna, no es el llamado a verificar obra cultural sobresaliente.

Amo al que ama su virtud, decía Federico Nietzche. Carías es un carácter, en la acepción clara de rectitud volitiva y de firmeza de convicciones. Y Carías cultiva su carácter, no en el significado de capricho, sino como la aplicación constante de la voluntad en la persecución inteligente de un

fin honrado y provechoso. Con buen talento, disciplinado en el estudio de la geometría y del álgebra, juzga con acierto y opera siempre en el terreno sólido del convencimiento. Abogado competente, no ejerce la profesión de procurador, pero conoce a fondo el mecanismo del Estado y la razón fundamental del sistema republicano. Puede ser un buen conductor de hombres, por su valor, por su abnegación y por su energía moral y corporal. Ha buscado un retiro provechoso en el campo, donde la naturaleza palpitante se convierte, para el meditativo, en maestra excelente, más sugestiva que los libros de los sabios y los poetas.

El general Carías es joven, y si en las asperezas del camino ha dejado muchas ilusiones, con la madurez de juicio comprenderá que la decepción no anida en los corazones erectos, porque si bueno fue el hombre en la época de Abraham, bueno es en el día, y si malos hubo en la era de Pigmalión, malos también existen en la hora presente. Ante los unos y los otros el alma bien templada siempre resplandece.

(El Cronista, Nº 933, Tegucigalpa, 22 de noviembre de 1915).

CARLOS MARIA VARELA

1878-1916

El 8 de Abril de 1916 en Choluteca.

El sábado anterior, a las 8 p. m. rindió la última jornada de la vida en Choluteca, el escritor y poeta, Lic. don Carlos María Varela.

¡Desciende joven a la tumba, pues apenas contaba 38 años. Perteneció a la generación literaria de Jerónimo J. Reina, J. Antonio Midence, Valentín Turcios Reina y cien más, que hoy día han ascendido a las cumbres del poder, y se han conquistado un nombre en la literatura y en la política o yacen durmiendo el último sueño en el regazo del Misterio.

Sólo él —el mejor organizado cerebralmente de todos—, en el concepto de muchos no pudo triunfar en la lucha por la vida y fue eternamente un fracasado. Pudo haber escalado las más altas cimas, como sus compañeros, y no quiso, por que no pudo arrancar de sí fatales estigmas ancestrales, que llevaba adheridos a la carne y a los huesos, como una nueva túnica de Neso.

Y lo arrastró la ola fatídica que ahogara a Edgar Poe y sumergiera a Rubén; la ola fatídica que amenaza a negar lo mejor y más puro de la intelectualidad hondureña. Conocimos a Carlos allá por el año 1897, cuando éramos estudiantes en el colegio del Padre Ernesto. Y dimos de niños nuestra admiración entusiasta al brillante orador que en cincos de julio y quinces de septiembre arrebatara el entusiasmo a las muchedumbres, con sus períodos sonoros, de puro sabor castelariano; al maestro que hacía para noso-

tros cuentos de hadas, por lo sabrosas, las lecciones de Historia de Centro-América; al poeta que sabía poner música a sus canciones y cantarlas con voz dulce al pie de una celosía, como un trovador provenzal; al joven que, viniendo de humilde cuna, se había hecho un lugar en la sociedad, pedestal de éxitos futuros que le prometía el mañana.

I un día, de pronto, como cediendo al empuje de un fatal determinismo atávico, todo se hundió en la noche, se perdió en la sombra. Pasaron los años, vino la reflexión cuando el joven se tornó hombre, y logró hacerse abogado. Más no por los Códigos y expedientes curiales dejó de oficiar en el culto de Apolo. Dejaba que su Pegaso fuese de vez en cuando, a pacer estrellas en el azul y a abrevarse en la fuente del ensueño. Pero ¡ay! ya la Musa estaba envejecida y no tenía por el poeta el amor de los veinte años.

Rezagado quince años en literatura, no conoció, sino superficialmente, el movimiento artístico iniciado por Rubén en el idioma castellano, y que ha producido nombres que son: Ramón del Valle Inclán, Antonio y Manuel Machado, Francisco Villaespesa, Juan Ramón Jiménez, Emilio Carrere, Eduardo Marquina, Guillermo Valencia, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Julio Herrera Reissig y cien más, todos de la estirpe gloriosa de Darío, ramas todos del fuerte y alto roble nicaragüense.

De ahí su intransigencia con los nuevos, y sus críticas de estilo valbuenesco, como éstas amenas, pero vacías como ellas. Creía que sólo deben seguirse las huellas de los clásicos y los románticos, y que la poesía que no encaja en los moldes de Rioja, los Argensola y el de León, o en los de Quintana Zorrilla y Velarde, no era verdadera poesía.

Como orador, después de 15 años, aún cuando su pensamiento fuese el mismo, no tenía ya aquella voz sonora que nos entusiasmara de niños.

Pero era siempre el hombre amable y fino, el amigo de nuestra infancia, bueno y noble; el abogado que hacía suyo propio el asunto del cliente, el caballero, el buen hijo que adoraba a su madre y velaba solícito por sus hermanas.

Con el desaparecimiento de Varela, sentimos que algo se va de nosotros mismos, que nuestros recuerdos de la infancia, los recuerdos del colegio, se deshacen al viento, como el polvito de las alas de una mariposa. Que ya no somos lo que éramos ayer, como que a lo largo del camino de la vida hemos ido dejando pedazos de nuestro corazón. Descanse en paz el viejo amigo y maestro, y que no sea turbado el sueño sin ensueños que ya duerme.

(El Cronista, Nº 1050, 1916).

CESAR BONILLA

1916

¿Tiene talento don César Bonilla? Cualquiera responde afirmativamente, sin vacilar. ¿Ha hecho don César Bonilla el uso que debiera de su talento? Yo respondo que no, sin atenuantes ni distingos.

No se crea que viene un periodista a dictar leyes de conducta individual o a emitir fallos inusitados sobre los hombres. Es que aquellos que han sobresalido en la política o que brillan por su inteligencia, están sometidos al examen de sus semejantes, bueno o malo, pero necesario en toda sociedad deliberante. Un hombre que se ha retirado al descanso de la vida privada y medita en los ángulos de su casa, dirá que nadie tiene derecho de perturbar su reposo, enfocando la lente de la crítica hacia su personalidad. Y en estas democracias y en estos tiempos, todo se analiza, todo se escudriña, todo se revuelve, porque sólo la agitación depura la verdad alrededor de los batalladores.

Sin embargo, don César Bonilla no ha sido combatiente, y esa es una de sus faltas. Desde luego no llamo combate al hecho de salir por la encrucijada, rifle en mano, a comer carne caliente y a matar conciudadanos. Se lucha también en la prensa, en la tribuna y en el libro.

Pocos en Honduras tienen aptitudes de publicistas tan raras y excelentes como don César Bonilla. Puede tomar la pluma y relatar la historia patria con profundidad de concepto y estilo sobrio y magnífico, y puede escribir una obra magna, condensando nuestros males y señalando mejores orienta-

ciones a la juventud. Pero no lo hace, quizás por esta razón que resume nuestra apatía tropical: **para qué!**

Se piensa que somos ingobernables, que estamos condenados a la mediocridad más triste y que nuestra prematura corrupción será incurable. Y con razonamiento semejante van camino de la muerte y de la nada, muchas energías valiosas que, puestas en acción, dejarían tras de sí una huella de luz y de provecho.

El millonario John Rockefeller tiene sesenta y siete años de edad y vive consagrado al trabajo. Sólo se queja de que ya no puede desarrollar el esfuerzo de su juventud.

¿Y para qué trabaja más, le dice un majadero? ¿Para ganar más millones?

El gran filántropo contesta sencillamente: creo que el deber del hombre consiste en ganar honradamente el dinero que pueda, guardar el que pueda y gastar cuanto más pueda. Y este rey del petróleo ha hecho donativos por doscientos millones de pesos oro y sigue bregando para ganar más, guardar más y regalar más.

Esa lección que da Rockefeller de la vida, es un programa completo de educación. Hacer alarde de pereza ya no es de esta época de cultura y rapidez. Eso lo hacían en otras edades los nobletes segundones que no tenían ante sí ningún problema que resolver. Hoy cada individuo es un factor del mecanismo colectivo, y a mayor capacidad del componente, corresponde más vigor y lozanía en la masa social, en la nación, en la república.

Digo, pues, que poseyendo don César Bonilla un talento de primer orden y una ilustración regular, ha dejado pasar los mejores años de su vida en una inactividad punible. Pudo ser todo lo que se puede ser en Honduras, y no ha querido salir de la apacible dulzura del hogar, relacionándose con la politiquería anodina que se entretiene barajando noticias sin trascendencia ni enjundia.

Yo creo que nada hay ineluctable en este mundo. Ni pueblos, ni razas, ni hombres, ni cosas, ni problemas recónditos. Todo puede acometerlo la voluntad afirmativa, con la seguridad de que todo empuje sano y viril deja algo bueno y útil en el proceso general de la civilización. El Almirante genovés descubrió el nuevo mundo a los 56 años de edad. Fue aquel un espíritu sustantivo que perseveró y triunfó.

Pero se dirá que no todos son Cristóbal Colón, ni se halla un nuevo continente a la vuelta de cada esquina. Es verdad, el hecho de América es uno, pero la enseñanza que de él se deriva es infinita. Cada persona es un mundo, decía Paul Bourget, es decir, cada individuo es un universo y es un Colón y es un Pizarro. La cuestión consiste en emprender un proyecto cualquiera, concorde con nuestra capacidad y con el medio en que nos agitamos. Realizarlo es descubrir un nuevo mundo.

Don César Bonilla merece toda mi admiración y respeto, y no me equivoco al declarar que todos sus amigos deploran, como yo, que, teniendo capacidades sobresalientes, las deje dormir el sueño de lo inútil.

(El Cronista, N° 798, junio de 1915).

MONICO CORDOVA

Razón relativa tienen los que ponderan el pasado. Cuando Manrique echaba de menos el tiempo mejor, condensaba en una estrofa inmortal las deficiencias, en ciertos aspectos, del presente, las que son compensadas con nuevas creaciones de recreo moral, que en el porvenir serán lloradas, pero repuestas por otras alegrías, mutables también en la indefinida sucesión del tiempo.

Ya no hay hombres como los de tal época, se dice con frecuencia, porque en realidad, por circunstancias especiales, la generación de un período determinado tal vez ha sabido distinguirse,superando a las posteriores en el sentido verdaderamente cultural. Tendrán éstas mayor suma de conocimientos, más nociones de ciencia y de confort, pero no alcanzan la noble disciplina espiritual que conquistaron aquellos varones alabados.

Don Mónico Córdova no fue un político militante, ni un escritor, ni un sabio, ni un guerrero memorable; pero él representa, como el Dr. don Manuel Gamero, una casta de hombres honorables que casi han desaparecido en Honduras. Su religión, el trabajo; su ley, la hombría de bien en su acepción más amplia; su moral, el amor y la caridad para sus semejantes; su ambición, el bienestar y el progreso de todos, el niño en la escuela y el adulto en su labor honesta.

Cuando fue gobernador de su departamento, más que el jefe político que intriga con el ejecutivo para congraciarse, obtener granjerías o satisfacer venganzas, era el padre de la comunidad, el consejero benévolo y desinteresado, el promotor sincero de toda idea de adelanto, y eso sin alardes, sin vanidades, sin ostentaciones indebidas. Rico, independiente, con buena posición social, con claro talento y respetado y querido por los que sabían conocerlo, su nombre era una garantía de probidad hidalga.

Filósofo, no de esos que trasegan a su cabeza vacía las teorías y lucubraciones ajenas, sino de los que observan los

fenómenos de la vida en la realidad que pasa diariamente, dejando al analista penetrante una enseñanza, un dato, una impresión provechosa del interminable libro del mundo. Con vocación y constancia, Mónico Córdova habría escrito muchas cosas bellas y buenas. No a la manera de Federico Amiel ni de La Bruyére, sino en la forma apacible de Montaigne. Tenía suficiente elevación de pensamiento y un concepto claro del civismo. Agudo en ocasiones para juzgar los acontecimientos, su criterio ético fue invariable.

Conservador, quizás por tradiciones familiares, sus ideas eran tolerantes y sus juicios sobre la libertad humana pudo suscribirlos cualquier radical de América. Deploraba sin acritud las consecuencias de nuestras luchas intestinas, por que era hombre de paz y de luz. "Mis ganados, decía, son cachurecos y liberales, pues cuando pasa una fuerza conservadora se come a las reses liberales, y viceversa". Y esa ha sido la eterna queja de aquellos que han podido comprender que la guerra civil sólo ha servido para retrasar el avance de la república, desanimando o arruinando al propietario que únicamente necesita garantías para prosperar al amparo del orden legal.

El recuerdo de don Mónico Córdova trae a la mente las palabras del gran orador español Costa: "Hombres, hombres, y no papel necesitan los pueblos en disolución. Gobernantes con el alma de Jovellanos y de Aranda y la acción de Fernando y Cisneros. Esto se necesita para rescatar los cuatro siglos perdidos en la historia. Hombres con cabeza de sesos y no de estopa: hombres de enjundia, con corazón que no mane tinta para los expedientes, sino sangre roja para el pueblo".

Para que surja el país se necesitan hombres, y la juventud que evoluciona debe inspirarse en el ejemplo de aquellas personalidades, que, como don Mónico Córdova, han tenido cerebro magnífico,alma grande y un corazón que ha dado su sangre roja, en forma de positivos beneficios, a todos sus conciudadanos.

(El Cronista, Nº 980, enero de 1916).

FALLECIO EN MEXICO EL FUERTE ESCRITOR SALATIEL ROSALES

1884-1926

Ayer en la tarde fuimos dolorosamente sorprendidos cuando se nos participó la muerte del escritor don Salatiel Rosales, ocurrida en México ayer mismo. Nos costó creerlo, pero el cablegrama que a continuación publicamos íntegro, vino a confirmar la faltal noticia.

México, 22 de septiembre de 1926. A Froylán Turcios. Tegucigalpa. Suplícole informar Salatiel Rosales falleció hoy en esta ciudad. Porfirio Hernández".

Nos llena un sincero pesar,porque el desaparecido era una mentalidad que daba lustre a las letras contemporáneas. Era de los pocos que en nuestra tierra amaba la meditación y se entregaba a serias y concienzudas especulaciones.

Parecía el escritor adusto una de esas naturalezas herméticas impermeables a todo lo que es de este mundo que no se traduzca en seriedad y reflexión. Que equivocados los que tal pensaban del fuerte Salatiel. Alma soñadora y encantada de la Belleza, casi era un lírico filósofo, amador del ritmo múltiple y de la prosa armoniosa.

Estilista, investigador y energista, creyó que lo que hacía falta a su alma en su propia tierra podría obtenerlo en sus viajes. Y esa era su gran inquietud. Dos veces fue a México y aunque del primer viaje trajo amargores que se le clavaron muy hondo, exiliado tuvo de nuevo que buscar la tierra que debería acoger sus restos como un tálamo de bondad.

Hizo ensayos de periodismo y cuando estuvo al frente de un semanario en Atlántida probó su firmeza de carácter y su entereza en estas lides; los arbitrarios mandaron a darle de palos y una noche lo deportaron a Puerto Barrios, pero allá no quisieron recibirlo y volvió a Puerto Cortés, preso siempre, hasta que lo desembarcaron en Belice. Desde entonces no volvió a Honduras aquel batallador incomprendido y desalojado porque no era ni áulico ni proxeneta.

Volvió a enderezar su marcha hacia México, donde soñó triunfar y su lucha fue desesperada, pero se abrió paso y colaboró en las grandes publicaciones. Sus producciones atrevidas y afirmantes provocaron ataques tempestuosos, como su artículo a raíz de la muerte de Anatole France.

Titulado en nuestra Universidad, no ejerció su profesión de Abogado, más bien en México hizo armas en el bufete de un eminente jurisconsulto.

Su vida era de estudio y de meditación. Aislado y maltratado por los cuidados pequeños de la vida parecía a veces un misántropo. De espíritu aguzado su ironía era una arma florentina que la hundía con deleite hasta por antojo de sus nervios. Polemista contundente, tenía aptitudes de ático gladiador.

Su conversación era exquisita, y aunque se deleitaba oyéndose, se hacía oír porque en ella se revelaba en gran parte. Intimamente era un "completo amigo", amplio y cordial. No le conocimos los bajos egoísmos de otros que se colocan antes que todos. Era generoso y sincero, no por alardes sentimentales, sino por un razonamiento que le imponía estos ademanes que se tienen como inconscientes.

Gustaba de los deleites refinados y comprendía toda la excelencia del *savoir vivre*. A veces llamábase él mismo un epicúreo y oponía una notable sonrisa de contraste a las vulgaridades de la vida diaria.

Sus lecturas no pudieron ser más extensas y variadas. Salatiel lo leyó todo y su gran tendencia de literato pensador hizo que no rehusara de cuanto podía embellecer su espíritu. Ora se le encuentra como un discípulo kantiano apegado a su sistema y lleno de una devoción exaltada. Ora es el exégeta analista y pulcro en sus investigaciones. A veces se daba tonos de literato jovial que cuadraban en él afablemente.

Así era y por eso se le estimaba como el escritor de reposo y amanerado.

En México en estos últimos años se le empezó a notar un cierto decaimiento orgánico y empezó a consultar su mal con varios médicos, pero se cansaba de las dictaduras dietéticas. El hígado, la víscera formidable de tan grandes funciones lo tenía enfermo y lo fue aniquilando hasta que el mal prosperó tanto en estos últimos días que tuvo que buscar la Casa del Periodista, refugio bondadoso que creó "El Universal" y allí expiró rodeado de los camaradas que estimaron su claro talento.

Soñó con el retorno a sus montañas, así escribió a muchos de sus amigos, confesando su nostalgia por la tierra maternal, evocando el pueblecito de San Esteban, Olancho, en donde nació.

Sin tiempo para un más extenso artículo, le consagramos estas líneas plenas de sincero afecto, deseando que repose tranquilamente bajo el cielo de Anáhuac.

(El Cronista, Nº 3675, noviembre de 1926).

ERNESTO ARGUETA

1884-1962

En el caso de invocar los nombres del joven pensamiento hondureño, habrá que mencionar en primera fila al Dr. don Ernesto Argueta. El **cogito** de Descartes es universal, porque la inteligencia está repartida en todos los individuos del planeta; pero algo va de la mente de Platón al círculo intelectual de un negro de la Abisinia, y hay distancia regular entre lo que discurre un esquimal y lo que meditaban Malebranche y Rousseall. Y en las mismas colectividades contemporáneas, siempre se representa la cumbre de la idea por los selectos, por aquellos que reflejan mayor fuerza cerebral resguardada por la rectitud del alma.

No es el hecho de ser el más inteligente. Es la circunstancia de unir a un talento equilibrado la ecuanimidad moral, la honradez privada y pública, el concepto claro de la justicia, la decencia en el corazón y en el cuerpo, el amor a lo verdadero y a lo bueno. De los conceptos metafísicos quedan muchos principios inmutables, cuya interpretación es imposible en la edad de los ejercicios escolares, pero que en el curso del tiempo se presentan claros y precisos para los varones comprensivos. El hijo predilecto de Dios tiene un destino común: descubrir la verdad, que no es otra cosa que realizar el progreso, practicar el bien y amar la belleza, porque esa trinidad responde satisfactoriamente a las más nobles aspiraciones del espíritu. Y sólo se predican las ascenciones generosas, porque la corrupción, aunque es práctica, jamás ha recibido una voz de aliento. Por ese motivo el prostituido vive en la comunidad social, pero jamás conquistará simpatías sinceras y espontáneas.

El Dr. Argueta se inscribió en aquella falange juvenil que se propuso dar un impulso resuelto a los trabajos unionistas. Su tarea fue meritoria, pero la tal labor era inconsistente hasta cierto punto, porque el desenvolvimiento fatal de la política centroamericana señala otros senderos al patriotismo que anhela verificar una obra nacional positiva. Hoy se piensa que los hondureños están obligados a hondureñizarse, esto es, que las fuerzas creadoras de la juventud deben propender en primer término a desarrollar las virtudes totales de la república, a fin de que, organizada una democracia respetable y fuerte, sea un contingente valioso en la entidad federativa. Esta nueva tesis dará resultados más provechosos, porque no desviará las energías de los combatientes en la persecución de un ideal inconcreto, sino que concentrará el trabajo en beneficio de los problemas urgentes de la patria.

El Dr. Argueta, con voluntad bien dirigida, ha sufrido la evolución natural de toda inteligencia observadora y penetrante, y hoy ya no es el muchacho que busca el éxito efímero de un discurso lírico dedicado a llorar sobre las ruinas del pasado, sino que, con visión exacta, comprende perfectamente el sentido trascendental de la nueva orientación que persigue el evolucionismo. Acepta risueño la befa que pesa sobre nosotros por el momento, pero perseverante, calmoso, independiente y emprendedor, va por el camino que siguen siempre los caballeros educados en la escuela del trabajo eficaz. No pertenece a los proyectistas vacíos, en quienes la abulia, más que enfermedad, es el resultado de nuestro incompleto sistema de enseñanza.

Ernesto Argueta es muy joven, y por lo mismo su porvenir es también otra esperanza. Con cualidades oratorias de primer orden, con una profesión en la que se distingue por su laboriosidad y honradez, con las consideraciones de todos y el cariño de sus amigos, figura en la presente generación como uno de los colaboradores más queridos y sobresalientes.

Nuestros bachilleres aliteratados no han hecho obra útil. Vamos, en el tiempo, por un período que requiere lucha fructífera, porque las vaguedades del palabrerismo poético nos llevan a una cursilería punible. No condenamos el arte, pues simplemente deploramos la creciente afición al cultivo de un arte mediocre, soso y flaco. La ruta es la que ha señalado Argueta con la creación de una Junta de Fomento en su departamento. Por allí se empieza. Si ese paso no produce los efectos que se buscan, se da otro, y otro y otro, pero siempre en pos de un fin serio y provechoso para la nación.

(El Cronista, Noviembre de 1915. Núm. 927).

LOS QUE HABLAN

Oyendo ayer, en el Salón de Actos de la Universidad, al notable escritor don José Antonio López, sentimos un gran entusiasmo. No importa que no estemos de acuerdo con él en lo que toca a su opinión sobre materialismo: lo que importa es que, a su edad, llegue a la tribuna a explanar sus ideas, a elogiar lo que él cree que es bueno y a combatir lo que cree que es malo. Hombres como el señor López son los que en nuestro concepto merecen el aprecio y el respeto de la juventud. Hombres que hablan; hombres que en la madurez de su inteligencia, doctrinan públicamente en el propósito de ser útiles a sus conciudadanos.

Aquí por desgracia, cuando el hombre instruido pasa de los treinta años, se encierra en un mutismo desconsolador. Piensa, pero su pensamiento no sale a luz, no sirve a la patria.

El viejo entre nosotros no es como el viejo en otros países. El viejo entre nosotros se recoge en la anonimidad, en el silencio, en el egoísmo; el viejo en otros países vive combatiendo, enseñando, exponiendo constantemente los frutos de su experiencia y su sabiduría. Viejos así, son amables, dignos de reverencia y homenaje. El señor López es hondureño, pero no parece de Honduras. Hay razón: ha vivido muchos años fuera de Honduras.

Cordialmente lo aplaudimos desde estas columnas.

(El Cronista, Nº 726, marzo de 1915).

ESTANDO ENFERMO

Que estoy enfermo es una verdad matemática, aunque no de esas que necesita conocer el sabio.

Estando mal de salud, sin deseos de trabajar, tengo que hacer algo, forzosamente, que me divierta y distraiga, y me pongo en mi holganza a barajar tipos, pueblos, episodios y paisajes, para dar ocupación a la loca de la casa y para conllevar el dolor de este reuma que me aqueja.

Y como la nota palpitante que embarga la atención del público es la política, y como de la política lo que se toma en última substancia son los hombres, ya en su condición de autores o de histriones, hay que apechugar con los hombres y revolverlos y sacudirlos en sus actos, para conocer sus manifestaciones más legítimas, positivas, reales.

Y allá van hombres.

Me apena, a veces, cuando por casualidad me siento humano (no pretendo ser divino tampoco), considerar que de los hombres, los unos nacen para divertir al público, y los otros, los menos y más culpables, viven para gozar con los hechos ajenos. Y de todos ellos, un grupo fuerte vive de la credulidad de sus semejantes, a quienes envuelve en una red interminable de chamarros.

Y me remuerde la conciencia, porque para ser escudero del público, fiel y legal, magnífico y grande, como lo era Sancho de don Quijote, necesitaría desnudar constantemente a muchos espíritus para que sean conocidos en su expresión metafísica más simple.

Y aquí vendrían los viejos; pero como ese es un problema delicado y difícil, que se queden aparte, allí, a un lado, por el momento. Yo me voy con algunos más jóvenes, en ami-

gable compañía, por el camino que conduce hacia un pasado bien corto.

Decidido a leer los códigos de Honduras, para ejercer oportunamente la profesión, ya que profesión es la palabra consagrada, recordé que uno de nuestros jurisconsultos más voluminosos es el Dr. don Mariano Vásquez, censor de la codificación de 1898, que se pudre de mala, y autor o inspirador de las leyes vigentes, promulgadas en los tiempos del Gral. Bonilla, como si dijéramos en la muy hidalga era del muy noble y sabio don Alfonso X.

Recordar a don Mariano y olvidar reuma, código y profesión, todo fue uno. Y olvidé todo eso, porque la mente se fijó en dos episodios que paso a relatar y que motivan esta cháchara.

Me habían referido, en otros tiempos, que en un Congreso reunido en Comayagua, don Mariano, en un rapto de lirismo incivil, dió tamaño beso en la mejilla al Gral. don Luis Bográn, Presidente a la sazón de la República.

Ni me importó esa referencia ni me sorprendió, porque dar un beso no es cosa trascendental ni costosa, y menos al Gral. Bográn, a quien, si no los hombres, las mujeres supieron darle muchos y prolongados y ardientes.

Me contaban también, que en tiempos de la reelección del General Bográn, y cuando los liberales de Honduras postulaban como candidato a la Presidencia al Dr. don Celeo Arias, don Mariano trabajó con sus amigos liberales en favor de Arias; pero en el momento de dar su voto, como éste era público entonces, lo dió por el General Bográn. Cosa tampoco nueva ni admirable, ni siquiera digna de aprenderse de memoria.

Todo lo dicho me interesa poco y lo doy por no referido ni contado.

Vamos a cosas más recientes y recomendables.

Hubo en Corinto, en 1904, una reunión de Presidentes, a la cual reunión asistió don Mariano, en su carácter de Ministro de Relaciones Exteriores.

En la mesa, a la hora de los discursos, y después que había hablado el señor Presidente General Zelaya, habló don Mariano en nombre del General Bonilla. Cierto personaje importante de Nicaragua dijo don Manuel, quedo, pero para que lo oyera don Mariano: "qué bien habla este señor; debe ser muy inteligente.

—Ah, sí, dijo el General Bonilla, por eso lo tengo en el Ministerio.

Pasados algunos días, me dijo en Managua un caballero amigo, lo siguiente: "Hablé con el señor X acerca de la Conferencia de Corinto, y entre otras cosas me preguntó: "¿Quién es un hombrecito que pronunció un discurso que se venía aprendiendo, sin duda, desde Amapala, y de quien yo dije al General, en burla y para que oyera, que me parecía muy inteligente?"

En Tegucigalpa he oído decir que sonó ese discurso de don Mariano como la nota más alta de la oratoria americana.

¡Y en Corinto aquello fue sencillamente bufo!

Yendo para El Salvador el año próximo pasado, supe en La Unión que don Mariano había dicho allí, o en otra parte, que afortunadamente el Gobierno de Honduras lo había nombrado a él, Agente ante el Gobierno salvadoreño, pues creía haber asegurado la paz en Centro-América, con sus gestiones oportunas.

Eso lo decía en abril o mayo del año anterior, ¡y en junio estallaba la guerra entre Guatemala y El Salvador! En la cual tomó cierta parte el Gobierno de Honduras, puesto que movilizó fuerzas y chilló en la prensa, hasta enronquecer, contra el señor Estrada Cabrera.

Saco en conclusión: que don Mariano me ha proporcionado un rato de solaz, haciéndome olvidar el reuma y dándome asunto para el editorial de hoy, que buena dificultad me estaba presentando.

Muchas gracias.

(La Prensa, Nº 80, 12 de julio de 1907)

GENERAL JESUS QUIROZ

Ayer a las 8 p. m. falleció en la ciudad de Yoro el General Quiroz, causando su pérdida mucho pesar a su familia, a los amigos y a la sociedad.

Dotado de talento y de una actividad infatigable, sobresalió en cuanto ejecutaban sus energías, con una destreza práctica que era su capacidad culminante.

Formó familia en su matrimonio con doña Francisca Morejón, persona distinguida, culta y hacendosa, que le ha sobrevivido para honrar su memoria y humedecer con sus lágrimas la tumba en que descansarán sus despojos.

Formó propiedad mediante duradero y económico esfuerzo, en tareas de comercio, de agricultura y de negocios varios, como obrero agencioso de múltiple iniciativa.

En su larga vida, con frecuencia tomó cartas en la política y colaboró en la Administración pública, sin hacerse sospechoso de bajezas y de indignidades que lo deshonraran; y ahora que ya no existe, la historia debe recoger su nombre para agregarlo a la lista de los hijos selectos de nuestra Patria.

Mucho que honre la memoria del señor Quiroz y consuele a su viuda doña Francisca Morejón puede servir para formar una corona al peregrino que emprendió anoche la jira de ultratumba.

¡Paz a su sepulcro y resignación a su familia!

(La Prensa, Nº 881, 1908).

EL DOCTOR ALEJO S. LARA

1865-1917

El sábado a las cinco de la tarde murió en esta capital el Dr. don Alejo S. Lara, después de una violenta enfermedad.

Sin tiempo para dedicarle una necrología, lamentamos su muerte y damos a su esposa, hijos y demás familia nuestro sincero pésame.

Fue el Dr. Lara un hombre de talento. Pocos en Honduras poseían como él un criterio sólido y exacto sobre los sucesos y las cosas. La misma facilidad que tenía para pensar, y pensar bien, la tenía para escribir. Sus cartas, cuando quería, eran interesantísimas. Nosotros conocimos una colección de su correspondencia de hace años, cuando joven permaneció en París. Hay en su estilo gracia, flexibilidad y soltura natural. Era hombre observador y penetrante.

Buen amigo. Hizo el bien siempre que pudo y evitó el mal cada vez que su posición se lo permitió. Buen esposo y buen padre. Deja un hogar sin consuelo y desolado.

Ayer a las cuatro de la tarde fue conducido su cadáver al cementerio general. Reposa ya en el lugar común, allí donde comienza lo desconocido y lo obscuro, donde no penetra más que el recuerdo.

Paz sobre su tumba.

(El Cronista, Nº 1346, 1917).

COMBATE DE MARAITA

No es el primero de los combates del mundo que lleva el nombre sin que en realidad le corresponda. Un incidente cualquiera o la proximidad de un lugar de nombre más conocido, han bautizado la mayoría de las batallas trabajadas por los hombres.

En la prensa extranjera, y en Honduras misma, se cree a pie juntillas que la última acción de armas dada por los revolucionarios antes de tomar la capital, fue precisamente en el pueblo de Maraita, donde murió el jefe de las fuerzas gobiernistas, General Sotero Barahona.

Y nadie, aunque demuestre lo contrario, hará que deje de llamársele de Maraita al combate que se libró en Los Coyotes, a pesar de que en el cerro de ese nombre fue donde en realidad se combatió y donde se había parapetado, desde nueve días antes de la lucha, el General Barahona.

El día trece de marzo, el General José María Valladares fue atacado en el cerro de Las Calabaceras. Con el auxilio de la columna que de Yuscarán llevaba el General en Jefe, Dr. Gutiérrez, y la que más tarde llegó al mando del General Tiburcio Carías, fueron rechazadas las fuerzas de Barahona, las que descendieron del cerro mencionado, adonde habían logrado subir en parte, atravesaron el pequeño valle de Las Galeras y el llano de Lizapa, y fueron a acamparse en Los Coyotes, cerro muy extenso, que tiene cerca, y al Poniente, el pueblo de Maraita.

Allí permaneció Barahona, atrincherándose, saludando algunas veces al enemigo con disparos de cañón y tiroteando

a todos los que atravesaban el llano de Lizapa, para ir adonde el Gral. Valladares, que se encontraba con el Gral. Moncada, en La Unión.

En Maraita sólo estaban los heridos que resultaron del combate de Las Calabaceras y un pequeño resguardo, como de cincuenta hombres, mandados por Barahona para cuidar a los enfermos.

El veintidós se dió el ataque general, principiando por la toma de Maraita, para poder picar la retaguardia. Pero en Maraita no hubo combate. De El Retiro, donde se encontraba el Jefe de las fuerzas auxiliares, Gral. don Emiliano J. Herrera, se dispararon algunos cañonazos, mientras el Gral. Salamanca se dirigía al pueblo, el que fue tomado inmediatamente.

Eso como a las nueve de la mañana, quizá antes.

A continuación se procedió al ataque de Los Coyotes por el flanco izpuierdo, ataque que fue favorecido por la artillería colocada en la cumbre de El Retiro. Rechazado el enemigo por ese flanco, se empezó el ataque del frente, el más reñido de los que tuvieron lugar en la parte Sur de Los Coyotes.

Como a las dos de la tarde, el General Herrera, de El Retiro, dirigió un telegrama, que yo escribí, al señor Presidente de Nicaragua, General Zelaya, diciéndole lo comprometido que estaba el combate por el centro, comunicándole que Maraita había sido tomado y participándole que tenía dos piezas de artillería inutilizadas.

Como a las cuatro fue rechazado el enemigo por el frente y se empezó el ataque por el flanco izquierdo, esto es, por el lado de Las Casitas.

Eso por la parte Sur y Poniente.

Por el Norte habían empezado el ataque, de modo formidable, y desde temprano del día, los Generales Moncada y Valladares, quienes estrecharon las fuerzas de Barahona,

cortándoles la salida que pudieran haber tenido por La Unión, con destino a Tegucigalpa.

Rodeado Barahona por el Sur, Poniente y Norte, no tuvo más remedio que romper línea por el Oriente, descendiendo al llano de Lizapa, donde se encontraban pequeñas columnas, entre otras, las del General Carías, Coronel Gamero y el Estado Mayor de Gutiérrez. Allí fue la catástrofe, el final trágico de aquel rudo combate que duró todo el día.

Por el lado de El Retiro se vió casi terminada la jornada a las cinco de la tarde. A esa hora, el General Herrera telegrafió al señor Presidente de Nicaragua, comunicándole la derrota de Barahona. El telegrama fue escrito en El Retiro, trasmitido en Las Casitas y fechado en Maraita, a donde aún no había llegado Herrera, y donde no había oficina telegráfica.

Esos mensajes llegaban a Managua, y de allí se trasmitían las noticias a la prensa extranjera, dando, por supuesto, el nombre de Maraita a la acción de armas librada.

Hay que advertir, entre paréntesis, que la línea de fuego nuestra era muy extensa, pues empezaba en La Unión y terminaba en El Retiro, esto es, tenía tres o cuatro leguas.

Barahona nunca creyó que lo atacaran por El Retiro.

Como a las siete de la noche llegamos con Herrera a Maraita. Al siguiente día salí para Las Galeras, donde aún estaba insepulto el cadáver de Barahona.

De allí salí para Güinope a cumplir una comisión del General Oquelí Bustillo.

Recordé en aquel pueblo que los manuelistas habían dicho que las fuerzas de la revolución, en San Marcos, habían asesinado cruelmente al General Florencio Mejía Juárez, y temiendo que en lo de adelante hicieran igual afirmación respecto de la muerte de Barahona, fuí expresamente a interrogar al General Lee Christmas, que se encontraba como prisionero de guerra en el pueblo precitado, sobre el combate de Los Coyotes y la muerte del jefe de las fuerzas manuelistas.

Y para que el señor General Christmas no se negase a contestarme, en la creencia de que yo fuese un simple Juan Particular, con resabios de curioso impertinente, le mostré un pliego en que constaba mi carácter de corresponsal en campaña de un diario nicaragüense.

Christmas, con toda deferencia contestó a mis preguntas y me autorizó ampliamente para que usara de su nombre cuando quisiera relatar la muerte de Barahona, declarando que aquel jefe murió en la lucha, en el llano de Lizapa, cuando trataba de escaparse por el camino de San Francisco y El Zamorano, con dirección a esta capital. Christmas y Barahona cayeron cerca el uno del otro, el primero con una herida y el segundo con dos.

Los comentarios del combate y de la muerte de Barahona, por su impericia o porque la rueda de la fortuna lo llevó a tan heroico y prematuro fin, que los hagan otros más amantes de los relatos bélicos y más entendidos en crítica militar.

Yo refiero lo anterior porque más de una persona dice en esta capital, por despecho o malicia, que Barahona fue bárbaramente asesinado. Mi conversación con Christmas pasó delante del Coronel Adolfo Nolasco, que actualmente reside en Amapala.

Hasta hoy no había tenido tiempo de hacer el relato que antecede. Considero gloriosa la muerte de Barahona, quien fue un hombre de acción y de empuje; y si sus correligionarios estimaran su memoria lo bastante, no lo harían aparecer ante las generaciones nuevas como un jefe valeroso vulgarmente asesinado, sino como un héroe de leyenda, muerto con la herocidad de un semidiós, para hacerle renombre y convertirlo en un estímulo que les diera alientos para conquistar el porvenir.

Yo no lo adulo después de muerto, ni lo denigro a través del sepulcro.

Sobre su tumba sólo pongo el silencio.

(La Prensa, Nº 146, 27 de septiembre de 1907).

A PROPOSITO DE LAS CUESTIONES HISTORICAS

Hemos publicado algo que se relaciona con la personalidad del ex-presidente de la república, Gral. don José Santos Guardiola. Notamos con mucha frecuencia que lo escrito por algún conocedor de los hechos, es rectificado por otro siempre que se trata de cuestiones históricas.

A pesar de ser tan joven nuestra democracia, no es fácil establecer la verdad sobre sucesos y personas de ayer. País que no tiene historia, ha dicho alguien, no es país.

El General Morazán, en sus memorias de David, refiere las maniobras de los enemigos de don Dionisio Herrera, después de que éste acusó ante el congreso al presidente Arce, y relata lo siguiente:

"Despechados los enemigos del jefe Herrera con el mal resultado que tuvieron los medios que habían empleado hasta entonces para trastornar el orden, se decidieron a quitarle la vida. A media noche los asesinos dirigieron sus tiros por dos balcones de la casa que habitaba, a otras tantas camas colocadas al frente. Los malvados ignoraban cual de ellas pertenecía al jefe Herrera; pero sabían muy bien que una era ocupada por su esposa. Sin embargo, antes quisieron triplicar las víctimas, agravando su crimen con la muerte de la madre inocente y del hijo tierno que aquella tenía en sus brazos en el fatal momento, que permitir que se les escapase lo que era objeto de la venganza de aquellos que habían estimulado su sórdido y mezquino interés. Pero por una feliz casualidad las balas se introdujeron en el colchón de la cama en que se hallaba la señora de Herrera, y otras rompieron

una columna del catre en que dormitaba éste, sin haberles causado daño alguno".

"Los asesinos presentaron en su precipitada fuga las señales positivas de su crimen. En aquella misma noche, sin ser perseguidos, desaparecieron de la ciudad de Comayagua el escribano Ciriaco Velásquez y Rosa Medina, quien después acreditó, con la destrucción de las mejores casas de Comayagua, mandada a ejecutar por el Coronel Milla cuando sitiaba aquella ciudad, que era tan buen incendiario como torpe asesino".

El presbítero don Antonio R. Vallejo, en su Historia Social y Política de Honduras, aludiendo al atentado anterior dice:

En estas aseveraciones del General Morazán hay un grave error, que queremos deshacer, porque ha llegado el tiempo de escribir la verdad y de hacer justicia a los hombres, sin distinción de carácter político. Lo que pasó fue lo siguiente: personas contemporáneas, que aun viven, aseguran que lo acaecido en la noche del 1º de noviembre, fue una farsa fraguada por el jefe Herrera para tener pretexto de perseguir a sus desafectos políticos, como lo hizo. Comprobantes de este hecho son el haberse ido a dormir esa noche con su familia a la cocina de la casa que habitaba y el haber figurado a la cabeza de sus asesinos el comandante de la guardia de honor, que era un tal Escobar, que continuó en su puesto. Otro tanto pretendió hacer cuando gobernaba en 1830, 31, 32 y 33 a Nicaragua; pero oportunamente le hicieron comprender que ya conocían sus prestidigitaciones".

Vallejo cita para comprobar su afirmación el dicho accidental e incoherente de una sirvienta de Herrera, llamada Dorotea Arrazola, y las conversaciones tenidas sobre el particular con algunas personas de Comayagua.

El caso histórico es interesante. Nosotros lo sometemos a la crítica de nuestros hombres de letras. Desde luego de-

claramos que nos merece más fe la palabra del general Morazán que la del presbítero Vallejo. La seriedad de don Dionisio Herrera y su pura y diáfana actuación como jefe de Estado de Nicaragua, nos obligan a creerlo incapaz de una farsa. Y además, si alguien, con mayor motivo que una sirvienta, pudo conocer y apreciar la tentativa de asesinato fue Morazán, amigo de Herrera, hombre de genio y esclavo del honor. Morazán escribía la historia de los acontecimientos a raíz de los mismos. Si pudo equivocarse en cuanto se refiere a la apreciación de los sucesos, no podía desconocer la existencia de los mismos, y mucho menos falsearlos ante la posteridad.

(El Cronista, Nº 3.337, mayo de 1925).

DOS PALABRAS DE CRITICA HISTORICA

Hemos leído en la prensa de nuestra patria los mayores denuestos contra el tratado de Namasigüe, firmado el 11 de abril de 1885 por los representantes de Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. En la tribuna pública oímos siempre la palabra airada contra este pacto, y tal vez nosotros mismos, influenciados por el ambiente y sin reflexionar con el reposo necesario, hemos tenido quizás alguna frase de censura contra ese convenio memorable.

Releyendo los antecedentes de la guerra que provocó el General Rufino Barrios y sus consecuencias, encontramos un despropósito en el plan del tirano guatemalteco, al proclamarse jefe militar de Centro América, y un acto débil en la política del general Bográn al prestar su apoyo bélico a proyecto tan audaz y aventurado.

Muerto el general Barrios en Chalchuapa, ¿qué papel le correspondía al general Bográn en Honduras? ¿Debió éste, él solo, continuar la guerra, para realizar el ideal morazánico? ¿Debió lanzarse a la pelea para salvar el honor nacional? Y en este caso, ¿en qué consistía el honor nacional?

El 28 de febrero de 1885 se proclamó Barrios director militar de Centro América. El 5 de marzo, la asamblea nacional guatemalteca declaró que secundaba en un todo los empujes unionistas del jefe del poder ejecutivo. El 22 de marzo se firmaba en Santa Ana un tratado de alianza ofensivo y defensivo entre los gobiernos de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, en cuyo artículo quinto declaraban, respecto de Honduras, que atendiendo a las simpatías, que este pueblo

ha inspirado siempre e inspiraba en la actualidad, los gobiernos signatarios emplearían todos los esfuerzos para atraerlo a la amistad y alianza que motivaba el convenio, el que tenía por objeto primordial, según lo establecía en su artículo primero, derrocar a Barrios de todo poder en Centro América.

El 2 de abril de 1885 moría Barrios en Chalchuapa. El 23 del mismo la asamblea guatemalteca derogaba los decretos anteriores del 28 de febrero y el 5 de marzo. Cesaba oficialmente y de hecho la guerra por la unión de Centro América.

¿Qué actitud debió tomar entonces el gobierno de Honduras? Envainar el sable y nada más.

En tales condiciones puede decirse que el tratado de Namasigüe fue un triunfo para Honduras y un éxito magnífico para el general Bográn. Conforme a las prácticas de la guerra de todos los países y todos los tiempos, los ejércitos de Costa Rica, Nicaragua y El Salvador pudieron caer sobre Honduras, vencerla, cambiar el personal del gobierno, cobrarle una fuerte indemnización en dinero y hasta cercenarle el territorio.

¿Qué estipuló, en esencia, el tratado de Namasigüe? Lo que era lógico en el marco de las circunstancias, sin sacrificar el decoro ni la honra de la nación. Al contrario, la idea madre que motivó la guerra salía triunfante, puesto que Honduras se comprometía con sus nuevos aliados a empeñar todas sus fuerzas para llevar a cabo la reorganización de la nacionalidad centroamericana por las vías racionales y pacíficas que aconseja la civilización.

Se comprometía también Honduras a emplear sus buenos oficios a fin de obtener la organización de un nuevo gobierno en Guatemala, que diera garantías efectivas para un arreglo satisfactorio de paz entre los gobiernos de El Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Guatemala.

El 11 de abril, fecha del tratado de Namasigüe, no se conocía la definitiva reorganización de Guatemala, por consi-

guiente, por razones de precaución muy obvias, en el convenio de que nos ocupamos se comprometía Honduras a dejar pasar por su territorio, si necesario fuere, los ejércitos de los pactantes. El Congreso Nacional reunido en Tegucigalpa, por decreto del 7 de marzo facultó omnímodamente al poder ejecutivo para que concurriera a la campaña nacionalista. Consecuencia de esa campaña y de esa facultad era el tratado de Namasigüe.

Acerca de él dice el general Bográn en su mensaje del 3 de enero de 1887:

". . .En tal concepto, comisioné al inteligente y patriota Dr. don Adolfo Zúniga para ajustar la paz con Nicaragua, representada por el honorable general Joaquín Zavala, y con El Salvador y Costa Rica, representadas por el honorable general don Lisandro Letona. Tratóse la cuestión en mi presencia, con la cordura y elevación de sanos propósitos en que abundaban los tres agentes en pro de la paz, la dignidad y el interés de Centro América, y sin ofender en lo más mínimo ni la dignidad ni los derechos de la República de Guatemala, nuestra amiga aliada. Se firmó en consecuencia el convenio que lleva el nombre de Tratado de Namasigüe; convenio que hirió en el corazón a los bochincheros de oficio, que querían la guerra, porque la guerra es para ellos profesión para ganarse la vida y para llenar ilegítimas ambiciones. Y en verdad, el convenio de Namasigüe, altamente patriótico y digno, les arrebató la ocasión propicia de anarquía que produjeron la muerte del general Barrios y el singular entusiasmo guerrero que se había despertado en el ánimo de los señores Presidentes doctores don Rafael Zaldívar y don Adán Cárdenas".

Bográn, por habilidad, por instinto, o porque lo protegía su estrella, conjuró una tempestad para Honduras en Namasigüe, porque el poliquiterismo faccioso y homicida ululaba ya alrededor de la sangre que había empezado a derramar el dictador de Guatemala.

(El Cronista, Nº 3.685, 1926).

POR CASUALIDAD

Hace dos años, más o menos, que escribí en Granada un artículo a propósito de la política de Honduras, y como pretexto tomé dos libros, uno del Dr. Rómulo E. Durón, La Provincia de Tegucigalpa durante el Gobierno de Mayol, y otro de Fernando Somoza Vivas, intitulado La Reivindicación.

Aquel artículo, que obedecía a circunstancias políticas del momento y no al deseo mío de analizar los citados libros, fue atribuido a don José Dolores Gámez, quien hizo la conveniente aclaración en El Comercio de Managua.

Hago esa relación para demostrar que jamás se me ha antojado escribir algo sobre los libros publicados en Honduras, y que si lo hago hoy acerca de una historia patria elaborada por don Félix Salgado, es por puro pasatiempo, y porque el hecho concreto a que me voy a referir tiene cierto sabor de actualidad.

Por casualidad leí en un folletito titulado **La Biblioteca**, la conclusión de uno como trabajo histórico firmado por el señor Salgado, y como en él hace referencias a sucesos contemporáneos que hasta los niños de diez años han presenciado y comprendido, voy a permitirme una mala crianza con don Félix, por haberse convertido en encubridor de la verdad histórica, no obstante de que historia se llama su trabajo.

Quiero prescindir de las condiciones puramente literarias del libro. Se toma un capítulo... y más valiera tomar una acta municipal. Don Adolfo Thiers meditó mucho tiempo para escoger un modelo a fin de preparar su obra monu-

mental de **La Revolución, El Consulado y el Imperio** y cuentan que Thiers era literato insigne, y había leído a Herodoto, comprendido a Jenofonte, analizado a Salustio, admirado a Tácito y hojeado a todos los historiadores modernos, desde Maquiavelo hasta Federico el Grande.

Pero don Félix, sin preparación artística ninguna, toma un montón de hechos, los pone unos tras otros, como quien coloca las cartas de un naipe, y sin correlación, sin engranaje lógico, sin la sindéresis indispensable que selecciona el hecho y lo analiza, se pone a escribir un libro para que lo lean en las escuelas los niños de toda la República. ¡Y esos pobres inocentes van a deglutir ese estilo y a retener ese relato simplón y falso!

Pero todo eso nos importa muy poco, puesto que con no leer nosotros el librito nos evitamos su repugnancia. Lo que sí nos llamó la atención es el hecho de que don Félix Salgado, Abogado y Pedagogo y hombre honrado, dice que don Manuel Bonilla, en el año memorable de 1904, y el 8 de febrero, se vió obligado a suspender las sesiones del Congreso Legislativo reunido a la sazón, porque no había quórum, es decir, porque no llegó al recinto del Congreso el número de diputados requeridos por la ley para que aquel alto Cuerpo pudiera abrir sesiones. Y agrega don Félix que varios diputados fueron encarcelados, después, por considerárseles culpables de los delitos de rebelión y otros varios de grave responsabilidad.

¿Dónde estaba Ud., don Félix, el 8 de febrero? De seguro en su casa, o a noventa leguas de la capital. Ud., don Félix, ni en aquel entonces ni hoy se ha dado cuenta de los motivos íntimos que tuvo el General Bonilla para dar el golpe de Estado; pero esa ignorancia suya es perdonable, porque no es Ud. hombre que conozca la trama secreta de los designios de los partidos políticos; pero es imperdonable que tergiverse los hechos recientes, que han entrado en el dominio público. Todo el mundo sabe que don Manuel Bonilla

se echó sobre el Congreso Nacional, el cual no sólo estaba reunido con sobra de diputados, sino que se había declarado en **sesión permanente**, esperando así una respuesta del Ejecutivo.

¿Por qué Ud. dice que no hubo quórum? Once mil veces hemos visto falseada la verdad acerca de aquel acontecimiento: unas por decretos del Ejecutivo de aquella época, otras por la prensa periódica, otras por correspondencias epistolares, y algunas en folletos nítidamente impresos; pero jamás nos habíamos sorprendido ni disgustado, puesto que los que tal hacían obraban conforme a una consigna de política militante. Lo que si nos extraña, es que Ud., hombre manso y pacífico, cambie la verdad en un libro didáctico que servirá para la enseñanza de la juventud del porvenir. Si Ud. lo hizo por ignorar los hechos relatados, merece el perdón de sus conciudadanos, siempre que con toda hidalguía incinere públicamente lo escrito; pero si Ud., a sabiendas, quiso engañar a las generaciones futuras, por tener una complacencia presente con el señor ex-Presidente de Honduras, entonces, ah, entonces, Ud. ha defraudado el buen concepto que de Ud. hemos tenido sus amigos.

Se dirá que por ser una obra elemental, no debe ir adornada de la dicción elegante y clara, y por la misma razón nada importa que en ella se falte a la verdad. Ud. ha sido director de escuelas públicas y de colegios de segunda enseñanza, y tiene obligación de saber que una mentira que se le enseñe a un alumno, equivale a una puñalada moral, y también sabe que las enseñanzas mal dichas o escritas, son perlas en el estercolero. Por lo demás, debe Ud. comprender que es muy arriesgado eso de analizar con criterio histórico los hechos de actualidad. Sólo el tiempo los depura y aclara, revelando documentos privados, conversaciones, cartas, confesiones y memorias. El golpe de Estado del 8 de febrero, generador de la revolución que acaba de pasar, no lo conoce Ud. en sus elementos genésicos simples, ni puede apreciar

la trascendencia que tendrá, puesto que la presente restauración no es más que una forma de esos efectos.

Conviene, pues, para su buen nombre, que bonitamente y sin que nadie se entere, destruya todos esos cuadernos, porque si hay en sus libros algunos capítulos que no sean falsos, de seguro no hay un solo bien escrito.

Sé que en este mi país acostumbran disgustarse, y aun pelearse, los autores cuando alguien los sorprende en infracciones de forma o de fondo; pero eso no me impedirá decir la verdad siempre que la crea necesaria; y después... que salga el sol por Antequera.

(La Prensa, Nº 19, Tegucigalpa, abril 30 de 1907)

UN CHISME AL VIENTO

Yo no soy historiógrafo, ni nada; pero ahora que se debaten por la prensa algunos episodios de nuestros hombres que fueron, se me viene el recuerdo de un chisme que persona erudita y vieja me refirió en Guatemala en septiembre del año anterior.

No respondo de la veracidad del cuento, ni me impulsa intención buena o mala al repetirlo. Lo copio como quien alude a un chiste de almanaque. Si es falso, me alegro; si fuere cierto, me parece que sería indiferente para la suerte que le espera a esta América del centro.

Pues este era un presidente que se llamaba Gerardo Barrios y gobernaba en una tierra que responde al nombre de El Salvador. En el vecino país, Guatemala por más señas, regía los destinos de la sociedad un caudillo adorado por los pueblos, cuyo nombre de pila fue Rafael Carrera.

En cierta ocasión —la fecha no hace al caso— se reunieron las dos majestades, la primera tan liberal como una huelga de bolcheviques, y la segunda tan cachureca como un convento español de los dulces tiempos de Fernando **narizotas.**

El general Barrios, con el tono circunspecto que exigen las conveniencias nacionales, propuso al general Carrera que se dividieran el territorio hondureño. Los argumentos eran pertinentes y perfectos en la lógica de los beneficios mutuos.

Oyó con mucha calma el dictador chapín la sugestión del mandatario cuscatleco. Su ojo ladino relampagueaba, y

su mente, quizás no tan obscura, atendió con fijeza el desenvolvimiento que hacía su interlocutor del plan que tan oportunamente concibiera. Al cabo dijo don Rafael.

—¿Qué diría Ud. general Barrios, si se tratara de dividir entre Honduras y Guatemala el territorio salvadoreño?

—¡Oh señor, eso no puede ni suponerse! El Salvador es una nación soberana e independiente, que tiene derecho a la vida, y sabrá en todo caso defender su existencia y su integridad.

—Pues lo mismo, señor, lo mismo que dicen los salvadoreños dirían los hondureños. No podemos echarnos sobre una república que se ha constituido como entidad libre.

Meditó un rato don Gerardo. En las perplejidades de su pensamiento retozaba la ambición, y ésta, más poderosa que la prudencia y que el respeto al fuero ajeno, le inspiró otra maniobra.

—Pues bien, Gral. Carrera replicó, si Ud. no acepta mi propósito, prométame guardar una neutralidad absoluta, y yo anexaré Honduras al Salvador. Respondo de realizar mis intenciones si Ud. no me lo impide.

Sonrió don Rafael con una malicia atávica de siete siglos. Miró a su colega con infinita ternura, y con el tono más cordial y meloso observó:

—Mire Ud., Gral. Barrios, mi gobierno es más fuerte que el suyo. Y si yo, que puedo cojerme a Honduras sin que nadie me lo impida, no lo hago, ¿cómo cree Ud. que puedo permitir que Ud. se la coja, pudiendo yo evitarlo?

Muchos creen que no hay en nuestra historia raquítica lances curiosos y bonitos. El que apunto es de los buenos y de pura prosapia legendaria. No pretendo yo sacarle moraleja, porque empiezo por ignorar su autenticidad; pero si resultara verídico ese diálogo ¡qué de reflexiones no provoca en los ánimos meditativos!

En nuestros tiempos cambió la plataforma política, no sólo en el bello central del nuevo mundo, sino en todo el continente. Ya no podrían los gobernantes istmeños atrapar por la fuerza un territorio extraño, porque existe un poder más alto que la ley internacional, y ese control que sirve de garantía reside en la misma conveniencia que sostiene el panamericanismo de Washington.

Pero en resumen ¿cuál estado es mejor para los hondureños, el presente, cuando los Estados Unidos impiden la invasión recíproca de los caribeños, o el pasado, cuando el garrido don Gerardo quería suprimirlos?

Yo creo que ambos estados son buenos y son malos. La más honda lección de filosofía es ésta: Si Dios nunca concede todo el bien deseado, tampoco nos oprime con todo el peso del mal. Siempre, en las peores situaciones, asoma un rayito de luz, que es un destello de esperanza.

(El Cronista, Nº 2,256, junio 10 de 1920).

EL ORADOR DE LOS PALITOS

Cenábamos algunos hombres en Puerto Cortés, y a la hora de los brindis hablaron varios con soltura magnífica. Nuestro buen amigo Mr. Alger, cónsul americano en aquel lugar, se puso de pie y empezó su discurso con entonación resuelta: "Señores, brindo por Honduras, tierra que en otro tiempo fue teatro de invasiones piratéricas... "Allí terminó y confundido sentóse, diciendo que lo demás se le había olvidado. Todos guardamos silencio por un momento y en seguida empezó nuevamente la charla.

Pasado un instante Mr. Alger dijo: "¡ya me acordé!", y tomando la copa de champán en la mano comenzó otra vez: "Señores, brindo por Honduras, tierra que en otro tiempo fue teatro de invasiones piratéricas... y cayó anonadado en la silla, por causa de la infiel memoria. Los comensales ya no resistieron más, y estalló una tempestad de aplausos y de risas. Estimulado por la ovación, el orador se exalta, y da el mismo toque: "Señores, brindo por Honduras, tierra que en otro tiempo fue teatro de invasiones piratéricas"... Ultimo fracaso que aumenta el regocijo común y deja al autor convencido de que es preciso guardarse para mejor ocasión.

Al siguiente día, cuando en cordial plática se comentaba el rasgo de Mr. Alger, éste, risueño, se lamentó de haber echado a perder su discurso, tan bonito, en su concepto, y ya más sereno lo recitó valientemente.

Casos muchos, infinitos, registran las crónicas de alocuciones famosas por su originalidad. Había en Granada en tiempo de los conservadores, un caballero de apellido Lacayo,

entusiasta arengador público. Le llamaban **el orador de los palitos**, porque en cada elección municipal se erguía en una esquina, con unas ramitas en la mano, y decía al grupo de espectadores: "Ciudadanos, mirad cuan fácilmente quiebro este palito: pero si reuno dos, ya tengo que hacer mayor esfuerzo, y más y más a medida que los junte en un manojo, hasta no poderlos quebrar con el vigor de mis manos. Pues así es el pueblo, señores, si se reúne todo en una voluntad común, vencerá siempre".

Después, en tiempo del Gral. José Santos Zelaya, un amigo de Lacayo le recordaba sus ímpetus demagógicos, excitándolo para que volviera a las lides de la palabra.

—Hum, contestó él, mi discurso de los palitos era eficaz en aquellos tiempos de bonanza, pero ahora, menos, compañero, porque se convertiría en palos, gravitando sobre mis partes pósteras.

(El Cronista, Nº 604.—1914).

LA FUGA DEL PATOJO BARRIOS

1809-1865

Murió en esta ciudad de Tegucigalpa, hace varios días, el general don Ricardo Streber. Este viejo militar, de pura sangre alemana, tomó parte muy principal en la política turbulenta de Centro América. Fue amigo de Máximo Jerez, de Trinidad Cabañas, de Gerardo Barrios, de José María Medina, de Céleo Arias, de Justo Rufino Barrios, de Marco Aurelio Soto, de Ramón Rosa y otros muchos hombres ilustres que sobresalen en la convulsiva historia secular del istmo.

El general Streber, en los últimos años de vida, intentó escribir sus **memorias.** La fatiga de algunos viajes y los achaques de la edad le impidieron dar cima a tan loable proyecto. Algo muy curioso e importante habría legado al acervo de los anales patrios. De las pocas páginas que redactó, conservo un ejemplar. Este contiene datos íntimos sobre los acontecimientos comprendidos en el período de 1850 a 1863.

Refiere Streber la fuga de Gerardo Barrios. Después de la batalla de Coatepeque, el 24 de febrero de 1863, en la que fue derrotado el presidente de Guatemala, Rafael Carrera, éste procuró reparar su descalabro, y con tal fin tomó la ofensiva en el mes de junio del mismo año preparando la defección del mariscal Santiago González, en Santa Ana. El ejército guatemalteco se dirigió a San Salvador, y Barrios tuvo que huír a la cabeza de trescientos hombres, perseguido por más de cinco mil que comandaba **Gonzalón.** El fugitivo buscó tierra de Honduras, pero el jefe de este país, general

José María Medina, aliado de Carrera, apostó tropas en la frontera para capturarlo. El Patojo heroico tuvo que regresar de incógnito a la ciudad de San Miguel, ocupada a la sazón por algunas fuerzas hondureñas y nicaragüenses.

En esta población habitaba la casa del presbítero Cruz el Dr. don Carlos Bernhard, padrastro del general Streber. Tal inmueble colindaba con la casa de Barrios. Este llegó una noche a tocar la puerta del domicilio del Dr. Bernhard, pasando a continuación, por la tapia divisoria, a su propiedad. De allí saltando muros, llegó hasta el hotel que explotaba en aquel entonces un súbdito alemán amigo suyo.

En San Miguel se había publicado un bando ofreciendo veinticinco mil pesos por la captura del **Patojo.** El hotelero alemán que le dió acogida lo alojó en una pequeña pieza inmediata a la cantina. Como a las diez de la noche reuniéronse en el establecimiento más de cuarenta oficiales del ejército perseguidor resueltos a beber y a reír. El hotelero maleante les gritó en un momento de buen humor:

—Señores, si apostamos dos cajas de champán yo les digo donde está el general Barrios.

—Apostadas, replicaron en el acto, pagando a continuación el valor del líquido espumante. Y cuando ansiosos interrogaban:

¿Dónde, dónde?

—Aquí en mis calzones, replicó el tudesco socarrón.

Se armó una gresca de filisteos, pues los sayones de sable se habían embriagado, pero el germano era sujeto de puño recio y salió con gloria de aquella trapisonda. A las dos de la mañana del nuevo día escapó Barrios a uña de caballo con destino al puerto de la Unión, adonde llegó ya muy entrada la noche, hospedándose en casa del cónsul americano Mr. Livingston, Este se encontraba en Estados Unidos, pero su

esposa, partidaria y admiradora del general Barrios, supo recibirlo y ocultarlo.

Pasadas cuarenta y ocho horas la señora de Livingston recibió la visita del general González, quien trataba de inquirir la verdad sobre la permanencia del **Patojo** en el edificio del consulado, para lo cual dirigió la interrogación correspondiente a la digna matrona.

—Sí, señor mariscal, le contestó la gentil dama, el general Barrios se encuentra en mi casa, y si Ud. gusta se lo mostraré al instante.

—Son mis mejores deseos, musitó Gonzalón.

La señora guió al mariscal hacia el dormitorio. En su lecho había colocado el retrato del perseguido.

—Ahí tiene Ud. al general Barrios, exclamó con la mayor gracia y desenvoltura.

Ese mismo día, a las dos de la tarde, desembarcaron cien marinos de un buque de guerra norteamericano surto en la bahía. Se esparcieron por el puerto en la más alegre juerga. Apuraban wiskey en las cantinas y cortejaban a las mozas callejeras. A las nueve de la noche llegaron al consulado de su nación entonando cánticos patrióticos. De ahí sacaron en brazos a un oficial con uniforme de la marina yanqui. Al parecer la borrachera lo había postrado. Con dicho individuo a cuestas los marinos atravesaron el muelle, donde el mariscal González tenía una guardia considerable para impedir que Barrios se embarcara.

Pero aquel oficial conducido como ebrio era Barrios. Gracias a esa estratagema logró burlar la vigilancia enemiga. El vapor levó anclas a las doce rumbo a Panamá, después de disparar seis cañonazos irónicos, saludando al puerto y despidiéndose del ameno Gonzalón.

(Revista "Alma América", Nº 3, octubre de 1925).

VICENTE ACOSTA

1867-1908

En la agitación en que vivimos en estos momentos, por la situación anómala del país, ha venido a sorprendernos dolorosamente la muerte de don Vicente Acosta, amigo y colaborador inteligente en nuestras labores periodísticas.

Se ha ido el señor Acosta como por sorpresa, pues al parecer su enfermedad no era mortal. Se ha ido en un momento, para un viaje sin fin, dejando en este mundo recuerdos buenos, amigos leales, labor mental fecunda y un mar, tal vez, de ilusiones muertas.

Ya no era un joven de vivas fantasías y de locuras pasionales. Era un hombre serio, con ideas fijas, con juicio definido, con un criterio seguro sobre las causas que impulsan las luchas de los hombres. Poeta culto y fino, llegó a alcanzar el primer puesto entre los inspirados de su país.

Acosta era solo, sin padre, sin madre, sin familia. Había concentrado su vida afectiva al amor de las letras. Pagó tributo al medio ambiente; y envuelto en las campañas políticas de El Salvador, salió expulsado de aquel país, a principios del presente año.

¡Qué impresiones abatirían su alma delicada, al verse lejos de la patria, moribundo, en el pobre lecho que proporciona siempre el destierro!

Hombre de intelecto cultivado y de espíritu lozano, tenía lisonjeras esperanzas para el porvenir; y con la conciencia segura de su valer, veía hermosas claridades en el horizonte.

Pensaba, en sus halagadores proyectos, ir de aquí a México, y allá, en un teatro más amplio, en una civilización superior, dedicar sus ènergías a la conquista del Arte.

Pero todo acabó de un golpe. Del poeta quedarán sus cantos, engalanando la poesía de Hispano-América; del hombre quedará el recuerdo, que se irá apagando día por día, en la extensión sin límites del tiempo.

¡Pobre Acosta, pobre amigo! En su patria lamentarán su muerte, y reconocerán sus méritos; pero ya tarde, como sucede siempre.

La Prensa, que se honró con su colaboración diaria, siente profundamente la muerte del amigo y compañero, y dedica a la memoria del infortunado poeta sus frases más sinceras de cariño.

(La Prensa, Nº 398, 24 de julio de 1908).

RUBEN DARIO CONFESANDOSE

1867-1916

La muerte de Rubén Darió ocupó durante muchos meses las columnas de los periódicos de las naciones de ambos mundos que hablan español. Poetas, oradores, periodistas y amigos ilustres del ínclito panida, desfilaron por las páginas de la prensa dando vuelo a las manifestaciones del cariño y de la admiración. Y también barajó la letra de molde el enjambre de aficionados, esos aspirantes a literatos que buscan el tema sensacional para arrojarse sobre él con todo el afán de los noviciados insaciables. Si Alejandro, César y Napoleón han soportado el aluvión de prosa de varios siglos, Morazán y Darío en Centro América van corriendo la misma suerte.

Por eso las almas modestas se abstuvieron de hacer coro en el duelo de las Musas cuando el gran lírico exhaló el último suspiro en la ciudad de León, allá donde el turpial trina al viento. Perteneciendo yo a esa legión de los humildes, y sin poder escribir algo digno sobre el autor de "Azul", me conformaré con relatar un suceso de sus postreros días.

Bien sabido es que Darío vino de New York a Guatemala. En la populosa urbe yanqui, el poeta, enfermo y desvalido, se acordó del gobernante chapín. El Licenciado don Manuel Estrada Cabrera acogió benévolamente al vate errante.

Doloroso es confesarlo, pero hay que decir que Darío fue alcohólico. Lo que primero pierden los dipsómanos es la energía de la voluntad. La abulia los domina pronto, aunque conserven por mucho tiempo su lozanía intelectual. Era el

amable poeta bastante débil en la persecución de sus propósitos, y a su natural blando y complaciente se unía el hastío que le causara su cruel dolencia hepática. Vegetaba como un asilado, consolándose en su soledad con el afecto que le prodigaran sus amigos y devotos en el arte.

Pidió un día que le buscaran un asistente bueno y servicial, contrataron a un ciudadano llamado Francisco, ayudante enfermero de las hermanas de la caridad. Bondadoso el tipo, campechano y rezador. El celo religioso del mucamo se impuso en el ánimo del artista. Este lanzaba quejas como las de Job, y Francisco le reprendía bíblicamente.

—Don Rubén, Ud. está mal porque no se confiesa.

—Don Rubén, Ud. se ha olvidado del Señor y recibirá su castigo en el otro mundo.

—Don Rubén, Dios no se apiadará de Ud. si no se arrepiente de sus culpas.

—Don Rubén, Ud. ha pecado sin lavar su conciencia en muchos años....

Y esa admonición continua, repetida sin misericordia, conturbó el espíritu de Darío, quien cayó en un melancólico aplanamiento de alma, hasta que, no pudiendo resistir los salmos del sacristán,, accedió a sus ruegos. Se confesó el poeta eximio ante un cura reticente de la orden de los Paulinos.

Fue religioso Rùbén Darío? Por lo general todo gran artista lo es. Pero fue poco místico. Su juventud tiene sabor pagano. La portada de su libro "Cantos de Vida y Esperanza" empieza así:

"Yo soy aquel que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana".

Su poesía bebe en todas las fuentes a pesar de su persistencia en cultivar el entusiasmo por Hugo y por Verlaine. La

idea de Dios no surge en sus versos como la esencia constante de las atracciones de un ideal. Canta la naturaleza con cierta voluptuosidad de pecador insaciable. A veces vulgariza hasta lo cursi el concepto del Todopoderoso. En su poema Anhacke la paloma hace su propia apología.

"Soy feliz porque es mía la floresta
Donde el misterio de mis nidos se halla,
Porque el alba es mi fiesta
Y el amor mi ejercicio y mi batalla".

....

....

"Porque no hay una rosa que no me ame,
Ni pájaro gentil que no me escuche,
Ni garrido cantor que no me llame
Si? dijo entonces un gavilán infame
Y con furor se la metió en el buche".

Acto contínuo, Dios allá en su trono, repasa sus cálculos, cambia sus puntos y sus comas, y acaba por confesar que cuando creó palomas no debió haber criado gavilanes. Mientras tanto Satanás ríe a todo trapo.

No es, pues, la de Darío una mente atormentada por los altos problemas de la metafísica. Los misterios del Mundo no lo atraen. Inteligencia cerrada al mal, intención blanca, vivió acariciado por la música de su ritmo, rondando la periferia de las cosas, sin ruta fija, vagando de un soneto a un poema sobre una mujer desnúda y bella. No tuvo siquiera la filosofía de Guerra Junqueiro, quien de un grano de trigo hace una ofrenda maravillosá a la sabiduría del Omnipotente.

Se confesó Rubén Darío. El sacerdote que recogió sus secretos le previno que para merecer la absolución debía reconciliarse con su esposa, la que en Nicaragua reside. Some-

tióse el poeta, su consorte fue llamada, y en santa paz se unieron nuevamente, regresando juntos a la tierra natal.

Y Francisco, el enfermero que consiguió el cielo para el poeta, pasará ignorado en la historia al mismo tiempo que se agiganta la figura del aeda en los ámbitos de la fama.

(Revista "Alma América", Nº 2, 18 de octubre de 1925).

2 DE ABRIL DE 1885

Después de las campañas gloriosas de Morazán, de las agitaciones de Gerardo Barrios y de los esfuerzos de Máximo Jerez, no se ha dado otro empuje más audaz en favor de la unión de Centro América que el intentado por Justo Rufino Barrios, en 1885, que terminó en Chalchuapa, con la muerte heroica del caudillo.

Entonces, como siempre, se opusieron los intereses encontrados que interpone constantemente la política local; y el Primer Jefe Militar de Centro América, que inició tan hermosa y osadísima cruzada, cayó envuelto en su manto de púrpura, mientras las divisiones de la familia común se ahondaban hasta lo increíble.

Se opusieron también, en aquella época, intereses que se agitaban más allá de la América Central; y cuando el Reformador comprendió que su lucha sería estéril; cuando pensó que crecían, agigantándose, los obstáculos; cuando vió con claridad lo infecundo de una campaña costosa y épica, entonces, herido de muerte su ideal, se lanzó sobre las trincheras enemigas con la tranquilidad de un Dios.

Queda en pie para muchos la discusión de si la unión de Centro América se llevará a término feliz por medio de la evolución pacífica, mediante el acuerdo cordial de las naciones que la necesitan y desean, o si en cambio, para coronar semejante obra del patriotismo se necesita una espada que fulgure.

Los ensayos no son estériles jamás, porque los unos dan el triunfo y los otros dejan sabias experiencias. El es-

fuerzo de Justo Rufino Barrios ha sido como un sonoro campanazo que ha hecho recordar a la juventud dorada el testamento de Francisco Morazán. Y de esa juventud que anhela, saldrá el cerebro que combine o la espada que decida.

El 2 de abril es un día de duelo federal, porque es luctuosa toda fecha que señala una caída de la esperanza; y si ésta ha renacido en los espíritus libres, tiene en su historia ocasos que han sido contemplados con suspiros y lágrimas, aunque, también, es verdad, tiene auroras saludadas con aplausos y sonrisas.

(La Prensa, Nº 305, 2 de abril de 1908).

ALFONSO XIII EN AMERICA

1886-1941

Comentando **El Imparcial** de Madrid el progreso alcanzado por una de las naciones del nuevo Continente, lanza la idea de que, para borrar el ingrato recuerdo de errores históricos que tanta sangre, esfuerzos y llanto costaron a España, Su Majestad Alfonso XIII debería visitar a la América, desde la Federación mejicana hasta la floreciente República Argentina. Y esa opinión, tan oportuna, tan fraternal, tan española, que es como decir tan hidalga, se va extendiendo como la onda, en la opinión pública de la madre patria, y tal vez, pronto, se convierta en un deseo y en un propósito de Su Majestad Católica.

Que venga el Rey de España a esta América española. Ni Carlos V, ni Felipe II vinieron; ni Carlos III, ni Carlos IV, ni Fernando VII, tuvieron jamás el pensamiento de cruzar el Atlántico para venir aquí, a estas tierras incultas, pero castellanizadas, con los brazos abiertos, con el corazón henchido de amor para estas prolongaciones espirituales de la vieja España. Colón salvó la distancia de mundo a mundo, y tras él, en corriente interminable, llegaban los hijos de Iberia pero no con el alma preparada para amar y proteger a los aborígenes, sino con la espada hendiendo el aire, con el rostro fiero, y rompiendo sus lanzas en los pechos de los desventurados indios con el mismo coraje con que las rompían contra los infieles, en las prolongadas luchas de moros y cristianos. Y por encima del odio del conquistador para el esclavo, estaba la codicia, la gran codicia, esa misma que con el nombre de botín de guerra ha impulsado el ardor

bélico de un Pirro, de un Marco Antonio, de un Cid Campeador o de un Pizarro. Los grandes capitanes, tan heroicos, tan indomables, realizaron proezas épicas, y al mismo tiempo robaban serenamente, sin escrúpulos, porque ese era el único modo de adquirir, entonces, en estos desiertos del nuevo Continente.

Y después, trescientos años más tarde, llegaban los Murillos, no con la palabra evangélica en los labios, sino con huestes aguerridas, a sostener por un momento más el poderío de España, a ahogar, a sablazos, el grito de independencia lanzado por Bolívar, que resonó, vibrante, en más de la mitad del nuevo mundo.

Pero todo eso pasó. Hoy las jóvenes Repúblicas ven con ojos de amor a la madre común, y España dirige sus miradas de cariño a las naciones nuevas, y la una y las otras se quieren, se necesitan, se perdonan, y se atraen.

Cuando los súbditos de Carlos V clavaban la cruz de Cristo, en las montañas de América, en señal de posesión, el gran Rey no hacía más que preparar una guerra de independencia, y sus dominios no podían ser permanentes, por que su poderío no estaba cimentado en la conciencia; América jamás fue de Carlos V.

Pero si el Rey Alfonso XIII viene a este Continente, en esta época de civilización y confraternidad, tomará posesión de todos los corazones de los ciudadanos libres, y cada uno de nosotros pagará tributo a su Rey, no en barras de oro ni de plata, sino en simpatía, en adhesión, en cariño, y trabajará con entusiasmo por los intereses comunes de la raza, por su porvenir y su grandeza. América será de Alfonso XIII.

(La Prensa, Nº 246, 1908).

LEE ROY CANNON

Ha pasado ya el interés palpitante que despertó la muerte de Lee Roy Cannon. El reposa cerca de las corrientes de San Juan, en el silencio solemne, y el General José Santos Zelaya, nostálgico y sañudo, detendrá su marcha y su destino en la vieja y culta Europa. El hombre puede provocar las circunstancias, pero en política sólo las circunstancias hacen al hombre. Zelaya y Cannon constituyen la demostración más convincente.

Ambos cayeron: el uno en la escasa profundidad de una sepultura cavada de prisa, fosa de prisionero rematado; el otro descendió de un poder defendido durante diez y seis años, y amado por más tiempo. Terminó su jornada en su patria, pero vivirá en la historia, condenado o absuelto, siempre en primera línea, porque él marcará el punto de partida de una nueva orientación en la política de la América Central. Que los historiógrafos o los patriotas lo juzguen.

El 5 de julio de 1908 algunos emigrados descontentos iniciaron un movimiento de guerra contra el Gobierno actual de Honduras. Debelada la revolución, fue capturado Lee Roy Cannon, el 31 de aquel mes, cuando se dirigía hacia la frontera de El Salvador en busca de asilo y garantías. Era yo Secretario de la Comandancia General de la República, y en tal carácter se me comisionó para que interrogara al prisionero Cannon, cuando éste llegó a la Penitenciaría de Tegucigalpa. El Ejecutivo tenía interés en conocer la trama original de aquella invasión, para presentar pruebas fehacientes ante la Corte de Justicia Centroamericana, de Car-

tago, ante quien había interpuesto demanda formal contra los Gobiernos de Guatemala y El Salvador.

Jamás podré ser Juez inquisidor. El interrogatorio traidor y capcioso a que los Jueces someten a los reos, es repugnante. Eso de sorprender a la víctima con preguntas intempestivas, con rodeos arteros, con insidia mental de bandido, me parece odioso. Con Lee Roy Cannon tampoco era posible ese sistema. Hombre inteligente y conocedor de todo empaque político contemporáneo de Centro América, no se dejaba coger por inocente.

Fue de buena estatura, macizo, de rostro simpático y de ojos penetrantes y profundos. La primera vez que hablé con él estaba recostado en el duro lecho de una celda; me puse lo más en carácter que era posible, y al hacerle comprender, en tono seco, que debía declarar la verdad sin reticencias, se incorporó nervioso, y sin disimular su impresión me contestó:

—Y bien, ¿me piensan fusilar? Tentado estuve a decirle que sí; más mi espiritu elemental se resistió. No me impresiona el hecho de que se fusile a los criminales, porque es lo justo y decente; pero en aquella ocasión la broma hubiera sido de mal gusto. Ni había ese propósito, porque, vencidos los insurgentes, no cabía más que el olvido y el perdón.

Al final del interrogatorio se me ocurrió preguntarle cuáles eran los motivos que tuvo para tomar parte en aquella malhadada guerra, preparada contra un Gobierno que ningún daño le había causado. Y con la mayor viveza, denunciando al filibustero de pura raza, me dijo al punto:

—¡Porque la guera es muy alegre! En conversaciones sucesivas le hablé de la resolución del Gobierno de Washington, relativa a considerar como piratas, y a castigar como tales, a los ciudadanos americanos que se tomaran con las armas en la mano en las guerras intestinas de esta América

del Centro. Esto lo sorprendió, meditó largo rato, y a continuación me refirió el cruel castigo que dan en su país a los condenados por aquel delito.

No obstante las mortificaciones que me causó con su impertinencia en negarse a declarar la verdad, Cannon me fue simpático. Su memoria privilegiada hacía interesante su charla, pues recordaba nombres, tipos y lugares con verdadera precisión. Me habló largamente del General Zelaya, por quien cultivaba odio cordial, y me manifestó que no tenía más interés en Centro América que el de hacerle la guerra a aquel Presidente, contra el cual estaba resuelto a luchar siempre, sin reposo, hasta verlo derrocado. ¡Cosas del destino! Cannon, cuya muerte constituye el tropezon mayor que precipitó la caída de Zelaya, voló al otro mundo ignorando que su nombre sería un argumento y una historia. La venganza es una delectación para las almas impulsivas, pero aquel audaz americano no la gozó en esta vida terrenal.

Más tarde, en la prisión de Choluteca, confesó Lee Roy Cannon algo de lo que conocía acerca de la génesis de la guerra de julio de 1908, y una amnistía posterior le dió completa libertad. No supe más de él por algún tiempo.

Me hallaba en la ciudad de New York, cuando en Bluefields se lanzó el grito de guerra contra el Presidente Zelaya. Al parecer, aquel Jefe, con su práctica en ahogar revoluciones, y contando con elementos previsoramente acumulados en muchos años, sofocaría al momento la tormenta que se levantaba rugidora en las orillas del Atlántico. Las peripecias de los combates principiaron, y las balas hendieron los aires, recordando a los hombres que la lucha, que es fecundo elemento de vida, se convierte a veces en lamentable carnicería estéril.

De repente, en un instante, repercutió como un trueno gordo en el inmenso territorio americano la noticia del fusilamiento de Cannon y Grace. Aquel gran pueblo se estremeció

de coraje, porque el aviso fue dado exabrupto, como denunciando un crimen del Gral. Zelaya cometido en conspicuos ciudadanos yanquis. Entonces empezó la leyenda. Cannon fue por algunos días un Duguesclin, un Cid Campeador, un esforzado aventurero que hería la imaginación y arrebataba el ánimo. Zelaya desde aquel momento gravitó sobre el desastre. Pero hay que ser veraz: también su caída fue estrepitosa y resonó retumbante en ambos continentes.

Se necesitó que transcurrieran algunos días para que, serenos los criterios, juzgaran más certeramente. El hecho se discutió, hubo opuestas opiniones, y la biografía de Cannon fue escudriñada con esa actividad febril de la prensa americana. El paladín homérico de un día se redujo a su expresión real y vulgar. Canonn fue niño rebelde, hijo desconsiderado y amigo de aventuras. No tenía profesión técnica ninguna, ni era militar americano. Cuando la guerra contra España no lo quisieron aceptar como voluntario en el ejército, por sus malos antecedentes, y sólo después de muchas súplicas lo agregaron en calidad de ayudante en un cuerpo de Ingenieros.

Grace, sentenciado a muerte, pidió perdón con humildad impropia. Cannon, sombrío, guardó el silencio del valiente y del convencido. Zelaya sepultó a un enemigo tenaz y osado; pero el cadáver de ese enemigo pudo más que los batallones revolucionarios.

La guerra de Nicaragua........... silencio! La voz del cañón atruena las selvas y las cumbres. El indio, mi hermano, cae como víctima propiciatoria en todas las luchas fratricidas. Legatarios de más de trescientos años de esclavitud, somos todavía siervos del caudillo, vivimos en plena tribu, sustituyendo al amo con el candidato. Hijos de la conquista, lloremos sobre los restos de nuestra desventurada raza!

(La Prensa, Nº 946, Febrero de 1910).

MANUEL CORONEL MATUS

La muerte de Manuel Coronel Matus fue trágica. El suicidio puso fin a aquella inteligencia clara, nutrida y activa, en la capital de Nicaragua, en el mes de agosto próximo anterior. Hombre de importantísima labor literaria y política, fue considerado en su país, con razón y justicia, como uno de los representantes más salientes de la cultura nacional.

Conocí al Dr. Matus en la Universidad de Tegucigalpa, donde él explicaba lecciones de Sociología y de Literatura Forense. Siendo su discípulo primero, fuí su amigo después y su compañero de trabajos profesionales en la cálida y alegre ciudad de Granada. Y como para mí sólo tuvo finas atenciones y aprecio cariñoso, si lo juzgara hoy únicamente por la simpatía que me inspiró, mis frases serían una franca y sentida explosión de duelo.

Coronel Matus poseía positivo talento literario, cultivado hasta donde es posible en esta falta de ambiente artístico. Había leído mucho y escribía con exquisita corrección. Conocía, con bastante amplitud, los movimientos de la literatura francesa que tamaña influencia han ejercido en América. Estudió el florecimiento del clasicismo atildado del glorioso siglo de Luis XIV; se penetró a fondo de la revolución romántica que se definió en 1830, al ruido de las opulentas palabras de Víctor Hugo, y analizó con empeño cuidadoso las manifestaciones del moderno naturalismo. Sin embargo de conocer otras literaturas, y algo de las muertas de Grecia y Roma, era por afición y temperamento, un clásico español. Los libros de don José María de Pereda le merecían admiración entusiasta, y sus modelos constantes fueron Don Quijote y las

demás novelas del manco de Lepanto. Quiero decir clásico en el estilo, en esa forma rigurosa, pero limpia, amena y de legítima procedencia castellana.

Fue de corazón cándido y benévolo en toda ocasión. Era sincero en sus opiniones y afectos, y sobre todo, protector decidido de lo que creía bueno y digno. Viviendo en su país tomó con frecuencia parte directa e influyente en las luchas partidaristas, y fue discutido y tuvo adversarios rencorosos.

Con cualidades sobresalientes para la concepción de los negocios prácticos, fue no obstante muy impráctico. Su temperamento nervioso lo hacía vacilar a veces, y a menudo abandonaba cualquier empresa proyectada. Trabajador incanble, era un vivo ejemplo de lo que puede la fuerza del espíritu en un organismo débil y enfermizo. Abogado de buen empaque doctrinario, fue mediano litigante, por carecer de habilidad para la triquiñuela vulgar del trámite ingrato a través de secretarios maliciosos y de jueces ladinos. Era un magnífico expositor de teorías y un creyente apasionado de la justicia legal.

Su vocación favorita fue la enseñanza. Se interesaba vivamente por todo progreso educativo, y era solícito maestro y entendido pedagogo. Pero su actividad también la desplegó en el periodismo. Como buen escritor poseía recursos para sostener cualquier campaña del diarismo, teniendo el gran mérito de no ser escritor de socaliñas, de esos que maltratan sin motivo y gozan en herir. Nuestro periodismo personalista no es la mejor escuela para guiar a las generaciones jóvenes.

En las situaciones difíciles mostró una entereza superior. Se presentó altivo en grado noble al discutir la cuestión de límites entre Costa Rica y Nicaragua, que se resolvió por el Tratado que lleva el nombre de **Matus-Pacheco;** protestó en Amapala con energía y valor contra la conducta del ex-Presidente Zelaya, cuando se convirtió en humo blanco la poética República Mayor de Centro América, nacida y muerta en

1898, y en el Congreso de Managua, en diciembre de 1909, sólo la voz de Coronel Matus resonó vibrante en un grito de protesta.

Su joven y bella viuda, y sus tiernos hijos, llorarán su muerte sin consuelo; su nombre perdurará por siempre en la historia de su patria y su recuerdo vivirá por largos años en la memoria de sus amigos leales.

(La Prensa, Nº 1.125, Diciembre de 1910).

EL OLVIDADO GURIDI Y SU CONCEPTO SOBRE LA FUERZA O DEBILIDAD DE LOS GOBIERNOS

Nadie rememora en este país al notable filólogo don Alejandro Angulo Guridi. Yo le conocí y traté bajo los auspicios de una intelectual amistad allá por el año de 1905, en la vecina república de Nicaragua. Alto el anciano, esbelto y pulquérrimo. Nacido en las Antillas, recorrió todo el continente desde New York hasta las democracias del sur, visitando en ocasiones el viejo mundo en busca de luces para su fina inteligencia.

Más que jurista, era un literato. Con retentiva privilegiada recitaba trozos largos, casi piezas enteras, del teatro de Calderón, de Lope de Vega, de Tirso de Molina, de Bretón de los Herreros... Era un varón clásico, pero clásico por los cuatro costados. En las postrimerías de su existencia —y vivió como ochenta años— su afán por la Gramática se convirtió en monomanía irritable. Sostuvo en los tiempos a que me refiero varias polémicas ruidosas por cualquier quisicosa, un galicismo, una cacofonía, un pleonasmo, una falta de concordancia, por todo en fin lo que a él se le antojaba monstruosidad digna de una catástrofe idiomática. Durante varias semanas la prensa periodística echó chispas a propósito del verbo **intitular.** Angulo Guridi afirmaba que sólo en esta forma se usa, y sus contricantes, también puristas, salieron al palenque demostrando que también es lícito, conforme a las leyes de la lengua, decir **titular** a secas.

Y lo sensible para mí era que en discusión tan ajena a los personalismos, la pluma de los adversarios se ensañaba cruel, hiriente, burlesca e injuriosa sobre aquel veterano de

las letras, cuya alma elevada y soberbia jamás claudicó ni palideció ante las mayores agresiones del destino. Fue tan terco, o mejor dicho tan entero este señor Guridi, que pocas horas antes de morir en un hotelito de la ciudad de Masaya, donde los hermanos masones le pagaban una pensión, la propietaria del establecimiento le acercó un cura al lecho del dolor.

—Confiésese en su última hora, don Alejandro, suplicaba la buena señora.

El viejecito esquelético se irguió, sacó un revólver que guardaba bajo la almohada y apuntó...

Cura y patrona buscaron la puerta en rápida fuga ... Acto seguido pidió el moríbundo que le llevaran un notario, e hizo que este ministro de fe pública levantara acta formal contentiva de sus declaraciones postreras.

—Hice en la vida profesión de ateísmo, dijo y muero ateo. Quiero que conste legalmente mi última palabra a fin de que mañana no me calumnien mis enemigos.

Nadie recuerda en Honduras al Dr. Angulo Guridi, no obstante de que aquí dejó un libro útil. Por lo exótico, lo novedoso, lo que poco nos instruye, menospreciamos lo poquísimo bueno que tenemos en casa. El publicista nominado escribió los **Temas Políticos,** obra falta de método y un poco rezagada en relación con el avance actual de las ideas, pero nutrida en datos y con abundante material para comparar el derecho político de América.

Leyendo ese libro al azar, me encuentro con el examen de esta tesis: **"De la fuerza o debilidad en el gobierno".** Y dice así el expositor: "Gobierno fuerte es el que no vacila en hacer que la ley se aplique de lleno en todo asunto, con su fuerza íntegra, disguste o no a una fracción. Gobierno débil es el que vacila, teme y se afloja ante los peligros y renuncia a las rectas inspiraciones del deber".

En las páginas del volumen citado se encuentra, pues, perfectamente establecido el criterio sobre la fuerza de los

gobiernos. Estos no son fuertes por el terror, por la violencia ni por la impunidad que protege sus actos arbitrarios. Son fuertes por la adaptación de su conducta a la opinión de la mayoría del país, sin atender a los egoísmos partidaristas, siempre que se muevan en la esfera constitucional. Agrega Guridi: "En política es absolutamente indispensable tener una fisonomía bien acentuada. Los gobiernos no deben hacer en la sociedad el papel de la péndula en el cilindro del reloj: el que oscila pierde su prestigio".

Esa y otras muchas buenas lecciones se encuentran en los Temas Políticos. La bibliografía nacional debería tener alguna consideración por tal libro, el cual rueda como cosa sucia por algunas oficinas. Cierta vez, en las disputas que trabó Guridi en Nicaragua, aludió a la obra de referencia. Al punto saltó la réplica punzante y mendaz, apuñalando al noble anciano con la historia tristísima, envuelta en chacota, de que en la capital hondureña se compra a peseta cada ejemplar de los **Temas Políticos** para envolver, en las pulperías, café molido, caramelos y nances.

Creo que Angulo Guridi no dejó familia que le guarde el tributo de la añoranza sincera. Fue desgraciado hasta en sus amores seniles. Ya en edad muy avanzada contrajo matrimonio en una ciudad nicaragüense, y poco después salió para una de las naciones del sur. Corrió la noticia de su muerte acaecida en el Perú o en Colombia. La esposa esperó algún tiempo en vano. Vueltos la hálitos de la primavera libre a su pecho, contrajo nuevo enlace con un mozo lozano y confortable. De repente arribó a la playa de Corinto, vivo y austero, el Dr. Guridi. Pero ya su señora, más en armonía con un consorte joven, volvió las espaldas al viejo sabio. Este, delicadísimo y grande de espíritu, bendijo a los amantes y guardó siempre un exquisito respeto y una gran estimación a la que fue, en horas efímeras, compañera íntima de su vida vagabunda.

Yo recuerdo al Dr. Angulo Guridi con verdadera complacencia. En las horas cálidas, en el corredor del hotel donde

residía, hablaba, hablaba incansablemente con pureza académica. Se estaba cerca de él para oír su verba, porque no dejaba meter baza a los demás. Sus años, su ilustración y sus viajes hacían interesante y sugestiva su charla.

¡Pobre viejo! Amable y gentil viejo. De él queda lo que sólo es inmortal: el pensamiento.

(Revista "Alma América", Nº 4, Noviembre de 1925).

EMILIANO J. HERRERA

En los últimos tiempos de la Administración del señor General don Terencio Sierra, llegó a Honduras el General don Emiliano J. Herrera. Había combatido en Colombia al lado de ilustres y valerosos sostenedores de la causa liberal, y rota la espada en la batalla abandonó las riberas de la patria y vino a Centro América, joven todavía y con un mundo de quimeras en la mente. De Nicaragua voló con otros compañeros a coadyuvar en la revolución de 1900, y fracasó en su formidable empuje contra las trincheras de Panamá, defendidas por el noble corazón y la gran inteligencia del General Albán.

Vino a Tegucigalpa a principios de 1902, cuando en este país se preparaba la campaña electoral que dió por resultado el triunfo del General Manuel Bonilla como candidato electo para ejercer la Presidencia de la República, triunfo que se ratificó después por el poder incontrastable de las balas. Fue nombrado el Gral. Herrera Comandante de Armas y Gobernador Político del Departamento de Olancho, y se vió obligado, en 1903, a tomar parte en la lucha armada que sostuvo el efímero Gobierno del Dr. Juan Angel Arias, cayendo prisionero en la retirada que aquel caudillo emprendió con rumbo a Nicaragua.

Las pasiones de partido se descargaron contra el patriota colombiano, y la propaganda más injusta se hizo alrededor de su nombre, mientras vivió recluido en las cárceles de Honduras. Hombre de clarísima inteligencia y de corazón amplio, sufrió hondamente al verse discutido por jueces ensañados y litigantes enfermos de venganza; pero tranquilo y sereno confió en que el tiempo justificaría la conducta que

observó en los difíciles días que terminaron el sangriento conflicto creado por la política equívoca del señor Presidente Sierra.

Iniciada la campaña de 1907, el General Herrera fue uno de los que colaboraron en primera fila. Demostró talento militar, capacidad organizadora y una rápida concepción de los sucesos. En muchas ocasiones su participación en los acontecimientos de aquella guerra no sólo fue importante, sino decisiva. Cooperó con sus esfuerzos al triunfo de la revolución, y regresó a Nicaragua cuando ya un nuevo orden de cosas más o menos definido quedaba implantado en este país.

Si algún día tenemos tiempo de escribir la historia de aquella lucha heroica, cuando hayan pasado ya las ilusiones y los ánimos tengan más serenidad para apreciar la parte real de los hechos, entonces diremos cuanta fue la noble labor del General Herrera para evitar que los resultados de guerra tan complicada fueran infecundos y ocasionara a Honduras males inmensos. Y si hoy calla la pluma es por no desenlazar acontecimientos heterogéneos e íntimos, que tienen, sin embargo, un nexo común.

Herido el general Herrera de enfermedad incurable, fue a los Estados Unidos y a Europa en busca de un alivio radical; pero sorprendido en Norte América por una gravedad alarmante, regresó a Nicaragua, y ayer, en la ciudad de Rivas, terminó su jornada de hombre, para seguir viviendo, eternamente, en el corazón de la naturaleza.

Murió lejos de Colombia, y con el triste dolor de saber que moría joven, dejando en este mundo hermosas páginas de gloria, muchas acciones generosas y un millón de amables esperanzas. Y si otra voz de consuelo no llega más allá del Istmo, a mitigar el dolor de sus parientes, que vuele nuestra palabra como un tributo de justicia y de cariño para el que fue nuestro excelente y caballeroso amigo.

(La Prensa, Nº 591, 1909).

NUESTROS MUSICOS: MANUEL DE ADALID Y GAMERO

1872-1947

Escribir para el público sobre la personalidad artística de quien es con justicia considerado como el más alto exponente de la música nacional hondureña, es, sin duda, una labor difícil, ya que musicógrafos de peso le han consagrado todo el calor de su entusiasmo dentro de un aquilatado reconocimiento. Desgraciadamente, lo confesamos con tristeza no han sido músicos hondureños los que han hecho tal reconocimiento, tal vez para que se cumpliera aquello de que "nadie es profeta en su tierra", amarga consecuencia que ha traído a la patria el triunfo del quidamismo desplazante.

Manuel de Adalid y Gamero, que tal es el nombre del artista venerando, es, en términos precisos, todo un músico. Quizás esta palabra ha cambiado su significación entre nosotros, como muchas otras, debido al culto que profesamos a la toilette de corrillo; pero aquí hemos de subrayar el concepto y nos guiaremos por la línea de justicia que demanda la característica de esta tarea, que no debió ser nuestra.

La Elite citadina está al día acerca de la ilustración del Maestro, punto sobre el cual nada tenemos nosotros que decir; pero tratándose de su cultura musical sobra quien quiera confundirlo lamentablemente hasta con personas para quienes el A.B.C. del Arte sería cosa rara, y según me ha tocado oír, inútil. Y no se vaya a creer que me refiero únicamente a los profesionales instrumentistas, que sería lo menos de notar; es cosa que pasa aún entre personas cuya posición social es envidiable, que han viajado y vivido en el

extranjero, por lo que hemos esperado de ellas un parecer más amplio, en armonía con sus conocimientos. Y no es un antojo nuestro lo que dejamos dicho, que huelgan pruebas para confirmar lo que apuntamos. Precisamente tal es el móvil que nos obligó a echarnos a cuestas una rectificación que se nos viene imperativa.

Hijo de padres músicos, a la edad de siete años tocaba un poco de piano y estudiaba Teoría Musical con su madre. De diez años pasó a Guatemala y allá estudió piano y música con el Maestro Peralta. Fundado en aquella capital el Conservatorio Nacional de Música, consiguió ser admitido como oyente de las clases que en aquel centro se impartían. Tuvo como su primer profesor de Armonía al Maestro alemán Axel Holmes, debiendo su iniciación en Contrapunto al italiano Deliponti. Estos dos Maestros fueron, justamente, los que contribuyeron grandemente a hacer de nuestro compatriota un músico de veras, por más que ni ellos lo hayan soñado, pero que Gamero reconoce con toda veneración; porque hay que decirlo, el Maestro de Adalid no pensó jamás ser lo que ahora es, sino que sus estudios los practicaba en el campo de la Medicina que era la profesión de su padre. En estos tanteos que arraiga el Destino en una como fuerza oculta, se vió que más tarde abrazó la ingeniería, carrera que coronó felizmente, pero que no pudo apartarlo de la línea de la música... Este retruécano de la vida constituye bellísimos rasgos en la historia de algunos grandes músicos cuyos padres siempre soñaron otra clase de actividad para sus hijos, porque la profesión musical, generalmente, ha sido amiga íntima de la Miseria...

Arrastrado, pues, el hoy Maestro de Adalid al campo musical, estudió después órgano y composición con el notable organista y compositor inglés, Herbert Wrihtson. El estudio del órgano fue lo que más le atrajo y a ello se debe la admirable creación de su bello orquestrófono. Es organista, pues, el más complicado y el más completo de todos los instrumentos.De aquí que no sería aventurado suponer

que sus primeras composiciones fueran de carácter religioso, ya que sabemos se entregaba con frecuencia a la improvisación, en donde la fantasía fugada surge maravillosa del alma aprisionada en la materia como la flor de loto emerge del pantano infecto! Tal nació EN LA MUERTE DE UN BARDO, poema elegíaco con que subrayó pesares y añoranzas, como en una saudade de amor y dolor. Belleza y sentimiento: he allí el fondo de aquella elegía. Después vino UNA NOCHE EN HONDURAS, habanera. Esta obra tiene la gracia exquisita de una égloga arrancada al susurro de la fronda patria. El corte melódico es suyo y típico. Corrió el tiempo y vino VOCES DE LA TARDE, vals que hizo época y que tiene prestigio, como algunos de Waldteufel y de Lincke, de no perecer. Imaginaos al autor frente al crepúsculo, una tarde de abril, en la campiña virgen, haciendo un ramillete de ilusiones, acariciado por las auras y las voces de los pájaros. Imaginadlo también sumido en el arrobo contemplativo del paisaje, en esa hora de transición tan sentida y tan cantada por todos los liróforos, hilando el ensueño, hebra de añoranza y de azur. Tal es VOCES DE LA TARDE, sueño azul...

ROSA DE OTOÑO. Otro vals, riqueza de inspiración. El contrapunto, sabiamente tratado, glosa un ritmo pasional en que el autor supo decir ¡Je taime! con toda la elocuencia del sentir. Es una trova galante, principesca, que aguzó la nostalgia de un tenue suspiro, prisionero imperial en una reja de puntos suspensivos.

REMEMBRANZAS HONDUREÑAS, también vals, es lo que todos sabemos que es: la exaltación de la canción patria. El recuerdo de otros tiempos, de nuestra niñez, del regazo dulce y único de la madre, todo revive allí como en una poesía que tuviese el mágico poder de separarnos de la mente el acervo de prejuicios que nos encadenó al egoísmo, y nos dejara libres, como una mariposa hecha de ensueño que se buscara a sí misma. En este vals, miel nuestra, palpita el alma hondureña como en una promesa del porvenir.

SUITA TROPICAL. Sentimos de veras no conocer esta obra; pero no pecaríamos en suponer que sea notable, ya que su autor está preparado suficientemente para salir avante en cualquiera forma musical que se proponga. Diremos, sí, aunque sea brevemente, lo que es una Suita. Es una composición instrumental que consta, generalmente de cuatro movimientos (números) independientes entre sí y con un título especial cada parte y el genérico de Suita. El estilo es elevado y se presta notablemente a la musicalización de episodios históricos, personajes, etc., sólo que la música lo es todo. De la Suita se originaron la LA SONATA DA CAMELA y la SINFONIA. También la Suita para clave se llamó Sonata, en oposición de lo que era una Cantata.

La crítica norteamericana ha hecho apreciaciones notablemente buenas acerca de SUITA TROPICAL y de su autor, lo que viene a probar que el maestro Gamero está preparado para triunfar más allá de las fronteras de Centro América.

Como se ve, son pocas las obras que ha producido; pero ello se justifica razonablemente, puesto que la mayor parte del tiempo lo ha dedicado a la enseñanza musical en nuestro país: En Danlí, hace ya varios años, fundó una Banda de 40 filarmónicos y una pequeña orquesta de baile cuyos instrumentos costeó con sus propios recursos, habiendo tenido que enseñar desde la teoría hasta la técnica de cada instrumento, labor que según él sólo pudo emprender con las ilusiones y el entusiasmo de la juventud".

En 1915 se hizo cargo de la Banda Marcial de Tegucigalpa, más tarde Banda de los Supremos Poderes y en la que trabajó, con excepción de unos pocos meses en 1919, hasta principios del año de 1924. El estado de atraso de aquel cuerpo, cuando él lo recibió, era lamentable. Hondas convicciones nos obligan a decirlo y podríamos probarlo con el menor esfuerzo. Su labor en ese cuerpo culmina con la Escuela de Músicos Mayores, en la que varios jóvenes se

prepararon para la dirección técnica de cuerpos musicales, enseñanza que agradecen por entero al maestro Adalid, el único que se ha preocupado por la enseñanza musical en Honduras. Que no se crea en los Stand ni en los Haertling, empezando porque este último nunca pudo hablar español. Ha hecho más labor el Canónigo Santiago Zelaya, aserto que también podemos comprobar. Las huellas de aquellos señores sólo quedaron en la Caja Nacional. Otro que hizo algo fue el maestro Gabriel Sierra. Esfuerzos aislados y personales nos dieron la dicha de que hayamos tenido los instrumentistas y compositores de algún valer, como Rafael Coello Ramos, Felipe Pineda, Rubén Peña, Marcial Maradiaga y Emilio Chávez, quienes también gustaban de cuando en vez enseñar algo. En otro artículo nos ocuparemos de éstos y otros músicos.

Respecto del Maestro de Adalid y Gámero diremos, para terminar, algo sobre dirección. No ha faltado quien diga y crea que él no es un buen director. Empezaremos diciendo que cada maestro tiene su técnica personal; pero en términos generales hay que ver que los alemanes difieren su técnica de la de los italianos y éstos de la de los franceses y así enseguida los rusos y los españoles, y al efecto en esos respectivos y distintos países se han escrito tratados en que se ha refundido la dinámica inherente a cada raza o pueblo. En relación, pues, con las escuelas de dirección, el Maestro Gamero ha adoptado la que a su juicio concuerda más con el temperamento nuestro, la de Stoessel, que es la misma que teorizó Berlioz y que siguen Frank Galdman, Walter Damrosh, Laurenddeau, Bamboshek y el gran Toscanine. Nosotros hemos visto dirigir a Braccale y a Melquíades Campos con idéntica técnica, y desearíamos que algún colega hondureño nos persuadiera de que tan notables Maestros no saben dirigir. El Arte de Dirigir, obra didáctica del compatriota Gamero, contradice atinadamente a quienes lo han juzgado incapaz porque no dirige como los alemanes. La técnica que allí enseña el Maestro, es muy sencilla, lo que

no quita que con ella Toscanine esté a la cabeza de los grandes directores del mundo. Hay que suponer que esa técnica es muy latina, por lo que nuestro compatriota dió en adoptarla.

Precisa también comprender que la dirección, como la oratoria, es un don especial arraigado al temperamento de algunas personas, con el cual logran descargar poderosas energías volitivas cuya radiación somete la voluntad de los circunstantes. Esta es la característica principal de un director de orquesta; después vienen las facultades asimilativas e interpretativas, líneas especiales del Artista.

Es una dicha grandísima que Honduras tenga un músico del quilataje artístico de Manuel de Adalid y Gamero. No recuerdo quien le comparó, hará unos ocho años, con una orquídea, sin duda por la rareza de que en nuestra tierrucha haya un hombre de talento bien cimentado que ame la música con fe y verdad. Vale la pena asociarse a esa comparación tan original y justa.

Ojalá sepamos aprovecharnos en Honduras del talento y la buena voluntad que el Maestro siempre ha dado pruebas de tener, que además de ser saludable para la juventud que estudia música, ello acarreará positivos beneficios al desarrollo del Arte Musical que precisamente urge propiciar en esta tierra nuestra a fin de probar que en verdad la amamos.

(El Cronista, Nº 4.328, 1928).

INDICE

Página

OFICINA DE RELACIONES PUBLICAS DE LA PRESIDENCIA DE HONDURAS

Jefe:
ALEJANDRO CASTRO h.



CARLOS R. SOTO

SANTOS JUAREZ FIALLOS

SERVIO TULIO MEJIA

ALICIA DE LAGOS
Secretaria

WILFREDO VIERA A.
Asistente

SERGIO O. BURGOS
Asesor Artístico

COLOFON

Se terminó de imprimir este libro en la Tipografía Nacional, en Tegucigalpa, D. C., el día 25 de septiembre de 1972.

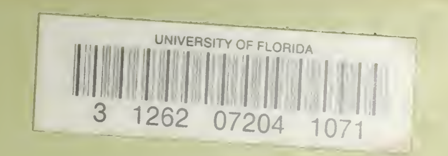
La Oficina de Relaciones Públicas, deja constancia de su agradecimiento a los siguientes miembros de la dependencia antedicha, por su eficaz colaboración en la publicación de la obra. Son ellos los señores: Director Abogado Miguel A. Ochoa; Jefe de Talleres, Arturo Midence; Jefe de Linotipistas, René Adalberto Urquilla; Jefe de Prensa, Antonio Aceituno; Compaginación, Francisco Fonseca Ayestas; Encuadernación, Oscor Barahona.

P. M. Carmen Búlnes Coello, Secretaria Mecanógrafa del Archivo Nacional.

R920.07283
V176h

LATIN
AMERICA




UNIVERSITY OF FLORIDA
3 1262 07204 1071